

Bajo la dirección de Philippe Ariès y Georges Duby



Historia de la vida privada

La vida privada en el siglo XX

taurus

9

1

Fronteras y espacios de lo privado

Antoine Prost

La vida privada no es una realidad natural que nos venga dada desde el origen de los tiempos, sino más bien una realidad histórica construida de manera diferente por determinadas sociedades. No hay una vida privada cuyos límites se encuentren definidos de una vez por todas, sino una distribución cambiante de la actividad humana entre la esfera privada y la pública. La vida privada sólo tiene sentido en relación a la vida pública, y su historia es ante todo la de su definición: ¿cómo ha evolucionado, en la sociedad francesa del siglo XX, la distinción entre vida privada y vida pública? ¿Cómo ha cambiado el contenido y la extensión del campo de la vida privada? La historia de la vida privada comienza, pues, siendo la historia de sus fronteras.

La cuestión es tanto más importante cuanto que no es seguro que la distinción vida privada/vida pública tenga el mismo sentido en todos los medios sociales. Para la burguesía de la *Belle époque* todo está claro: el «muro de la vida privada» separa nítidamente dos campos. Detrás de este muro protector, la vida privada coincide bastante exactamente con la familia. Compete a este terreno las fortunas, la salud, las costumbres, la religión: si los padres descosos de casar a sus hijos se ven obligados a «pedir informes» al notario o al sacerdote sobre la familia de un eventual partido es porque se oculta cuidadosamente a los ojos del público al tío descarrilado, a la hermana tísica, al hermano de costumbres disolutas y el montante de las rentas. Cuando Jaurès respondía a un diputado socialista que le reprochaba haber celebrado solemnemente la comunión de su hija: «Querido colega, no me cabe la menor duda de que usted hace lo que quiere con su mujer, yo no» marcaba muy exactamente la frontera entre su existencia de hombre público y su vida privada.

Esta separación se organizaba mediante una apretada red de prescripciones. La baronesa Staffe, por ejemplo, enumera detalladamente algunas de ellas: «Cuanto menos *se frecuente* a las personas que nos rodean, tanto más nos haremos merecedores de su estima y consideración...» «En un vagón o en cualquier otro lugar público, las gentes bien educadas jamás entablan conversación con desconocidos...» «No se habla de sus asuntos íntimos con los padres, con los amigos que viajan con nosotros o en presencia de desconocidos»¹. La residencia o la casa burguesa se caracterizan por otra parte por separar claramente las habitaciones de recepción de las demás. Por un lado, lo que la familia muestra de sí misma, lo que puede ser «*echo público*, lo que considera «presentable»; por otro, lo que sustrae a las miradas indiscretas. El lugar habitual de la familia

Página 12:

Interior burgués, lado privado. Aquí vive una familia. Aquí recibe a los íntimos. Familiares. Las fotos, numerosas, las postales no nos hablan únicamente de las simples relaciones. Al otro lado de la doble puerta, se adivina un segundo salón, más público sin duda, en el que se puede recibir...

Página de enfrente:

Este interior de 1912 corresponde a una burguesía menos encopetada. Amontonamiento de objetos. El gato en su rincón. La madre en su sillón. ¿Dónde está el lugar del hombre?



propriamente dicha no es el salón: los niños —señala la baronesa Staffe— no penetran en el salón cuando se recibe a los invitados, y las fotografías de familia se retirarán de él. Las estancias de recepción tampoco se abren a cualquier persona. Si todas las damas de la buena sociedad tienen su «día» de visita —éstas son 178 en este caso en Nevers durante 1907²—, para visitar a una mujer notable es necesario haber sido presentado con antelación. Las habitaciones de recepción disponen así un espacio de transición entre la vida privada propiamente dicha y la existencia pública.

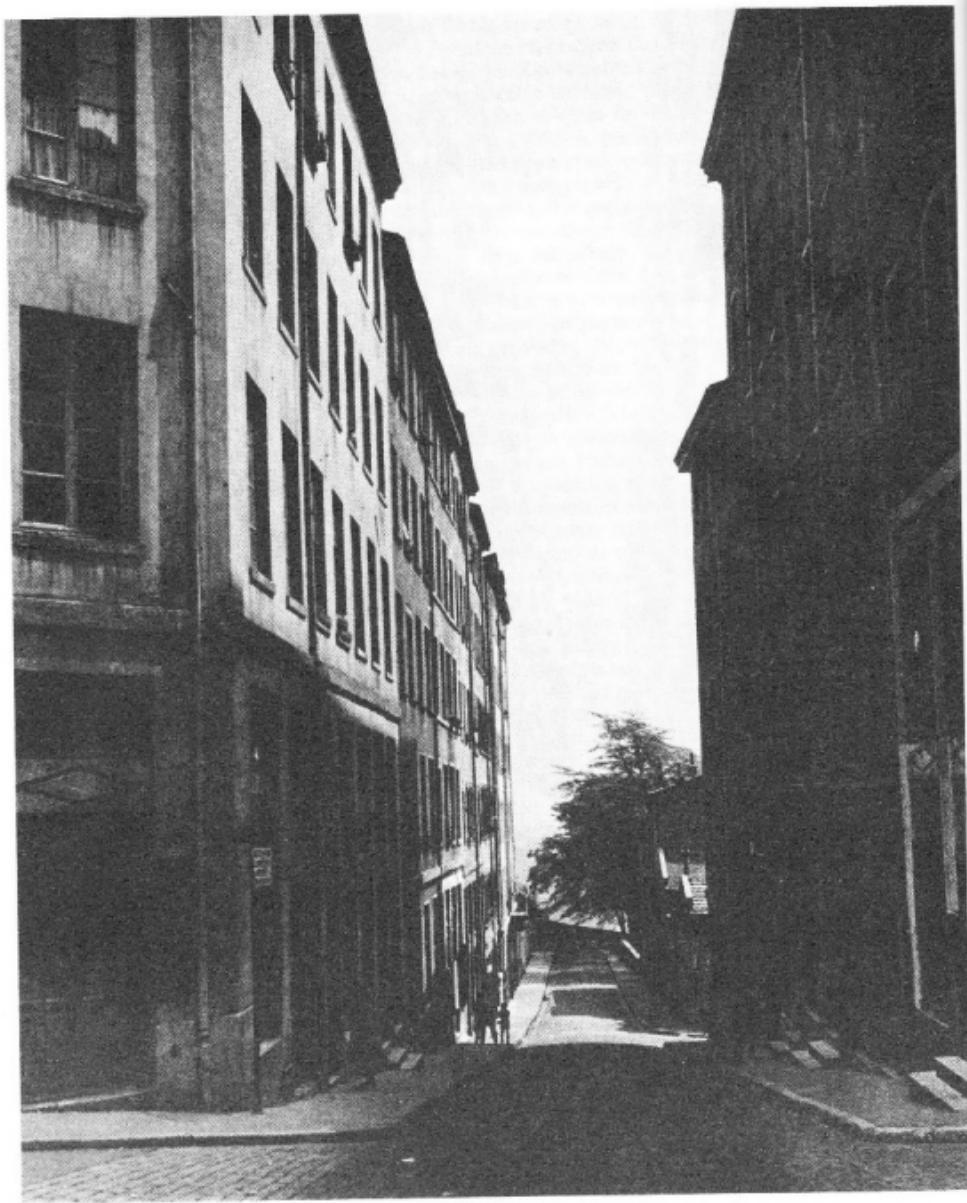
Si la vida privada constituye en la burguesía de la *Belle Époque* un campo claramente delimitado, no ocurre necesariamente lo mismo en los demás medios sociales. Las condiciones de vida impedían a los campesinos, obreros y clases humildes de las ciudades, sustraer a las miradas extrañas una parte de su vida para que de este modo se convirtiese en «privada». Paseémonos por ejemplo por las calles populares de Nápoles de la mano de Jean-Paul Sartre³: «En la planta baja de todas las casas se ha abierto un sinfín de pequeñas habitaciones que dan directamente a la calle, y en cada una de ellas vive una familia. (...) Los moradores de estos habitáculos los utilizan para todo: dormir, comer, trabajar en sus oficios. Solamente (...) la calle atrae a las gentes. Salen a ella para ahorrar los gastos de la luz de sus lámparas, para tomar el aire, y también, creo, por humanismo, para sentirse hormiguear con los demás. Sacan sillas y mesas a la calle, o al umbral mismo de su cuarto, mitad dentro, mitad fuera, y es precisamente en este mundo intermedio donde tienen lugar los actos principales de su vida. De su historia también (...). Y el exterior está vinculado al interior de una manera orgánica (...) Ayer vi a un padre y a una madre que cenaban fuera, mientras que, dentro, el bebé dormía en una cuna cerca de la gran cama de los padres y, en otra mesa, la hija primogénita hacia sus deberes a la luz de una lámpara de petróleo. (...) Cuando una mujer está enferma y debe guardar cama durante el día, el hecho acontece a plena luz del día y todo el mundo puede verla (...).»

Está claro que la vida privada no tienen el mismo sentido ni el mismo contenido para el pueblo napolitano que para los burgueses franceses de la *Belle Époque*.

Es cierto que la comparación puede ser rechazada. Las tradiciones culturales son diferentes, y esta interpenetración de lo exterior y lo interior, que ilustran las calles de Nápoles, puede interpretarse como un rasgo de una cultura mediterránea que podríamos también encontrar en las ciudades, pequeñas o grandes, del sur de Francia. No es una razón: los patios de Roubaix, los caseríos de los mineros del norte, los inmuebles de la Croix-Rousse o los pueblos de la región de Berry o de Lorena apenas permitían a sus habitantes elevar un muro entre su vida privada y las miradas de sus vecinos: toda su existencia transcurría más o menos a la vista de una colectividad que conocía los mínimos detalles de su vida. En cierto sentido, tener una vida privada era un privilegio de clase: el de la burguesía poseedora de grandes residencias y que a menudo vivía de sus rentas. Las clases trabajadoras se veían obligadas a conocer formas variadas de interpenetración entre su vida privada y su vida pública; una y otra no se diferencian de manera absoluta. En esta perspectiva, durante el

Calle de Nápoles. «No hay dentro ni fuera... Y el mundo exterior se encuentra vinculado al interior de manera orgánica.» (Sartre.)





siglo XX, asistiremos a una lenta generalización en el conjunto de la población de una organización de existencia en la que se oponen dos campos enteramente distintos: el público y el privado. La historia de la vida privada será entonces la historia de su democratización.

A condición, sin embargo, de no entender esta democratización de manera mecánica y simplista. La vida privada a la cual acceden los obreros o los explotadores agrícolas de fines del siglo XX no es la misma que la del burgués de comienzos de siglo. Simultáneamente, lo que se constituye fuera de esta vida privada finalmente conquistada, y que puede denominarse pública, está regido por nuevas formas. La diferenciación creciente entre lo privado y lo público en el conjunto de la sociedad modifica tanto a la vida pública como a la privada. Ambas no se desarrollan del mismo modo, ni según las mismas pautas. Al mismo tiempo que sus fronteras se desplazan y precisan, su sustancia se transforma.

Equivale a expresar la complejidad de una historia que debe comprender a la vez cómo la vida privada se constituye y se conquista sobre una existencia generosamente colectiva y cómo se organiza en el interior de sus fronteras. Programa, a decir verdad, tanto menos accesible cuanto que haría falta además permanecer atento a las diferencias que provienen de los medios sociales y de las tradiciones culturales. De ahí que no aspiremos aquí a llevar a término esta tarea imposible, sino que nos contentemos únicamente con aislar los grandes ejes de esta evolución, con plantear los principales problemas y esbozar los matices más sobresalientes, a la espera de que trabajos menos ambiciosos, pero más precisos, vengan a confirmar o a modificar nuestras hipótesis.

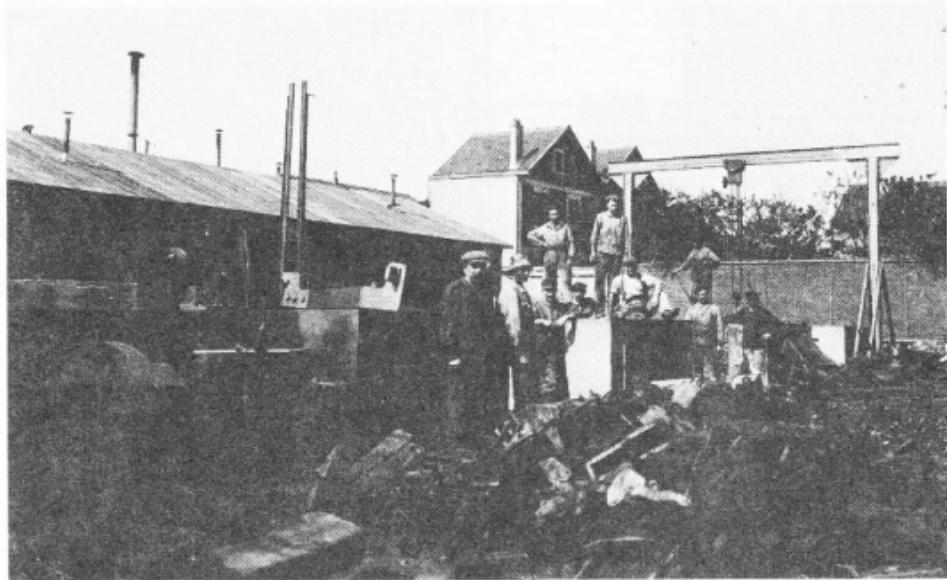
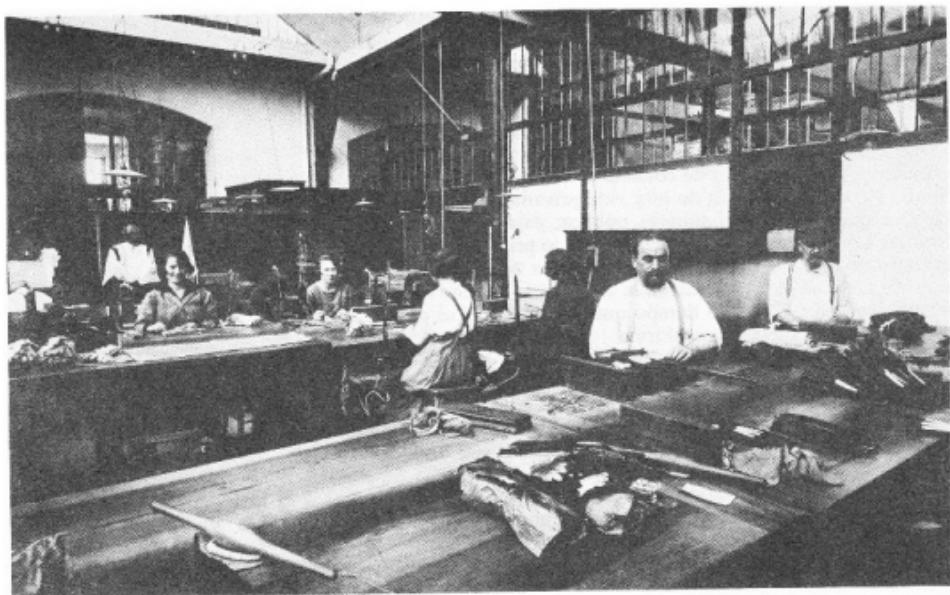
Notas

¹ Baronesa Staffe, *Usages du monde. Règles du savoir-vivre dans la société moderne*, París, Victor-Havard, 1893, pp. 342, 317 y 320.

² G. Thuiblier, *Pour une histoire du quotidien*, París, Mouton, p. 178.

³ J.-P. Sartre, *Lettres au Castor et à quelques autres*, París, Gallimard, 1983, t. I, p. 79.

Una calle de la Croix-Rousse, hoy residencial, no hace mucho ruidosa a causa de los talleres de telares. Los inmuebles han sido concebidos en función de los oficios: altos techos, grandes y numerosas ventanas. Aquí, trabajo y vida familiar se confunden.



El trabajo

La primera gran evolución del siglo XX tiene lugar en el campo del trabajo. Globalmente considerado, emigra fuera de la esfera privada y bascula en la esfera pública.

Se trata de un doble movimiento. Un movimiento de separación y de especialización de espacios en primer lugar: los lugares de trabajo ya no son los mismos que los de la vida doméstica. Pero a esta diferenciación de los lugares acompaña una diferencia de las normas: en tanto que el universo doméstico se exime de las reglas hasta hace muy poco relacionadas con el trabajo que se desarrolla en él, el mundo del trabajo ha dejado de regirse por normas de ámbito privado para adoptar convenios colectivos.

La especialización de los espacios

No se presta demasiada atención a los lugares de trabajo. Trabajar en casa o trabajar en el establecimiento de otros era sin embargo a comienzos de siglo la diferencia por antonomasia. Para una muchacha lo ideal era permanecer en la casa de sus padres sin trabajar. Si debe trabajar, lo mejor es hacerlo permaneciendo en casa de sus padres, como costurera de confección por ejemplo. Solamente las muchachas de las clases sociales inferiores van a trabajar fuera: a la fábrica, al taller o, como criada, a casa de un particular¹.

Ahora bien, a comienzos de siglo, cerca de los dos tercios de los franceses, y con toda seguridad más de la mitad, trabajaban en sus casas. Al final del siglo, por el contrario, casi todos los franceses trabajan fuera de sus casas. Es una transformación decisiva.

El retroceso del trabajo en la propia casa

A comienzos de siglo, trabajar en la propia casa corresponde a dos situaciones diferentes, si bien existe toda una gama de estados intermedios y se puede pasar de uno a otro fácilmente. Se puede trabajar

Con el taller, aquí en la guantería de Grenoble, el espacio del trabajo se especializa y escapa a la vida privada. Pero la ciudad imbrica estrechamente lugares y viviendas. Sobre este depósito de chatarra, hacia 1920, dan numerosas viviendas.

en la propia casa, pero para otro: tal es la situación de los trabajadores a domicilio. Pero también se puede trabajar para si mismo, y ésta es la situación de los trabajadores independientes. Ahora bien, estas dos formas de trabajo en la propia casa retroceden inexorablemente a lo largo de todo el siglo.

Los obreros a domicilio

Es difícil hacer la relación de los obreros a domicilio. Sin embargo, a comienzos de siglo son varios millones. Los censos de la época registran a los trabajadores que denominó «aislados»; en 1906 son 1.502.000. Entre ellos se encuentran sin duda los jornaleros o braceros sin patrón fijo que abandonan su domicilio para ir a trabajar y alternativamente trabajan con uno u otro patrón. La mayor parte, sin embargo, trabajan en sus casas. En la industria textil, vestido, calzado, guantería, pero también en otros sectores como la óptica, joyería, etc., los comerciantes hacen trabajar a destajo a numerosos obreros —y obreras— a domicilio. Unas veces les proporcionan la materia prima o el producto que debe ser terminado para más tarde venir a buscar el producto acabado; otras es el obrero o la obrera quien se desplaza para ir a buscar a casa del comerciante su trabajo devolviendo la obra terminada. En ambos casos, la remuneración del obrero es un precio de destajo.

La situación de los obreros a domicilio es muy desigual. Generalmente están muy mal pagados, y sus ganancias no alcanzan las de los obreros de fábrica. Además necesitan trabajar desde el alba hasta una hora muy tardía para subsistir miserablemente. La familia de Mémé Santerre² nos proporciona un ejemplo extremo. Estos tejedores de Santerre constituyen en efecto un caso aislado, una supervivencia económica en vísperas de 1914, pues para entonces el tejido en fábrica ya se había generalizado. Por otra parte, sólo desempeñan su oficio durante los seis meses de invierno: en la primavera se alquilan como criados en una granja del Sena inferior, de donde vuelven al otoño con unas ganancias que les permiten saldar las deudas contraídas durante el invierno: se gana más como criado en casa ajena que tejiendo a domicilio. De nada les sirve ser los propietarios de sus telares, ni ser diestros en su trabajo: el oficio de tejer no les permite vivir. Sin embargo, se autoimponen condiciones de trabajo y de vida espantosas: el padre y los hijos, tras levantarse a las cuatro de la mañana, bajan al sótano, a sus telares; la madre prepara las tramas, y los telares zumban hasta las diez de la noche: quince horas de trabajo efectivo, en la humedad y, a menudo, a la luz de velas. Interrumpen el trabajo durante la mañana para tomar una taza de achicoria con pan, una sopa al mediodía y otra por la noche. El domingo, estos católicos fervientes van a misa, pero trabajan el resto del día. Trabajan incluso el día de la boda de Catherine Santerre, y nos haremos una idea de su indigencia viéndoles comer este día festivo chuletas de cordero a guisa de banquete...

Al lado de estos casos miserables encontramos, nadie puede negarlo, situaciones mucho más privilegiadas: los guanteros a domicilio de Millau, por ejemplo, constituyeron una aristocracia obrera en la década de 1920; pero hay que tener en cuenta que el guante de Millau era entonces un artículo de lujo que no se veía obligado a



competir con la guantería industrial de Grenoble. Sin embargo, más frecuentemente, los obreros a domicilio viven muy mal y trabajan muy duramente: ésta es una de las razones de su progresiva disminución.

Desde el punto de vista que aquí nos interesa, el de la vida privada, podemos hacernos muchas preguntas. ¿Dónde situar la vida privada de Catherine Santerre? ¿Sobre el talud del camino, cerca de su casa, donde se encuentra durante breves momentos con su novio, su futuro marido? ¿En la cama donde duerme, abrumada por el cansancio? ¿Delante de su telar?, pues aquí el trabajo se encuentra totalmente integrado en una esfera privada a la que termina por absorber enteramente: la vida y el trabajo se confunden. Además, en el caso de los tejedores, el espacio doméstico se encuentra subdividido: el trabajo se desarrolla en un lugar aparte, el sótano, y la vida material en un lugar diferente, en la planta baja. No se trabaja en el mismo lugar que se duerme o se come. Lo más frecuente es que la confusión entre trabajo y vida doméstica se traduzca en la indiferenciación del espacio. Léon Frapié ironiza en *El Parvulario*, sobre los preceptos de la escuela de párvulos: «Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar», y muestra a una costurera en una habitación del distrito XX que debe quitar la mesa de la comida para ponerse a coser o para dejar sitio al chiquillo que tiene que ponerse a hacer sus deberes³. Hasta tal punto es pequeño el alojamiento popular,

Costurera a domicilio. Se advertirá la lámpara, la botella, el vaso y los restos de comida...



tanto en la primera mitad del siglo XX como durante el siglo XIX, que raramente permite reservar al trabajo una mesa o un lugar preciso.

El hecho de que el trabajo se desarrolle en el espacio doméstico implica su relativa apertura a las personas extrañas. La costurera a veces recibe a sus aprendices; el tejedor o el guantero abren sus puertas a los comerciantes o a sus dependientes. La sala donde vive la familia, también lugar de trabajo, puede incluso convertirse en lugar de conflictos de trabajo. Así, Jean Guéhenno ha conservado un dramático recuerdo de infancia: sus padres vivían en Fougères y fabricaban zapatos a domicilio a partir de formas cortadas que iban a buscar por docenas a los almacenes de los fabricantes. Durante una huelga del calzado, a comienzos de siglo, su padre, falto de recursos económicos, terminó por ceder y fue a buscar formas para coser. Los huelguistas se enteraron e irrumpieron en la casa de los Guéhenno para reprocharles haber roto la huelga⁴. Vemos que los conflictos más públicos pueden tener como escenario un lugar privado. En cierto modo, se deja de tener casa propia cuando se trabaja en ella.

El trabajo a domicilio no solamente ha disminuido por razones económicas, si bien éstas sin duda hayan sido determinantes. El deseo de obtener mayores y más regulares ganancias se acompaña en efecto del deseo de limitar el tiempo dedicado al trabajo: cuando se trabaja en la fábrica, se sabe cuándo terminará el trabajo. El tiempo que escapa al patrón, y cuya importancia crece a lo largo de todo el siglo, es un tiempo del que se dispone plenamente y del cual se es propietario. Trabajar fuera de la propia casa es también estar plenamente en la casa propia cuando se está en ella. En este sentido, el retroceso del trabajo a domicilio responde a la reivindicación de una vida privada.

No obstante, el trabajo a domicilio dista mucho de haber desaparecido totalmente. En el censo de 1936, se registran todavía 351.000 obreros a domicilio. Otros factores contribuyen en efecto a renovar este grupo. Durante la crisis de los años 1930, por ejemplo, una política tendente a limitar el acceso de los extranjeros al mercado de trabajo determinó que para un emigrante fuese más fácil encontrar un trabajo a destajo que un empleo asalariado. Como esto concordaba a la vez con el interés de los fabricantes deseosos de comprimir los costes y con las tradiciones y el modo de vida de numerosos inmigrantes de Polonia o de Europa central, se vio aumentar entonces el número de trabajadores a domicilio en la industria parisina del cuero o de la piel. El grupo Manouchian encontrará en estos individualistas, a menudo judíos, una reserva eficaz.

El trabajo a domicilio se muestra hoy en día como un fenómeno residual, marginal. Es compatible en efecto con la actual organización de la vida privada, que reserva a ésta el espacio doméstico y el tiempo «libre» ganado al trabajo. ¿Cómo podría hoy en día aceptarse trabajar en la propia casa para otros cuando ya ni siquiera se acepta trabajar en ella para sí mismo?

Los trabajadores independientes, más numerosos que los obreros a domicilio, han experimentado una disminución semejante, pero

Diversidad del trabajo a domicilio. Fabricante de abanicos en medio urbano y pequeñoburgués, peluquera y costurera en medio rural. Aquí como allí, el trabajo se superpone a la vida cotidiana y familiar.

Los trabajadores independientes

este retroceso es más tardío. A comienzos de siglo constituían por sí solos más de la mitad de la población: 58 % de agricultores, a los cuales se agregaban los artesanos y los comerciantes, sin contar a las profesiones liberales. En 1954, el censo sólo registraba un tercio de no asalariados. En 1982 son solamente el 16,7 % de la población activa: el trabajo independiente también ha terminado por retroceder decididamente ante el empuje del trabajado asalariado.

Estas cifras traducen mal una mutación social de primera magnitud que da a la familia una significación radicalmente nueva. En los campesinos, comerciantes o en los artesanos, la familia es una unidad de producción autónoma, una célula económica. Así, pues, toda la familia se encuentra movilizada por la explotación o el comercio. Todos sus miembros, a diversos niveles y bajo formas diferentes, participan en la explotación según su edad, fuerza y competencias: en la granja, los niños y los ancianos van «al campo de las vacas», el muchacho de catorce años hace el trabajo de un criado, la mujer reina sobre el establo, el jardín y el gallinero... y nunca hay suficientes brazos para entrar el heno o la cosecha, sobre todo si la tormenta amenaza. En los comerciantes y artesanos, en general la mujer lleva las cuentas, y los niños andan en la tienda a la vuelta del colegio o van de compras. Toda la familia contribuye a la marcha de la explotación o de la empresa.

Este compromiso de toda la familia en una misma actividad económica implica una confusión relativa entre la vida privada y el trabajo productivo. Confusión evidente a nivel financiero: sólo hay una caja, y el hijo del tendero toma del cajón del mostrador el dinero de los domingos. Los dos presupuestos se confunden: el dinero que la granjera gasta para comprar café, chocolate o un pañuelo, es dinero que se corre el riesgo de que falte para pagar el arriendo o comprar el ganado. La restricción de los gastos privados es, pues, el medio principal —a menudo el único— de equilibrar las cuentas de explotación o de acumular el capital productivo. El éxito de la empresa se construye sobre el ahogamiento del gasto doméstico.

Como contrapartida —hay que reconocerlo— la empresa es privada: el éxito del grupo familiar se inscribe claramente en el espacio colectivo, y se conoce su lugar en las jerarquías locales por la extensión de las tierras que posee, por la importancia de su aparcería, por el número de obreros que emplea o por el escaparate francamente repintado de su tienda. El éxito privado, puesto que es de orden económico, es también público. Pero el capital productivo (fondos de comercio, tierras, propiedad pecuaria, etc.) constituye por sí mismo un patrimonio que se transmite por herencia y que se divide entre los herederos, a veces contra toda lógica económica. Cuando la empresa familiar crece y emplea asalariados, estalla la contradicción entre su carácter privado y su función económica, pública por destino: los asalariados pueden perder su empleo como consecuencia de episodios puramente privados —por ejemplo, por el fallecimiento del empresario.

Este tipo de familia, necesariamente agrupada por su función económica, se ocupa de los ancianos al mismo tiempo que desempeña un papel determinante en la educación de los jóvenes. En la granja, como en el taller o en la tienda, el oficio se aprende junto a



los padres, y el mismo aprendizaje se concibe como una relación familiar de orden privado. En el otro extremo de la vida, los ancianos incapaces de servirse por sí mismos encuentran techo y sustento en la casa de alguno de sus hijos. Y no porque la familiar sea esa familia patriarcal que describe una mitología complaciente⁵: en la mayoría de las regiones de Francia, salvo en el sudoeste, la familia campesina se reduce a la pareja y a los niños, a lo que los sociólogos llaman familia nuclear; la pareja de los abuelos se instala no muy lejos, en un terreno arrendado más pequeño, pero forma familia independiente todo el tiempo que puede; cuando esto deja de ser posible, sobre todo si la abuela muere antes que su marido, sus hijos la recogen. La familia desempeña así, además de su función económica, una función educativa y una función protectora.

*El retroceso
de las empresas familiares*

Vemos cómo el desarrollo del trabajo asalariado priva a la familia de su función económica y cómo a la emigración del trabajo fuera de la esfera doméstica acompaña una socialización creciente de la función educativa y de la función protectora. La escolarización de los aprendizajes profesionales y de la Seguridad Social reemplazan a la familia. Pero las causas de esta evolución son menos simples que sus consecuencias.

Las razones económicas son sin duda determinantes, tanto para el trabajo independiente como para el trabajo a domicilio. Las pequeñas explotaciones o los pequeños comercios no pueden asegurar los precios competitivos de la producción agrícola o la distribución de los productos de gran consumo. El proteccionismo y el retraso de la economía francesa han frenado durante mucho tiempo el retroceso de estas economías familiares. Desde la Segunda Guerra Mundial, por el contrario, el esfuerzo de modernización lo ha acelerado y, a pesar de los sobresaltos de los campesinos o de los comerciantes que luchan por su supervivencia y que reclaman el mantenimiento de ventajas diversas (precios garantizados, desgravamientos fiscales) mediante manifestaciones espectaculares organizadas por ejemplo por la FNSEA*, el movimiento Poujade (1953-1956) o el CID-UNATI** de Gérard Nicoud, el mercado impone su ley inexorable apenas atemperada aquí o allá por medidas sociales o una ley como la de 1973 que limitaba las implantaciones de grandes superficies.

La evolución social también ha sido importante. El retroceso de las empresas familiares está vinculado al desarrollo de las mejoras sociales obtenidas por los asalariados. El hecho ya es perceptible en la agricultura, donde muchas veces el hijo que trabaja con su padre es declarado obrero agrícola. En el comercio y el artesanado es muy importante. La disminución del número de patronos en la industria y el comercio, que en 1982 sólo representan el 7,8 % de la población activa contra el 12 % de 1954, el 10,6 % de 1962 y el 9,6 % de 1968, es mucho más acusada que la que se produce en las empresas comerciales o artesanales. Dos fenómenos conjugan aquí sus efectos: por

* Federación Nacional de Sindicatos de explotadores agrícolas. [N. del T.]

** Unión Nacional de Artesanos y de Trabajadores independientes. [N. del T.]

una parte, una lenta erosión del pequeño comercio y del artesanado, que cada año hace desaparecer más empresas de las que crea. Por otra parte, un cambio de estatuto jurídico: el patrón de una pequeña empresa transforma su propiedad en sociedad de responsabilidad limitada, incluso en sociedad anónima, y se convierte en su gerente asalariado. Los censos lo registran entonces como cuadro, y ya no como patrón.

No se trata aquí solamente de terminología. El cambio del estatuto jurídico traduce de hecho la disociación entre la empresa y la familia. La actividad pública se separa de la vida privada; una y otra se hacen autónomas. La disociación no es solamente importante por sus consecuencias financieras, y no separa solamente las finanzas de la empresa de las de la familia, sino que además implica generalmente una diferenciación de tiempo y espacio.

La empresa o la explotación familiar de antaño reunía en efecto en un único y mismo lugar dos series de actividades diferentes. El comerciante, su mujer y sus hijos vivían generalmente en la trastienda, como viven todavía hoy los panaderos de pueblo o los de los arrabales. Sólo los más favorecidos vivían en un piso encima de su almacén. La trastienda servía a la vez como almacén y como cuarto para vivir. En sus armarios se amontonaban así unos junto a otros las reservas del almacén, los comestibles de la familia y los utensilios del ama de casa. Allí se comía, se hacían las cuentas y los niños hacían sus deberes; a veces incluso se dormía.

La indiferenciación del espacio implicaba la del tiempo. Cuando los clientes encontraban la puerta cerrada no titubeaban en llamar a la ventana de la cocina en la que cenaba la familia y enseguida se les atendía. Las cosas comienzan a cambiar cuando la madre de familia, importunada a una hora tardía por un cliente habitual, en lugar de encontrar la cosa natural, exclama: «Decididamente, aquí nunca estaremos tranquilos...» Entonces la indiferenciación de los lugares es vivida como un sometimiento absoluto del tiempo. La reivindicación de la vida hace estallar la antigua confusión: para que el tiempo de la vida privada no esté al alcance de los clientes, es preciso disociar los espacios, separar el almacén del domicilio. Y vemos a las trastiendas perder sus camas, sus armarios y sus cocinas. Los comerciantes alquilan una habitación en un piso o se hacen construir una casa en los alrededores. Tienen dos direcciones, y pronto dos teléfonos, de los cuales sólo una figura en la guía. Es el precio que debe pagarse para salvaguardar la vida privada.

Seguramente la evolución no es general ni completa. Se encuentra mucho más avanzada en los comerciantes del centro de la ciudad que en los de las cercanías, se hace más frecuente en los comerciantes de vestidos, zapatos o electrodomésticos que en los panaderos o tenderos del barrio. En muchos pueblos, la antigua indiferenciación subsiste, atenuada por un comportamiento del público que es consciente de «molestar» fuera de los horarios considerados como normales. Los artesanos, más vinculados a su taller, donde trabajan a veces durante la noche o el domingo, dudan más que los comerciantes en

*Disociación
entre la empresa
y la familia*



Comerciante de los años 1950 en su caja. Vive con su familia al otro lado de la puerta que se adivina tras ella. En esta bisagra entre lo público y lo privado se articula también la palabra pública del barrio sobre la vida privada de unos y otros. (Cf. p. 118.)

irse a vivir a lugares alejados. Si viven en una casa distinta, sin duda se encuentra cercana. En todo caso, el sentido de la evolución no deja ninguna duda.

El ejemplo de las profesiones liberales lo confirma. Con los notarios, los abogados, y sobre todo con los médicos, nos encontramos sin embargo en un medio muy interesado en preservar celosamente su estatuto liberal y su independencia. Sin embargo, incluso aquí, cambia el estatuto jurídico. Primero hemos visto cómo los médicos hacen de su mujer una secretaria asalariada; la señora continuaba cogiendo el teléfono y abriendo la puerta, pero se supone que su marido debe asignarle un salario y estaba inscrita en la Seguridad Social. Desde hace algunos años vemos formarse sociedades de nombre colectivo. Esto no cambia necesariamente la imbricación de la vida profesional con la vida privada. Pero se introduce una novedad más importante: los médicos dejan de vivir cerca de su consulta, los hombres de leyes al lado de su despacho. Ya no es posible encontrarles fuera de las horas laborales, llamar al médico de cabecera durante la noche... El teléfono sonará en vano: el doctor no está allí. Ha puesto su vida privada al abrigo de sus pacientes.

Vemos así afirmarse en nuestra sociedad una clara separación entre vida privada y trabajo profesional. Esta nueva norma es tan fuerte que tiende a imponerse incluso cuando el trabajo profesional no implica relación con una clientela que amenazaría a la vida privada. Es significativo a este respecto ver esbozarse en el campesinado un movimiento de separación entre la explotación y el domicilio.

Movimiento que se inicia durante el siglo XIX cuando se había elevado un muro entre la habitación común y el establo, pero que nunca había ido demasiado lejos: todo lo más, en las granjas normandas o en las de la Beauce, la casa donde se vivía se hallaba a un lado del patio y, a los otros lados, el establo, el granero y los demás edificios de explotación. Los cuidados cotidianos de las aves de corral y del ganado exigían el reagrupamiento en un mismo lugar de los explotadores, de su cabaña ganadera y de la alimentación de ésta. Hoy en día estas obligaciones se difuminan. En las regiones ricas, los agricultores que han abandonado la ganadería y roto con las servidumbres del rebaño se hacen construir una casa moderna a una cierta distancia de los graneros y cobertizos donde ponen a buen recaudo material y cosechas. En Beauce, por ejemplo, Éphraïm Grenadou vive ya en 1905 en la casa que se ha construido, dice, para su jubilación⁶.

Ya no se trata aquí de preservar la intimidad familiar: no está ni más ni menos amenazada en una casa de campo de lo que lo estaba en la granja, sino de disociar claramente el trabajo y la vida privada. De ahora en adelante, ésta se estructura por oposición a aquélla. Una clara frontera separa así hoy en día dos universos que a comienzos de siglo se confundían.

Trabajo y lugares de trabajo

Una evolución simétrica reorganiza los lugares de trabajo y elimina cualquier otra función.

La fábrica del siglo XIX, como la de comienzos del siglo XX, no fue objeto de una organización sistemática. Los talleres se desarrollaron en función no tanto de una lógica de circuitos de producción como en función de los locales disponibles. Los ejemplos más conocidos, como el de Renault⁷, muestran una intrincación de locales: en Billancourt los talleres forman un rompecabezas discontinuo y ocupan cuarenta inmuebles diferentes, a menudo separados unos de otros; casas de viviendas han sido transformadas en talleres, y a veces se debe subir y bajar por estrechas escaleras de caracol a habitaciones pesadas y voluminosas. Las tareas de mantenimiento reclamaban, pues, numerosas maniobras y permitían pedir la colaboración a los niños en los casos que no exigían un exceso de fuerza física. En estas condiciones, el espacio de la producción constituyía una red inextricable de circulaciones. No siempre era fácil saber con precisión dónde empezaba o terminaba la fábrica; para ir de un taller a otro, hacía falta atravesar la calle o un patio al cual daban las viviendas. Apenas era más fácil saber si un obrero estaba en su lugar de trabajo, pues continuamente se le presentaban motivos para ir y venir. La débil organización interna del espacio de trabajo acompañaba así a la débil diferenciación entre los lugares donde se desarrollaba el trabajo y aquellos donde se situaba la vivienda.

*Las antiguas fábricas:
una clausura incompleta*



Salida de fábrica a mediodía en un importante pueblo de Sologne. El patio de la fábrica se abre ampliamente sobre la calle. Se advertirá la heterogeneidad del grupo de obreros.

A veces la confusión era mayor. Las actas notariales que hacia 1880 relacionan los bienes que componen las fundiciones de acero de Longwy señalan, al lado de los altos hornos y los talleres, una casa para la dirección, un dormitorio para los obreros, una cuadra, un hangar con henil, una barraca con doce alojamientos, una panadería, una cantina⁸, etc. Las fundiciones compraron muchas tierras que se pusieron en venta por los alrededores, y su influencia territorial, discontinua, se extiende a veces a áreas que se encuentran muy alejadas de los altos hornos. En la red de circulación, vías férreas especialmente —pero no todas tienen el mismo ancho—, pueden encontrarse encerrados bienes rurales o inmuebles pertenecientes a particulares. Ningún recinto delimita todavía a la fábrica propiamente dicha, y, durante las noches de invierno, los vagabundos acuden a dormir al calor de las escorias: en 1897, la dirección de Neuves-Maisons, incapaz de expulsarlos, pide a la policía protección contra la invasión de sus vías de fábrica y de su ferrocarril minero. El recinto que aisla y define claramente a la fábrica es una construcción tardía que se erige como consecuencia de las grandes huelgas y delimita un poder que no tenía necesidad de fronteras por cuanto nadie se oponía a él. En Creusot, después de las huelgas de 1899, se construyen o se reconstruyen los muros de las fábricas. En Lorena, después de los movimientos de 1905, en Pont-à-Mousson por ejemplo, «se levantan muros para cerrar mejor la fábrica». En 1909, todas las grandes empresas disponen de medios de protección modernos en caso de huelga⁹. Pero los trabajadores no son los únicos que franquean estos recintos. En los años 1920, Georges Lamirad descri-



- Rue des Saules à l'automne,

Maurice Utrillo, V.

Esta calle de Utrillo parece vacía. Es porque no hay coches. La circulación y el estacionamiento que llenan hoy en día las calles difuminan a los viandantes y entremezclan las miradas de vecindad. (Maurice Utrillo, *Calle de los Sauces en Montmartre*, Oslo, col. M. N. Bungard.)





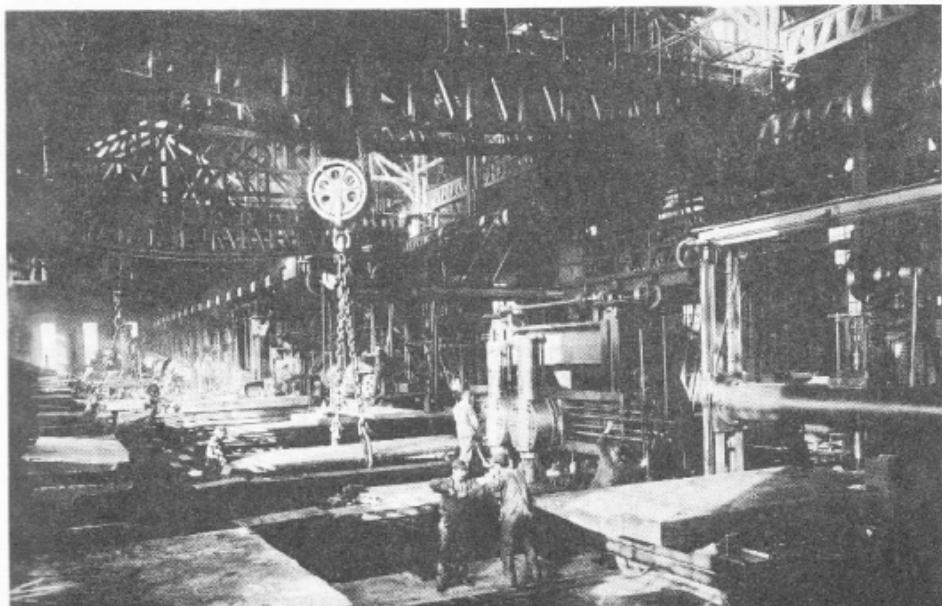
Música, campo, paseo... Dufy acumula los signos del ocio dominical en un universo totalmente irreal. Este espacio, que tiene un centro pero no fronteras, no es ni el del trabajo ni el de la vida doméstica. Estamos en otra parte... El ocio todavía no tiene lugares asignados. Es primero una huída, una evasión. (Raoul Dufy, *El domingo, música en el campo*, 1942, París, Museo de Arte moderno.)

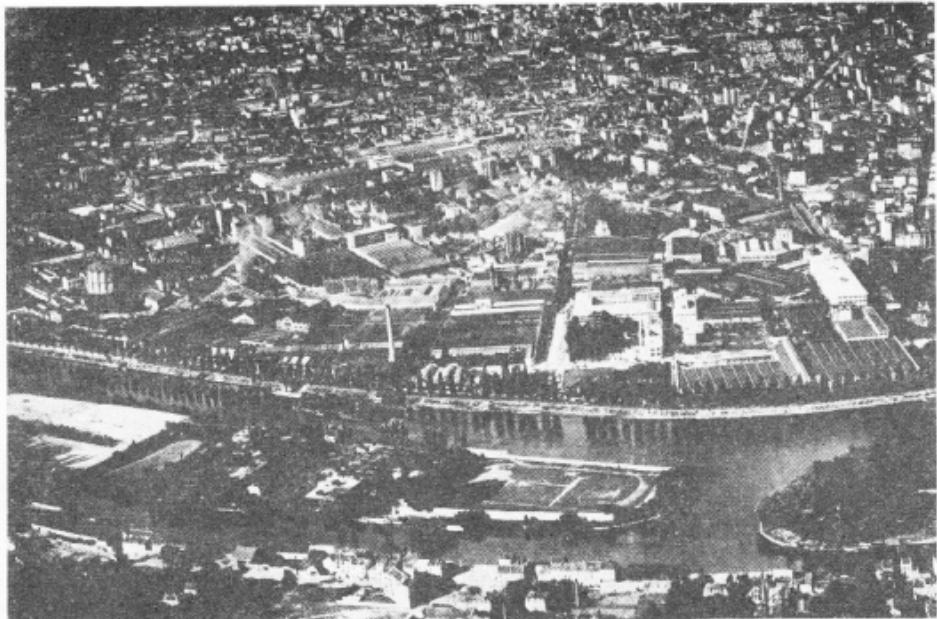
be todavía a mujeres acompañadas por niños que van a llevar la comida al marido que está en la fábrica¹⁰.

La polivalencia del espacio de la empresa no es, sin embargo, únicamente el resultado de su constitución progresiva, a merced de las circunstancias, sino que forma parte de una concepción de conjunto que ante todo define al hombre —o a la mujer— por su trabajo. La idea de que fuera del trabajo puede haber otras actividades no solamente legítimas, sino valiosas y susceptibles de definir positivamente al individuo es una concepción moderna. A comienzos de siglo, sólo los burgueses, propietarios o rentistas ociosos, tenían pleno derecho a llevar una vida privada. Las clases populares en cambio se definían ante todo por el trabajo, y su vida privada debía someterse ante todo a las obligaciones laborales. En último extremo, únicamente los burgueses tenían derecho a un domicilio autónomo: los trabajadores podían alojarse en la empresa, comer y dormir en ella. Es, por otra parte, la fórmula adoptada por algunos industriales del sector textil de la región de Lyon: todo su personal está compuesto por jóvenes campesinos que albergan en internados confiados a religiosas¹¹. La fábrica-convento, como la colonia textil catalana, organiza toda la existencia en función del trabajo.

El caso de los hospitales es menos excepcional. La regla del

Taller de fabricación de placas de blindaje. Todavía repleto de correas, este inmenso almacén, con sus aparejos y sus grúas de corredera, está enteramente concebido para la producción.

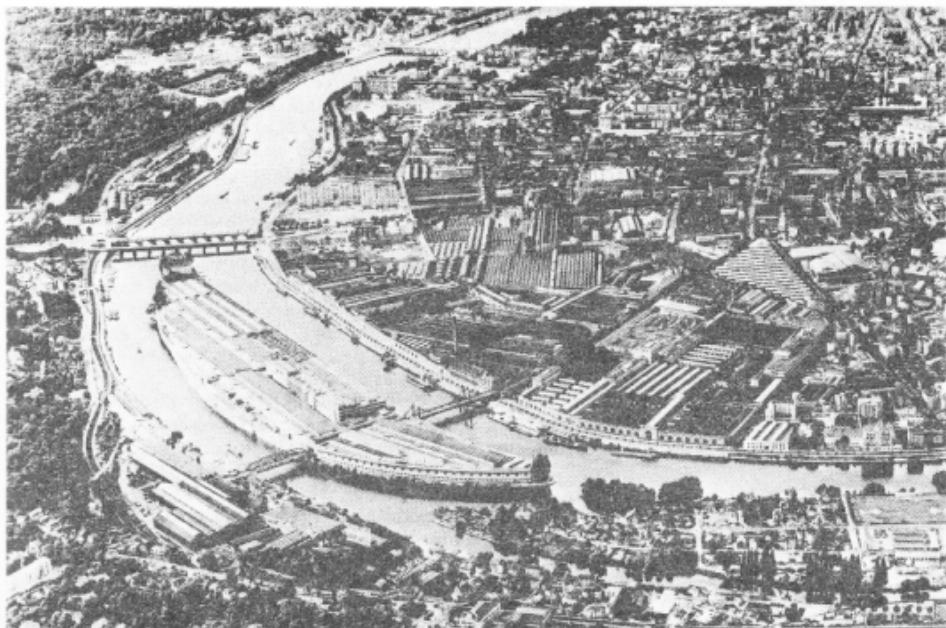




Las fábricas Renault en 1915 y en 1954. En primer plano, la isla Seguin, campesina, ha sido enteramente ocupada por la fábrica de 1930. Sobre la ribera derecha, el tejido industrial, todavía lacustre, aunque ya moderno, se ha llenado. El espacio de la industria es de una sola pieza.

siglo XIX era el internado. Es cierto que enfermeros y enfermeras tomaban el relevo de las congregaciones cuyo hospital era el convento. Da igual: el régimen al que les somete la Asistencia pública de finales del siglo XIX es a menudo severo. Viven prácticamente encierra: las salidas, muy vigiladas, se conceden con cuentagotas y como un favor. Sin embargo, en este personal son muchos los hombres y las mujeres casadas que desearían tener una vida familiar. Esta reclusión parece tanto más contestable cuanto que la administración ofrece a su personal como todo alojamiento unos dormitorios inmundos en los que el Dr. Bourneville denuncia nidos de tuberculosis¹². G. Mesureur, director de la Asistencia Pública a comienzos del siglo XX, no rechaza menos enérgicamente el externado del personal.

El externado, es decir el derecho a llevar en la práctica una vida privada, será progresivamente conquistado primero por los hombres que desempeñan tareas subalternas, después por el personal masculino, las vigilantes casadas y finalmente por las enfermeras casadas: se suponía que las solteras encontrarían *in situ* todo lo que les hiciera falta. Para ellas, en los años 1930, la regla continúa siendo el internado, y subsiste después de la Segunda Guerra Mundial. Una vida colectiva autónoma se desarrollaba por otra parte tanto en las vivien-



das del personal como en los internados del liceo. Se creaban espontáneamente lugares de encuentro frecuentados y animados: una sala donde se podía lavar la ropa, planchar o cocer los huevos sobre un hornillo de gas. Sin embargo, el único espacio para la vida privada propiamente dicha era el exterior, al que por otra parte raramente se tenía el tiempo y el derecho de aventurarse, o la soledad de las habitaciones.

La reorganización del espacio industrial sobre planes racionales se escalona a lo largo de todo el siglo XX, con fases de aceleración durante las reconstrucciones que siguieron a cada guerra mundial. A ello contribuye también la difusión del taylorismo y de la organización científica del trabajo. La cadena exige una continuidad y obliga a veces a construir inmensas naves de un solo nivel. La fábrica Renault de la isla Seguin en 1930 o la de Citroën, mucho más que la fábrica Berliet de Vénissieux en 1917, reconstruida enteramente en el muelle de Javel en 1933, ilustran esta nueva lógica: la producción ya no se organiza en función de las imposiciones de un plan diseñado previamente, sino que por el contrario se concibe al edificio en función de las necesidades de la producción. El espacio de trabajo

*La especialización
del espacio
del trabajo*

tiende así a especializarse; la fábrica no es solamente un edificio donde se produce, sino un edificio construido para una producción determinada. La arquitectura industrial se afirma y difunde formas específicas, sobre todo techumbres.

La especialización del espacio industrial dispone a las máquinas según un orden estricto y asigna a cada obrero un lugar; los espacios de circulación o de almacenamiento en el interior de la fábrica se diferencian de los que se reservan a la producción. Se refuerza el control sobre el dominio del tiempo y el espacio; mientras que se extiende el sistema del reloj en el que el obrero debe fichar, el cronometraje y los sistemas de salario por rendimiento, trazos de pintura en el suelo de los pasillos delimitan los lugares a los que el obrero no puede aventurarse sin autorización. Al término del proceso, en la fábrica Renault de Flins, por ejemplo, esta organización del espacio que define el lugar específico del trabajo en el interior mismo de la fábrica adquiere un fuerte valor simbólico: para los patronos, hacer huelga es «salir a la calle»¹³.

Simultáneamente, el espacio industrial se separa del tejido urbano. La clausura de las fábricas implica el control de las entradas y salidas: las puertas se convierten en lugares estratégicos donde se apuestan los guardas o eventualmente piquetes de huelga. La racionalización del espacio industrial implica la reducción del número de puertas y su especialización: la entrada del personal, las entregas, los envíos. El fraccionamiento de las antiguas fábricas lo impedia: ahora han sido sustituidas por edificios de una sola pieza. Al mosaico de talleres dispersos la nueva fábrica opone sus conjuntos compactos.

A partir de mediados del siglo XX, esta evolución cambia de escala. El urbanismo moderno tiende hacia la especialización de barrios. La ciudad antigua mezclaba estrechamente viviendas y talleres; en las mismas calles, alrededor de los mismos patios, se encontraban casas de alquiler, hangares y talleres. Los ruidos de la ciudad se superponían a los gritos de los niños. Al ronroneo de las máquinas, a los golpes de martillo o a los desgarramientos de las sierras. El urbanismo moderno, que simboliza la Carta de Atenas (1930), condena esta confusión. Condena meramente teórica por cuanto que la crisis económica interrumpe el crecimiento urbano. Doctrina plenamente adecuada por el contrario cuando los bombardeos de la guerra han arrasado barrios enteros, después cuando la urbanización renace y se acelera. El «zoning» se impone entonces y separa las zonas industriales de las residenciales.

Las primeras zonas industriales todavía no son demasiado amplias: sólo abarcan algunas hectáreas. Después, el crecimiento económico incita a diseñar a gran escala: se disponen centenares de hectáreas, y las zonas industriales se convierten en zonas «de actividades». Inversamente, los urbanistas excluyen cualquier implantación industrial de las zonas de vivienda, que conciben primero como grandes conjuntos y después como parcelas fragmentadas de un terreno: las únicas zonas aceptadas y alejadas son los comercios de las cercanías. El urbanismo moderno se extiende así al conjunto de la población y erige en principio la práctica de los burgueses que elegían instalarse lejos del ruido de las fábricas y de la promiscuidad de los obreros. Al lado de los barrios residenciales burgueses, los

Página contigua:

Aquí, en la fábrica Renault, las piezas que deben montarse se almacenan a lo largo de la cadena. Es preciso un vasto espacio para disponer así el conjunto de las máquinas y las piezas en el orden de las operaciones de montaje.

El reloj en el que fichan los trabajadores. Mide el tiempo e influye sobre él. Nos aproximamos a los salarios por rendimiento. Las cadencias construyen el trabajo obrero.







La gran empresa ha separado muy pronto el espacio privado del asignado al trabajo. En Creusot, desde mediados del siglo XIX, Schneider construye ciudades obreras. El ideal es una casa por familia como ésta. (Ciudad Saint-Eugène, finales del siglo XIX.)

más viejos, aparecen barrios residenciales más populares. En los barrios antiguos los talleres que cierran son reemplazados por inmuebles de viviendas. El tejido urbano se hace progresivamente homogéneo. Lo vemos en los distritos XIV y XV de París, en Lyon, en Brotteaux o en la Croix-Rousse así como en la mayoría de las ciudades.

Así la disociación entre vida privada y vida pública de trabajo se inscribe hoy en día en la configuración misma de las ciudades y en la estructura de la utilización del tiempo. Ya no se trabaja en el mismo sitio donde se vive; ya no se vive donde se trabaja: este principio no se aplica solamente en relación al alojamiento individual o al taller, sino también respecto de los barrios. Todos los días, amplias migraciones desplazan a la población de los lugares de residencia habitual hacia los de trabajo, después de los lugares de trabajo hacia los de residencia. El automóvil o los transportes colectivos aseguran una vinculación alterna entre dos espacios que tienden a excluirse.

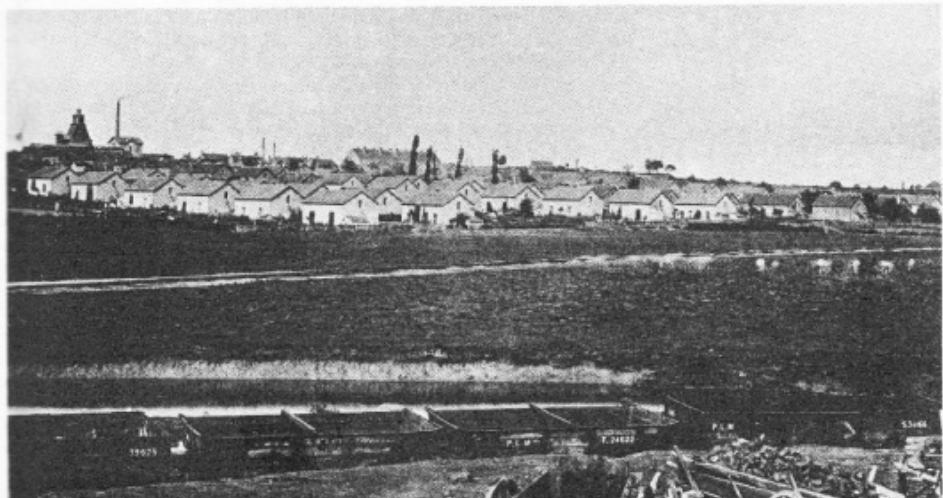
No obstante, la oposición no podría ser total. O, más exactamente, al imponerse al nivel global de las aglomeraciones, suscita algunos correctivos. En primer lugar, las instalaciones colectivas no se inscriben en la dicotomía del espacio urbano: la oficina de correos, la escuela, los comercios, los hospitales no competen a la vida priva-

da, y, si son los lugares de trabajo de sus empleados, éstos no se encuentran solos. Sobre todo la división de las ciudades en espacios especializados, el «zoning», engendra migraciones cotidianas de tal amplitud que vemos reaparecer, en el interior de los lugares de trabajo, actividades diferentes a él. La jornada continua se extiende. Cada vez más frecuentemente —parece ser que en el 20 % de los casos en 1983— los asalariados toman su comida del mediodía sobre la marcha, en un comedor o en el restaurante de la empresa. En los mismos locales de la empresa se abren cafeterías que ofrecen un espacio a los encuentros amistosos de orden estrictamente privado. El comité de empresa multiplica las actividades durante el tiempo libre, si bien el espacio social del trabajo acoge elementos de la vida privada. Simétricamente, algunos trabajos nunca han abandonado el domicilio privado; otros lo reencuentran, por ejemplo con el desarrollo del trabajo negro. Así, pues, la especialización de los espacios no es total.

El trabajo femenino prueba que este principio no deja de ser la norma en algunos casos. Durante generaciones, el ideal laboral de las mujeres ha consistido en permanecer en sus casas ocupándose de su familia: trabajar fuera de casa era un signo de una condición particularmente pobre o despreciable. Ahora bien —y esta inversión constituye una de las evoluciones más importantes del siglo XX—, el trabajo doméstico de las mujeres ha sido denunciado como una alienación, como un sometimiento al hombre. Por el contrario, trabajar fuera de casa se convierte para las mujeres en el signo tangible

*La nueva norma
y el trabajo
de las mujeres*

Esta vista de la ciudad de las Alondras en Montceau-les-Mines (1867) muestra cómo el espacio rural es devorado simultáneamente por las ciudades y por las necesidades de la producción.



de su emancipación. En 1970, la justificación mayoritaria del trabajo femenino viene dada, para los cuadros, por el principio de igualdad de sexos y por la independencia de la mujer, mientras que en los obreros y empleados dominan todavía las justificaciones de tipo económico.

Esta evolución indudable plantea varias preguntas. El historiador retiene primero la de su fecha: ¿por qué en esta época, y no antes o después? Todos los argumentos que fundamentan el nuevo curso que ha tomado el trabajo femenino hubieran sido tan válidos hace un siglo como hace veinte o treinta años. ¿Por qué ha hecho falta esperar a la mitad del siglo XX? ¿Por qué se ha producido esta evolución primero en las capas urbanas asalariadas antes de ganar progresiva y lentamente al conjunto de la sociedad?

La antigua indiferenciación del espacio y de las tareas y su desaparición aportan los datos suficientes para responder a estas preguntas. En tanto que las tareas domésticas y productivas se realizaban simultáneamente, en el seno del mismo universo doméstico, la división sexual del trabajo no se percibía como una desigualdad o como un sometimiento. La subordinación de la mujer al hombre estaba marcada por las costumbres: tal es el caso de esas granjas en las que la mujer, de pie, servía al hombre y esperaba a que terminase de comer para sentarse ella misma a la mesa. Pero ello no implicaba la desvalorización de las tareas domésticas. Hombre y mujer trabajaban por igual de forma agobiante a la vista y conocimiento mutuo.

En esta economía de penuria, en casa de los campesinos pobres o en la de los obreros, las mujeres realizaban una parte del trabajo productivo. De todos modos la primera forma de ganancia era la ausencia de gasto, y los ahorros de las amas de casa constituyan el primer dinero ganado, ahorrado y a veces invertido en la explotación. Inversamente, los hombres trabajaban también para la casa preparando la madera para calentarse, fabricando los utensilios o el mobiliario para no tener que comprarlo.

La especialización de los espacios rompe la igualdad conyugal y hace de la mujer una sirvienta. La imagen de Epinal que muestra al marido leyendo su periódico en su sillón mientras que su mujer se apresura a trabajar es la representación típica de un marido que «vuelve del trabajo», es decir, que trabaja fuera de su casa. Simultáneamente, la economía se hace más monetaria: el dinero que se evita gastar cuenta menos que el que se gana. El trabajo asalariado del hombre adquiere una nueva dignidad, y la mujer que permanece en su casa se convierte en la criada de su marido: lo importante no es tanto que trabaje en su casa como que lo haga para otro. La segregación de los espacios productivo y doméstico transforma el sentido de la división sexual de las tareas e introduce en la pareja la relación de amo a servidor que antaño caracterizaba a la burguesía. Relación tanto menos soportable cuanto que, en el conjunto de la sociedad, se hace algo anormal trabajar en el espacio privado perteneciente a otro. Si el trabajo asalariado de las mujeres ha adquirido en el siglo XX valor emancipador ha sido a causa de una evolución más global todavía que ha modificado las normas del trabajo asalariado.



Nos encontramos en 1960 en la casa de un viñador de Charente. La madre, de pie, sirve a su marido y a su hijo. La cocina es todavía el cuarto de aseo, a menos que el espejo y las brochas no sean puros vestigios.

Mujeres en el trabajo en un taller de pinceles hacia 1965. A la especialización de los lugares de trabajo se añade la de los atendidos.



La socialización del trabajo asalariado

Un trabajo en casa ajena

Al trabajo en la propia casa se oponía a comienzos de siglo el trabajo en la casa de los demás. Cualquiera que fuese la forma, el trabajo asalariado era ante todo un trabajo en casa de otra persona. No tenía lugar en un espacio público regido por normas colectivas, sino en el coto privado de otra persona.

La servidumbre

Desde este punto de vista, la forma ejemplar de trabajo en casa ajena viene dada por la servidumbre. Ya se trate de la servidumbre de granja —1.800.000 personas en 1892— o de la servidumbre de casa burguesa —960.000 en el censo de 1906—, sus miembros pierden cualquier tipo de vida privada para pasar a integrarse en la vida privada de sus amos. Estos criados, alojados bajo el mismo techo que sus amos, a diferencia de los jornaleros o de las asistentas, alimentados por ellos, ya coman en la antecocina o, como los criados de granja, en su mesa, llevan una vida que nada tiene de «privada». La servidumbre de granja generalmente duerme en el establo, y guarda sus objetos personales en sus bolsillos o como mucho en su morral. En la ciudad, muchas criadas duermen en un desván, junto a la cocina; muchas también disponen de una buhardilla donde pueden depositar algunos objetos de aseo y unas pocas baratijas. Pero los manuales de normas sociales invitan a las dueñas de la casa a visitar regularmente las habitaciones de las criadas. Por lo demás, éstas apenas están en ellas más tiempo que el de dormir.

El control de los señores se extiende también a las relaciones de los criados, que son cuidadosamente vigiladas. Sus vacaciones son breves y escasas y su correspondencia abierta. Es en el jardín público donde la criada, mientras pasea a los niños, encuentra a veces el domingo a un sorche; invitarle a subir a la cocina por la escalera de servicio es asumir el riesgo de ser despedida.

El mejor indicador de la dificultad de los criados para llevar su propia vida privada viene dado por el escaso número de ellos que contraen matrimonio. En las granjas, casi siempre son solteros; cuando no lo son es como si lo fueran: el cónyuge no está allí y no se deja ver. En las mansiones de la alta burguesía o de la aristocracia, un cochero puede llegar a casarse con una asistenta y ambos mantener su puesto de trabajo. Pero en ese caso más les vale no tener hijos: perderían su puesto, a menos que el cabeza de familia dispusiera de una portería o de un pabellón para guardias en su propiedad rural. La servidumbre deberá evitar ser prolífica, y su vida privada sólo podrá ser clandestina o marginal.

Por el contrario, participa de la vida privada de sus amos. La servidumbre, estrechamente vinculada a los aspectos más íntimos de

la vida cotidiana de los señores —el despertar, el acostarse, el aseo, la comida—, testigos de la vida de sus amos fuera de las convenciones que impone la vida mundana —o pública—, encargados a menudo de ocuparse de los niños, conocen mejor que nadie los achaques, caprichos, desavenencias e intrigas de sus amos. A veces incluso son los depositarios de sus confidencias: lo permite la discreción que se ven obligados a observar.

Y ello es así porque la relación entre amos y criados se asemeja más a una relación familiar que a un contrato de trabajo. El criado es casi un pariente, y los parientes pobres —la tía solterona por ejemplo— casi criados. En efecto, esta relación se encuentra jerarquizada: hay un superior y un inferior, pero las relaciones familiares están también jerarquizadas, y un niño que no considera a sus padres como superiores rápidamente sería reprendido. Los criados se encañan con sus amos y con los hijos de éstos tanto más cuanto que ellos mismos están faltos de afecto. Como contrapartida se les trata con una familiaridad generalmente benevolente: los amos se ocupan de ellos y les cuidan cuando enferman. Tuteados por sus amos como implica la relación de jerarquía (en el regimiento, los oficiales tutean a los soldados), ellos por su parte se dirigen a sus señores en tercera persona y cuando hablan de ellos les designan por su nombre: señor Santiago, señora Luisa... incluso si se trata de niños. Evidentemente, el apellido es inútil, puesto que la relación se sitúa por definición dentro de la vida en común de la casa cuando no de la familia. A veces las cosas van aún más lejos: sería imposible hacer la relación de los amores anciliares, pero está claro que se trata de algo más que de una mera invención de los autores de *vaudeville*...

Con algunas ligeras variantes el mismo análisis es válido para los criados de granja: misma proximidad a la vida cotidiana, idéntico conocimiento de la familia y los secretos, mismas relaciones íntimas a veces entre granjera y sirvienta. La diferencia entre la servidumbre agrícola y la servidumbre de una casa burguesa se sitúa en otro plano: los segundos, mujeres en su mayoría, sirven de auxiliares al trabajo productivo. Los criados de granja tocan menos directamente la vida privada de sus patronos que las criadas o que las doncellas la de sus señoras. Por ello, su asociación es menos duradera: el criado de granja está comprometido por un año, y los plazos están subrayados a veces por una semana libre, como ocurría en la Bretaña de Pierre-Jakez Hélias todavía a comienzos de los años 1920¹⁴. Las criadas están colocadas durante un espacio de tiempo indeterminado, incluso si sus sueldos son anuales. En la mayoría de las granjas, salvo en las mayores, el recurso al criado corresponde a una fase muy precisa del ciclo vital: aquel en el que él o los niños todavía son demasiado jóvenes para trabajar como hombres; cuando cumplen los dieciséis o los dieciséis años, se despide al criado que hasta entonces suplía la insuficiencia de la mano de obra familiar. Por el contrario, una familia burguesa no se concibe sin una criada, y si a veces los criados son más numerosos cuando hay niños que criar —una nodriza, una niñera o un preceptor pueden encargarse de esta tarea—, la organización misma de la vida cotidiana implica el personal para hacer la limpieza, cocinar, lavar la vajilla, etc. No se puede mantener el rango social sin al menos tener a su servicio a una



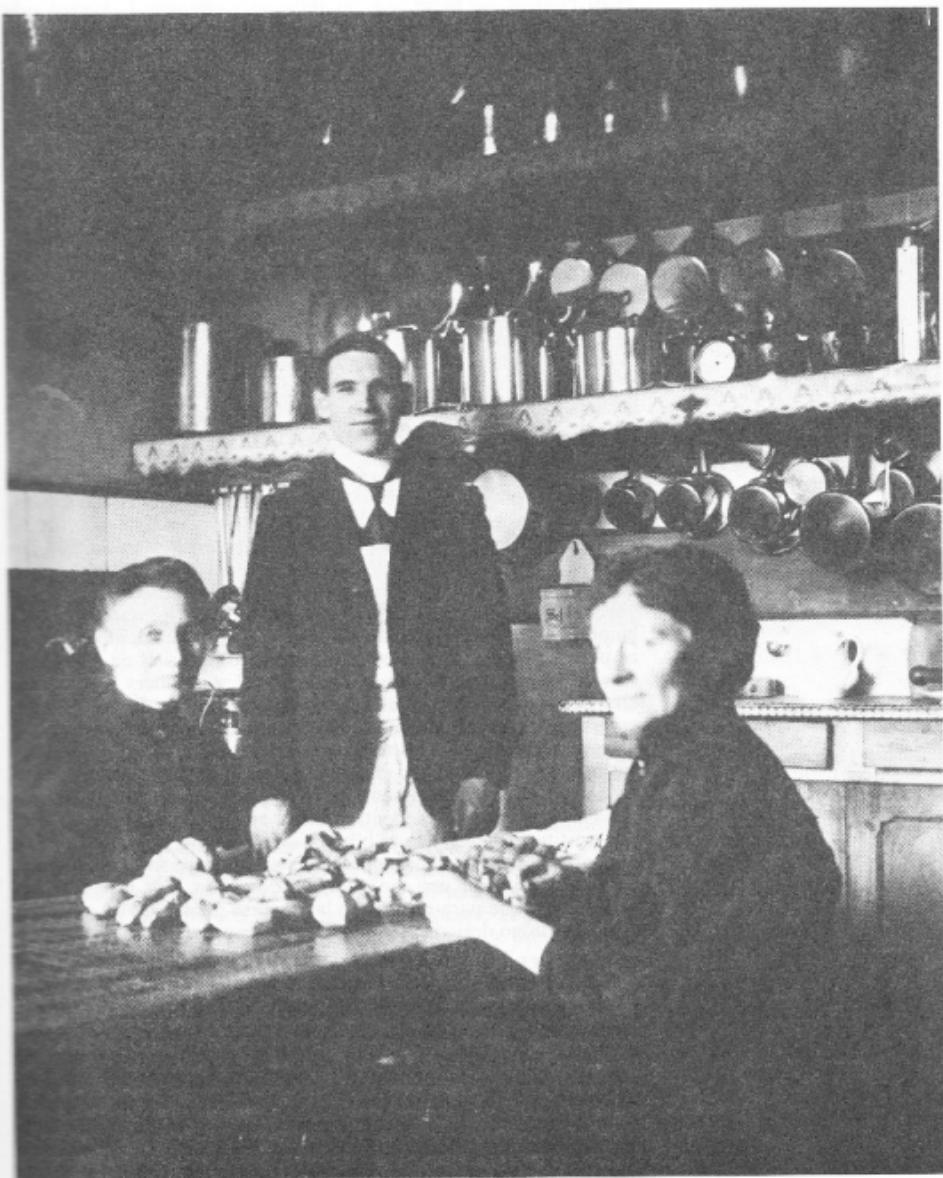
La cocinera y la doncella. Imagen sin duda del período de entreguerras. Se ha olvidado en qué ambiente trabajaban y vivían estas criadas. ¡Qué contraste con el espacio asignado a los señores...!

Página contigua:

La cocina de una gran «casa». La impresionante batería de cacerolas y los cestos de legumbres que deben ser peladas dejan adivinar el número de invitados. Tal es el tren de vida de esta pequeña empresa, cuyo jefe es el «ama de casa»...

criada. Estas diferencias no afectan, sin embargo, a la misma relación de trabajo, que es en ambos casos un vínculo de orden personal. En la granja, como en casa burguesa, el criado está al servicio personal de un amo. El criado no está libre cuando ha terminado su trabajo, ni el amo cuando le ha pagado su sueldo. El amo espera del criado no solamente el trabajo, que precisamente no se encuentra definido, sino también una ayuda múltiple y un comportamiento a la vez comprensivo, respetuoso y agradable: los desabridos y los gruñones no duran mucho tiempo en sus puestos. Inversamente, los criados pueden esperar de sus amos no sólo sus sueldos, sino además una cierta benevolencia: el rector Payot en su manual de moral prescribe a las futuras criadas que hagan todo lo posible para que no toleren que se les falte al respeto y les aconseja que en ningún caso permanezcan en una casa en la que no aprendan nada¹⁵. La señora debe preocuparse de la educación de la criada y enseñarla a «llevar una casa». No se trata aquí de un contrato de trabajo impersonal: es necesario que el amo y la criada se agraden. En una época en que los mismos matrimonios reposaban a menudo sobre convenciones sociales, esta relación de trabajo se emparentaba con una relación familiar: era una relación de orden privado.

Este análisis no autoriza ninguna nostalgia. Su carácter familiar y



cuasi familiar no hacía que las relaciones amo-criado fueran más idílicas: la familia es un lugar de tensiones y de conflictos tanto como de afectos. Por el contrario, es importante dar su sentido pleno y completo a la definición de los juristas: en la época, el contrato de trabajo es de orden privado.

Los obreros alojados por su patrón

A comienzos de siglo en efecto la situación de los criados no difiere estatutariamente de las de los demás trabajadores. Todavía son numerosos los obreros alojados por el patrón. Recorramos las casas de una ciudad de provincias, siguiendo los datos que nos proporcionan los agentes del censo en 1911. Encontraremos al muchacho carnicero viviendo bajo el mismo techo de su patrón, y a los obreros panaderos al lado del horno. Veamos a un chocolatero: una docena de obreros, hombres en su mayoría, trabajan en su casa para fabricar el chocolate, pero ¿no hay también entre ellos un cocinero? Examinemos a una modista, a su hermana y a su empleada, obrera de la costura a la que aloja: casi seguro que ésta les sirve la mesa y que también friega los platos¹⁶. No es posible trazar la frontera entre la criada y el obrero alojado.

También es completamente imposible trazarla entre el obrero alojado y el obrero no alojado. Primero porque, como hemos visto, incluso si los pensionados-fábricas constituyen excepciones, no es raro que las empresas alojen entre sus paredes a una parte del personal. Sobre todo la relación entre el obrero y el patrón es a menudo idéntica a la del amo con el criado. La situación de los obreros depende no poco del tamaño de la empresa: cuando la empresa no es excesivamente grande, y consecuentemente el patrón es personalmente accesible, el obrero se dirige a él en tanto que servidor de su amo («señor Francisco...») y entonces este obrero cree que puede hablar con él de hombre a hombre. En las grandes empresas —pero no olvidemos que Francia es ante todo un país de pequeñas empresas—, las relaciones se despersonalizan, y los obreros se sitúan al margen de cualquier relación de dependencia personal. Sea cual fuere el tamaño de la empresa, los patronos estiman que en la empresa se encuentran como en la propia casa: para ellos no constituye un espacio público, sino su campo privado. Por ello ponen trabas durante bastante tiempo a la inspección de trabajo, pues la consideran una violación de domicilio. Por otro lado, es significativo que para referirse a la empresa hablen de su «casa»: el mismo término designa el domicilio y la empresa.

El paternalismo

El paternalismo es, pues, para ellos una actitud natural. Nos equivocaríamos si viésemos en él un cálculo maquiavélico. Seguramente el paternalismo sirve a los intereses de los patronos, pero sus empresas quebrarían si no se preocupasen de sus intereses y es inútil reprochárselo. A decir verdad, en las mentalidades de la época, bien los patronos son paternalistas, bien son explotadores cínicos y feroces. El patrón consciente de los deberes de su cargo piensa como un «buen padre de familia»; ¿no es así como se gestio-



Familia de obreros agrícolas, 1949. Mientras que los criados agrícolas viven a la sombra del señor, los jornaleros tienen su propia casa, su vida de familia (numerosa). ¡Qué orgullo tener hijos «bien arreglados»!...

nan las «casas» prósperas? Puesto que el contrato de trabajo es de orden puramente privado, no hay otro «buen» patrón que el paternalista.

Después de todo, el paternalismo implica al conjunto de la familia del patrón. No solamente le obliga a pagar con su persona —por ejemplo, a menudo debe recorrer los talleres—, sino que también le impide mantener su vida privada totalmente privada. Él y su familia viven, por una parte y sobre todo en provincias, bajo la mirada de todos; para sustraerse a ella, necesitan llevar una «doble» vida, y, entonces, la vida privada pasa a un segundo plano. El patrón debe mostrarse con su mujer en el acto de distribución de premios en la escuela, en las entregas de medallas de trabajo, etc. Su mujer debe presidir activa y solicitamente las obras de asistencia maternal o familiar, ocuparse de las escuelas domésticas, dispensarios, ropeños... Sus hijos no escapan a los rumores: se les ve crecer, se comentan sus travesuras y su matrimonio debe de ser subrayado por algún acto de liberalidad. La vida familiar del patrón se configura así parcialmente como una vida de representación. Por otra parte, su casa, bien a la vista, se alza en el mismo espacio destinado a la fábrica, en las proximidades de los talleres, y, a menudo, en el mismo recinto.



Obreros brindando con sus patronos. El paternalismo no siempre suscita el rechazo. Incluso cuando se encuentra marcado ideológicamente. Estamos bajo el régimen de Vichy, y todos los patronos llevan la francisco en el ojal.

La familia del obrero tampoco queda fuera del contrato de trabajo. Lo que hacen la mujer e hijos del obrero repercute sobre el juicio que se hace sobre él. Es habitual también que el nacimiento de su niño se subraye mediante un regalo o una prima, sobre todo allí donde la mano de obra es estable. Se considera natural contratar prioritariamente a los hijos de los «propios» obreros, y al minero que quiere introducir a su hijo en el trabajo de la mina le basta con ir a presentarlo. En resumidas cuentas, el contrato de trabajo no deja de guardar analogías con el que en el Oeste angevino mantienen los terratenientes y sus aparceros. Engloba a la totalidad de la existencia.

Esta manera de concebir la relación de trabajo como vínculo de dependencia personal en relación al patrón nos parece hoy en día inaceptable, y nos cuesta trabajo creer que hombres hayan podido aceptarlo voluntariamente como evidente y natural. Muchos eran, sin embargo, quienes, además, llegaban incluso a sentirse agradecidos para con el patrón al que consideraban como un bienhechor. A comienzos de la Tercera República, un industrial que contribuye a la prosperidad de la región todavía es elegido muchas veces consejero general por sus propios obreros: la evidencia del hecho es tanta que las maniobras electorales resultan superfluas. En las minas de hierro de Lorena, y en una fecha tan tardía como en vísperas de la Primera Guerra Mundial¹⁷, los mineros cotizan en cada Santa Bárbara para ofrecer a su patrón un ramo de flores que le llevan en cortejo a su domicilio. El primero de enero de 1919 los obreros de L. Renault le ofrecen su cruz de la Legión de honor y un libro de oro con doce mil firmas¹⁸. El hecho de que estas manifestaciones

sean no solamente concebibles sino además aprobadas confirma, aun en el caso de que formen parte de las tradiciones folclóricas y del probable papel del patronazgo, que muchos trabajadores ven todavía en la empresa una especie de familia ampliada cuya cabeza visible sería el patrón.

Las etapas de la socialización del trabajo

Sin embargo, los obreros no aceptaban todos entrar así, mediante el contrato de trabajo, en una relación personal tan desigual. Si algunos, habituados al respeto y a la gratitud por su educación o resignados al orden de las cosas, admitían convertirse así en una especie de «niños grandes» —la expresión se encuentra en los escritos de los patronos—, otros en cambio, cuyo número aumenta a finales del siglo XIX, rechazaban esta subordinación. Para los republicanos, todos los hombres son iguales: ¿no lo enseña así la escuela? La benevolencia condescendiente del patrono respecto del obrero parece a menudo tan intolerable a éste como a los burgueses de 1789 la del aristócrata. Estos obreros desean ser los asalariados del patrón, no sus paniaguados. La fábrica no forma una gran familiar: es una cuestión de dignidad.

La concepción del contrato de trabajo como entrada del obrero en el campo privado del patrón transformaba los inevitables conflictos de intereses en enfrentamientos personales. La huelga afecta personalmente al patrón: ¿hacen huelga los niños o los criados? Los obreros en huelga no se contentan con reclamar: ponen en cuestión la autoridad misma del «padre de la fábrica», rompen un vínculo y se liberan de una dependencia. Ésta es precisamente la causa de que los sindicalistas de comienzos de siglo concedan tanta importancia a la huelga: educa, curte, arrastra, crea¹⁹. Un aumento del salario arrancado mediante una huelga tiene mucho más valor que una concesión espontánea por parte del patrón, pues a la ganancia material la huelga añade una victoria moral.

Es lo que los patronos no pueden tolerar. Para ellos la huelga es un gesto de ingratitud, un signo de mala disposición, un acto de insubordinación, un «motín», llega a escribir uno de ellos²⁰. Después de las huelgas del Frente Popular, un patrón de la Côte-d'Or llegará incluso a imponer a sus obreros como condición para ser readmitidos la redacción de una carta en los siguientes términos: «Señor, lamentando mucho habernos conducido de mala manera para con su persona, le rogamos nos perdone, y, al readmitirnos, nos permita compensarle en el futuro mediante la observancia de una conducta ejemplar. Dándole las gracias de antemano, le saludamos respetuosamente»²¹.

Se comprende mejor entonces por qué, en caso de huelga, los patronos se niegan obstinadamente a que intervengan los poderes

*La huelga
como ruptura
de una relación personal*

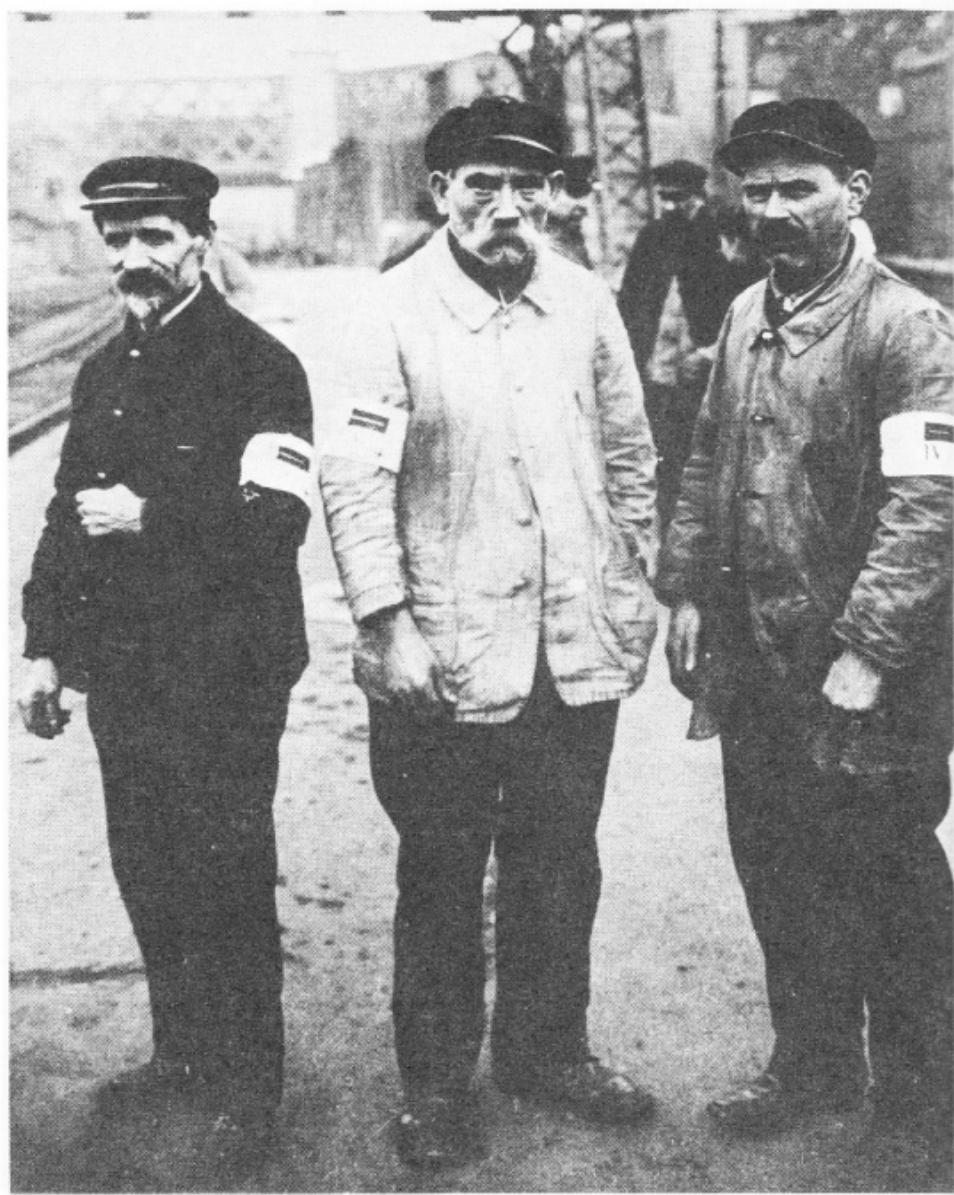
públicos y por qué los obreros por el contrario lo solicitan. No solamente los patronos se autoestiman «en sus dominios», sino que, además, el arbitraje del juez de paz, que autoriza una ley de 1892, les colocaría en un plano de igualdad con sus obreros: para ellos es una proposición tan insensata como someter a un juez un conflicto entre padre e hijo. El arbitraje transformaría en relación de orden público un contrato que los patronos quieren mantener estrictamente en el campo privado. De manera inversa, precisamente porque no hacen de la huelga un asunto personal o familiar, los obreros solicitan el arbitraje. E. Shorter y Ch. Tilly han mostrado que, a pesar del discurso sindicalista de la época radicalmente hostil al Estado, los huelguistas no vacilaban en recurrir al arbitraje. De 1893 a 1908 el 22 % de las huelgas son objeto de arbitraje. En el 48,3 % de los casos este arbitraje se produce a instancias de los obreros; en el 46,3 % de los casos a iniciativa de los jueces de paz; casi nunca a petición de los patronos. Los poderes públicos por su parte justifican su intervención por la preocupación de mantener el orden público. La huelga les obliga a menudo a proteger mediante la policía el campo privado del patrón, pero el orden público corre el riesgo de verse comprometido en la calle por la intransigencia de este último. Estas consecuencias públicas de un conflicto cuyo carácter privado no ponen en cuestión justifica su intervención; generalmente, esta intervención se adelanta a los obreros, pues impone un compromiso al patrón amenazándole con retirarle la protección de las fuerzas del orden.

La guerra de 1914 introduce una primera ruptura, pero no dura: en efecto, durante la guerra en numerosas fábricas el contrato de trabajo no deja de ser puramente privado. La producción de guerra interesa al primer jefe del Estado, que para esta tarea escoge como obreros a hombres jóvenes provenientes del ejército; estos obreros especiales deben su empleo al Estado, no al patrón, y, por otra parte, en ciertos casos, se encuentran sometidos a la autoridad militar. Por otra parte, el Estado no puede admitir que las actividades de industrias de capital importancia para el mantenimiento de la economía de guerra se vean interrumpidas por huelgas. Malvy, ministro del Interior, interviene en los conflictos de trabajo; el ministro del Ejército, Albert Thomas, impone en las fábricas de su incumbencia la creación de comisiones de arbitraje y la elección de delegados de taller. En resumidas cuentas, en determinados sectores la guerra transforma al contrato de trabajo en asunto de Estado; en esta cuestión, hasta entonces puramente privada, está en juego el interés nacional.

Es por otro lado la razón que explica que la guerra desemboque en la idea de «reintegro a la nación» de las riquezas nacionales: el programa de la CGT de 1921 prefiere utilizar —y no por azar— el término de «nacionalización» antes que hablar de colectivización, socialización o estatalización. Y ello porque la idea de suprimir la propiedad privada no resulta en este contexto de un análisis económico del capitalismo, sino de una toma de conciencia nacida de las condiciones de guerra: la del carácter público y del honor nacional que se ponían en juego en determinados trabajos asalariados. Por ello, esta reivindicación es particularmente fuerte entre los ferrovía-

Familia obrera (¿agrícola?) hacia 1930 en el umbral de su casa. Extrema pobreza: la puerta ni siquiera tiene cerradura, la ropa es miserable. Sin embargo, hay un rey: el bebé...





rios quienes ya la formulaban en vísperas de la guerra: la magnitud de las compañías ferroviarias despersonaliza la relación con el patrón, y, si hay servicios que cumplir, su interrupción no perjudica tanto a los superiores como a los viajeros. Se conocen las grandes huelgas de febrero y mayo de 1920: las compañías, dispuestas a afrontar la prueba de fuerza, salen victoriosas y despiden a más de 20.000 ferroviarios sin que intervenga el Estado. Expulsados todos los contestatarios, la explotación puede volver a ponerse en marcha sobre las antiguas bases. De hecho, ya no es posible: la nacionalización, rechazada tajantemente en 1920, se llevará a la práctica en 1937 sin encontrar verdadera resistencia²².

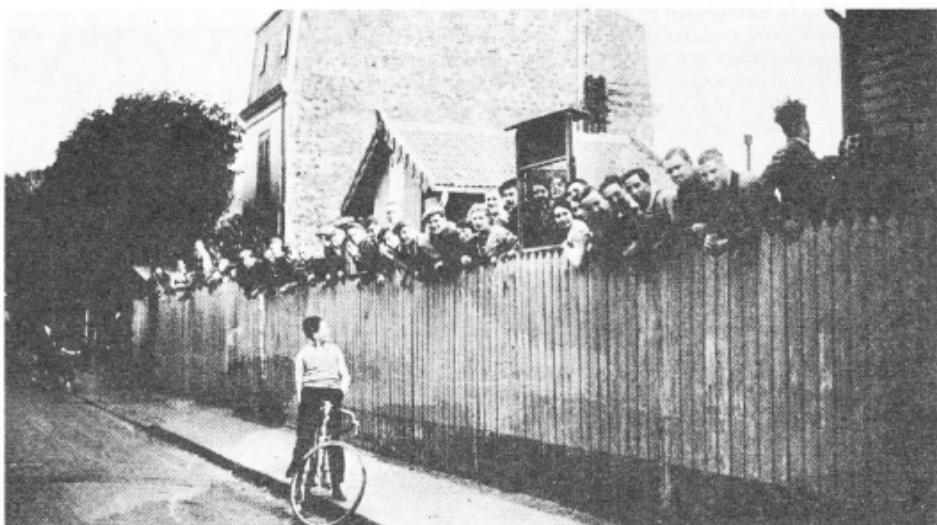
La ruptura decisiva se produce con la llegada del Frente popular. Las ocupaciones de fábricas de junio de 1936 escandalizan a la burguesía: es la negación de la propiedad privada. El patronazgo se ha sentido afectado en su personalidad social, en su poder, más todavía que en sus intereses; obligado a ceder, aspira a tomarse la revancha. Los historiadores, siguiendo sugerencias de los contemporáneos, se han preguntado sobre el sentido de las ocupaciones: la ausencia de reivindicación de expropiación por parte de los obreros, su desinterés por la contabilidad de las empresas y el carácter excepcional de las tentativas de puesta en marcha de las fábricas sin los patronos, invitan a ver en este hecho una simple toma en prenda de la fábrica en tanto dura la negociación. Interpretación poco satisfactoria, pues explicaría un conflicto social capital para nuestra historia por una especie de malentendido, pues los patronos no deberían haber temido perder una propiedad que los obreros nunca habían reivindicado.

Se comprende mejor la amplitud del conflicto cuando lo que entra en juego es el contrato de trabajo, la naturaleza de la relación salarial, no en cambio cuando lo que se disputa es la propiedad de la empresa. Para los patronos, el hecho de que la empresa sea de su propiedad fundamenta el carácter puramente privado del contrato de trabajo. No es el caso de los obreros. Para ellos, la empresa, aunque de propiedad privada, es de hecho un lugar público en el que también se encuentran en cierto modo en su casa. Un taller no es privado en el mismo sentido en que lo es una habitación. El contrato de trabajo es, pues, de orden público, y su contenido debe constituir el objeto no tanto de una negociación personal imposible entre cada asalariado y su empleador, como de una negociación entre sindicatos de obreros y de patronos. La gran novedad en este sentido son los convenios *colectivos*, y es revelador que, aunque hayan sido instituidos por una ley de 1920, sólo se generalicen a partir del Frente popular.

Esto también explica que los pequeños patronos se hayan sentido especialmente amenazados. Reprochan a los signatarios patronales de los acuerdos Matignon, que pertenecen a las grandes organizaciones mineras, siderúrgicas y mecánicas, haberles traicionado: obligan a la organización patronal a cambiar de nombre y de estatutos para aumentar su grado de influencia dentro de ella; se niegan a negociar

*Las ocupaciones
de fábrica durante
el Frente popular*

Ferroviarios durante la huelga de febrero de 1920. Muestran su brazalete, pues es el signo de que están allí contra su voluntad. En los servicios públicos, el trabajo está regido más bien por reglas colectivas. La requisición implica que el contrato de trabajo no es puramente privado...



Los obreros de Fiat en huelga (Nanterre, 1936). La empalizada separa el espacio público de la calle del espacio privado, propiedad del patrón. La ocupación no implica la desaparición de la clausura: una diferencia subsiste entre la calle y la fábrica. Pero la calle está vacía, mientras que la fábrica está llena. ¿Cuál es el lugar más público?

con la CGT un segundo acuerdo que recaería sobre los conflictos de trabajo y su arbitraje, pues ven en ello un atentado contra la libertad de contratar y despedar. Allí donde el gran patronazgo se prestaría a compromisos, el pequeño se muestra intransigente. Y ello es así porque, en las grandes empresas, la relación de trabajo es ya, por la fuerza misma de las cosas, anónima e impersonal, incluso si las relaciones con los contramaestres y jefes de equipo están muy personalizadas. Por el contrario, en las pequeñas empresas, la relación de trabajo se encuentra mucho más personalizada, y la posición del obrero no se encuentra muy lejana de la del criado. Ahora bien, es esto precisamente lo que de ahora en adelante el obrero va a rechazar.

Una anécdota ilustra de manera ejemplar esta postura del Frente popular. Nos la proporciona Bénigno Caceres, quien, en la época, era obrero en una pequeña empresa de construcción en Toulouse. Cuando un domingo por la mañana tomaba el aire frente a su casa, su patrón pasó por allí. Tras intercambiarse los buenos días, su patrono le dijo: «Por cierto, mi coche está allá, ¿serías tan amable de lavarlo esta mañana...? Bénigno Caceres le respondió: «Lo siento, señor, pero este trabajo no está previsto por el convenio colectivo...»²³

Con el Frente popular, el trabajo asalariado bascula de la esfera privada a la pública. A los convenios colectivos se añaden los procedimientos obligatorios de conciliación y arbitraje. Los salarios vienen determinados por las sentencias arbitrales. En el interior mismo de las empresas, los delegados de taller dan una expresión pública o

colectiva a problemas que hubieran podido permanecer en el campo de lo personal. La conquista por parte de los obreros de las cuarenta horas y las vacaciones pagadas implica también la del tiempo para desarrollar su vida privada. Desde este punto de vista, el estatuto moderno de la vida privada se remonta al Frente popular: a partir de esta fecha, queda claro no solamente que hay una casa propia, y que es legítimo disponer del tiempo de disfrutar en ella de la propia vida privada, sino también que el espacio del trabajo asalariado —la fábrica, el taller o la oficina— no es el espacio privado de cualquier persona, sino un espacio público regido por normas impersonales.

Vichy no restableció todas las libertades del ámbito personal. Las circunstancias le imponen tanto una política dirigista de los salarios como una repartición dirigista de las materias primas; las organizaciones patronales son reforzadas: otro tanto puede decirse de la influencia colectiva sobre la gestión de las empresas. En efecto, la disolución de las confederaciones obreras priva a los trabajadores de una representación colectiva. Sin embargo, la carta de trabajo, en su intento de reconstruir las relaciones sociales sobre valores privados, paradójicamente recurre a una estructura colectiva, de orden público: los comités sociales de empresa. Quiere abolir la oposición patronos/obreros y promover en la empresa una cordial entente cuyas obras sociales constituyan el terreno de elección conforme al ideal

La ocupación de fábricas implica también la utilización lúdica del lugar de trabajo. Manera de apropiarse colectivamente. Aquí una biscochería de La Courneuve.



paternalista de la gran familia. Pero ya no es posible abandonar las obras únicamente al patrón, a su familia y a sus mandatarios; la carta confía su gestión a los comités sociales donde están representados los obreros, los empleados y los cuadros. Comités de naturaleza pública quedan así encargados de mantener el respeto a los valores privados, en un campo que, por ello mismo, deja definitivamente de ser el terreno acotado del patrón²⁴.

Se comprende mejor entonces que los comités sociales se hayan perpetuado durante la Liberación junto con los comités de empresa. Estos, nadie lo niega, se distinguen de aquéllos en dos puntos que modifican radicalmente su sentido: los representantes del personal son sus elegidos, y solamente los sindicatos pueden presentar candidatos a estas elecciones. Pero las atribuciones efectivas de los comités de empresa apenas son más amplias que las de los comités sociales, y el papel que hubieran podido desempeñar en la organización de la producción —la gestión quedaba excluida— rápidamente queda reducido a nada. No se considera necesario que las empresas de menos de cincuenta asalariados tengan un comité de empresa: por debajo de este umbral, las relaciones de trabajo conservan todavía un carácter personal, y apenas parece posible institucionalizar las obras sociales sobre un modo público.

Así, pues, la Liberación marca una nueva etapa en la organización de las relaciones de trabajo, de ahora en adelante regidas por normas impersonales. Las nacionalizaciones de esta época, y más todavía la manera como fueron aceptadas por la opinión, subrayan la importancia de esta etapa. Después, con los acontecimientos de 1968, la reivindicación autogestionaria y la ley sobre las secciones sindicales de empresa se alcanza un nuevo estadio.

1968: la autogestión

No es necesario comentar la aspiración a la autogestión: está demasiado claro que descansa sobre la afirmación del carácter colectivo de la empresa y pone en cuestión no tanto la propiedad como el poder que se ejerce en ella. La autogestión pretende la desaparición de todo el poder personal dentro de la empresa y la consecutiva toma del poder por parte de los colectivos de trabajo. Lo que hemos intentado describir es, pues, el horizonte mismo de la evolución.

Por el contrario, para comprender la importancia de la ley de 1968 sobre las secciones sindicales de empresa, es preciso remontarse a la ley sindical de 1884. En efecto, esta ley se había limitado a reconocer a los trabajadores el derecho individual a formar parte de asociaciones profesionales sin otorgar a éstas derechos específicos en el campo profesional propiamente dicho. La ley de 1884 legitimó por otro lado tanto los sindicatos patronales como los agrícolas y obreros. En efecto, los sindicatos podían poseer los bienes necesarios para desempeñar su función; además, podían promover la acción de la justicia, pero, en la empresa, no eran nada: la ley de 1884 no hacía de ellos en ningún caso los representantes de los trabajadores frente a los empresarios. En sentido estricto, se podía aceptar que el sindicato representase a sus miembros, que fuera en cierto modo su mandatario, pero, al comienzo, no era nada más que eso. Se vio



La casa de los sindicatos de la calle Grange-aux-Belles era la sede de la CGT a comienzos de los años 1920. Los sindicatos, legalizados en 1884 y dotados de locales propios no alcanzarán reconocimiento legal en las empresas antes de 1945 y 1968.

incluso a patronos que habían negociado un aumento de salario con un sindicato, reservar su beneficio para los miembros de ese sindicato puesto que le denegaban toda cualidad para representar a los no sindicados. Finalmente, fue la jurisprudencia la que impuso el sindicato, incluso el minoritario, como representante de todos los obreros. Los convenios colectivos van más lejos: deben en efecto aplicarse en todas las empresas de un mismo ramo, incluso en aquellas en las que los sindicatos que los han firmado no existen.

El reconocimiento de esta función de representación no implicaba derecho a la existencia en el seno de las empresas. Una vez franqueado el umbral de la fábrica, el sindicato era ilegal: distribuir su prensa, recaudar sus cotizaciones o invitar a sus reuniones era infringir reglamentos de empresa perfectamente legales. Ser el responsable de estos actos era exponerse al despido puro y simple. El sindicato tenía, pues, el derecho a hablar en nombre de los obreros, pero, en la fábrica, no podía llevar otra existencia que la clandestina. Esta situación impedía sobre todo que los sindicatos pudieran designar como candidatos a los miembros del comité de empresa; la ordenanza de 1945 determinó que estos candidatos fuesen elegidos por el personal de entre los presentados por los sindicatos: su mandato proviene del sufragio universal, no de sindicatos cuya existencia es precaria y su representatividad local contestada. Los delegados en el comité de empresa son objeto de una protección legal contra los despidos abusivos. No ocurre lo mismo con los responsables sindicales. El comité de empresa permite así legitimar indirecta y parcialmente a los sindicatos en la empresa; les suministra una «cobertura» legal, en ningún caso un reconocimiento pleno y completo.

Hará falta esperar a la ley de 1968 para que los sindicatos tengan un estatuto dentro de las empresas, al menos en aquellas que sobrepasan los cincuenta asalariados. Las secciones sindicales tienen derecho a un local, a un panel de anuncios, y sus responsables, protegidos contra los despidos abusivos, consiguen que se les reconozca el derecho a dedicar a sus actividades sindicales una parte de su tiempo de trabajo remunerado según el tamaño de la empresa. Antes de la ley de 1968, militar dentro de la empresa constituía una infracción; de ahora en adelante es un derecho.

*La nueva norma
del trabajo asalariado*

Así, pues, al término de esta doble evolución, el trabajo ha emigrado del campo privado; se ha hecho excepcional trabajar en la propia casa, incluso cuando se trabaja para sí mismo. Sin embargo, el trabajo asalariado ya no es exactamente un trabajo en casa de otro y para otro, sino una tarea impersonal regida por normas formales, sometida a arbitrajes colectivos y que se desarrolla en un espacio despersonalizado donde instancias representativas, y no solamente el patrón, detentan derechos.

Seguramente esta evolución no se produce sin contrapartidas. La vida privada, expulsada del trabajo, se vuelve a introducir en ella de múltiples maneras. A todas ellas nos referiremos sumariamente más adelante. La concepción actual del trabajo no satisface plenamente ni a los usuarios ni a los trabajadores. Lo que era protección contra la anexión al campo privado del patrón algunos lo perciben ahora como sometimiento a una burocracia inhumana. Se aspira a conseguir relaciones de trabajo más personales que creo anuncian una nueva evolución. Estos nuevos vínculos no pondrán en cuestión la pertenencia del trabajo a la esfera pública, al tiempo que propondrán nuevas normas de comportamiento en esta misma esfera.

Sin embargo, esta revancha de lo privado no se comprende si no nos damos cuenta de que el concepto mismo de vida privada ha vuelto a ser definido dentro del ámbito familiar. La separación aumentada o reforzada entre el trabajo y la familia modifica profundamente a esta última y consecuentemente transforma la vida privada.

Notas

¹ Esta jerarquía aparece claramente cuando se estudia la situación de las muchachas en el momento de su matrimonio, cf. A. Prost, «Matrimonio, juventud y sociedad en Orléans en 1911», *Annales ESC*, julio-agosto de 1981, pp. 672-701.

² S. Grafteaux, *Mémé Santerre, une vie*, París, Éd. du Jour, 1975.

³ L. Frapié, *La Maternelle*, París, Albin Michel, 1953 (1.^a ed., 1905). Léon Frapié, empleado en el Ayuntamiento de la ciudad de París, conocía bien el barrio Belleville que describe en su novela.

⁴ J. Guicheno, *Journal d'un homme de quarante ans*, París, Grasset, 1934, pp. 67-73.

⁵ Durante mucho tiempo se ha repetido, siguiendo a Le Play, que la antigua familia mantenía bajo la autoridad de la pareja de los padres a uno o varios hijos casados, con sus propios hijos. Los trabajos de Peter Laslett sobre la Inglaterra de los siglos xvii y xviii han obligado a replantear la cuestión. Se ha constatado entonces que, en muchos pueblos, las familias sólo estaban compuestas por tres o cuatro personas. En Chardonneret (Oise), por ejemplo, en 1836, sólo el 15 % de los matrimonios están

constituidos por familias «ampliadas» a una pareja de padres o a uno sólo de ellos. (*Ethnologie française*, n.º especial 1-2, 1974.)

⁶ É. Grenadou, Alain Prévost, *Grenadou, paysan français*, París, Éd. du Seuil, 1966.

⁷ P. Fridenson, *Histoire des usines Renault*, París, Éd. du Seuil, 1972, t. I, da (p. 332) el plano de estas fábricas en 1898, 1914, 1919 y 1926.

⁸ G. Noiriel, *Longwy, immigrés et prolétaires, 1880-1980*, París, PUF, 1984, p. 42. En Creusot la especialización del espacio immense de la fábrica había empezado a mediados del siglo XIX. Cf. C. Devillers, B. Huet, *Le Creusot, naissance et développement d'une ville industrielle, 1782-1914*, Seyssel, Éd. du Champ Vallon, 1981.

⁹ *Ibid.*, p. 91, según un informe del Consejo de Estado de acuerdo con una encuesta realizada en el comité de Forjas. Observación relativa al Norte.

¹⁰ G. Lamirand, *Le rôle social de l'ingénieur. Scènes de la vie D'usine*, París, Éd. de la Revue des Jeunes, s. d. (1937, 1.ª ed., 1932), pp. 164-166.

¹¹ Y. Lequin, *Les Ouvriers de la région lyonnaise*, Lyon, PUL, 1977, t. II, pp. 115-116, subraya la importancia de las «fábricas-internados» en esta región a finales de siglo.

¹² Bajo la dirección de Y. Knibiehler, *Cornettes et Blouses blanches, les infirmières dans la société française, 1880-1980*, París, Hachette, 1984, p. 50.

¹³ N. Dubost, *Flans sans fin*, París, Maspero, 1979.

¹⁴ J.-P. Hélias, *Le Cheval d'argueil. Mémoires d'un Breton du pays bigouden*, París, Plon, 1975.

¹⁵ Payot, *La Morale à l'école (cours moyen et supérieur)*, París, Armand Colin, 1907, p. 193.

¹⁶ Estos ejemplos se han obtenido del estudio de la listas nominativas del censo de 1911 en Orleans.

¹⁷ G. Noiriel, *op. cit.*, p. 211.

¹⁸ J.-P. Depretto, S. V. Schweitzer, *Le Communisme à l'usine*, Roubaix, EDIRES, 1984, p. 61.

¹⁹ La fórmula es del secretario general de la CGT en *l'Action directe* del 23 de abril de 1908. Cf. J. Juliard, *Clemenceau, briseur de grèves*, París, Juliard, 1965, p. 31.

²⁰ La expresión es de M. Jacquet, fundidor en Clermont-Ferrand, cf. Ed. Shorter, Ch. Tilly, *Strikes in France, 1830-1968*, Londres, Cambridge University Press, 1974, p. 35.

²¹ Carta publicada por el *Peuple* del 21 de agosto de 1936. Este patrón poseía fábricas en Brazey, Genlis y Trouhans.

²² G. Ribeill ha analizado adecuadamente las negociaciones que condujeron al compromiso de 1937.

²³ He obtenido la anécdota de Bénigno Cáceres, él mismo uno de los pioneros de la cultura popular.

²⁴ O. Kourchid, *Production industrielle et Travail sous l'Occupation*, París, Grupo de sociología de trabajo, 1985, III-405 p. multigr., describe la organización del comité social de las Minas de Lens. La CEGOS aconsejaba hacer elegir a los miembros obreros de los comités sociales. Una circular de la UIMM de la región parisina aconseja no excluir a los candidatos que han demostrado una actividad política o sindical, salvo a los comunistas.



La familia y el individuo

A primera vista, la evolución de la familia es simple: ha perdido sus funciones «públicas» para sólo mantener las «privadas». Una parte de las tareas que le habían sido confiadas han sido rápidamente asumidas por instancias colectivas: esta socialización de algunas funciones no deja a la familia otra función que la de la plena expansión de la vida privada. En este sentido, podemos hablar de una «privatización» de la familia.

Este análisis, aunque no es falso, se muestra insuficiente. En efecto, la familia que se consagra de ahora en adelante exclusivamente a sus funciones privadas ya no es exactamente la misma que la que además tenía funciones públicas. El cambio de las funciones implica un cambio de naturaleza: a decir verdad, la familia deja de ser una institución fuerte; su privatización es una desinstitucionalización. Nuestra sociedad se encamina hacia familias «informales». Pero también acontece que en el seno de la familia los individuos conquistan el derecho a tener una vida privada autónoma. En cierto modo, la vida privada se desdobra: dentro de la vida privada de la familia se erige de ahora en adelante una vida privada individual. En el horizonte de esta evolución se encuentran las unidades de convivencia formadas por una sola persona en las que la vida privada doméstica ha sido enteramente absorbida por la vida privada individual.

El espacio de la vida privada

En principio el muro de la vida privada rodea al universo doméstico, al de la familia, al de la vida en común. Se trata al parecer de una frontera que se dibuja más claramente en la sociedad francesa que en las sociedades anglosajonas. Francia, por ejemplo, no prac-

No estamos en Nápoles, sino en Ménilmontant en 1957. Hábitat popular vetusto. La ropa interior se tiende en las ventanas. Los niños se divierten como si estuviesen en sus casas. Están en sus casas.



tica el *bed and breakfast* británico que introduce a extraños en el universo doméstico. Durante el siglo pasado, para acoger a los colegiales cuyos padres vivían demasiado lejos, los franceses han preferido internados antes que alojamientos en casas de profesores o de familias de la ciudad, como ocurría en Alemania. En pocas palabras, lo que ocurre en el universo doméstico pertenece estrictamente a la vida privada.

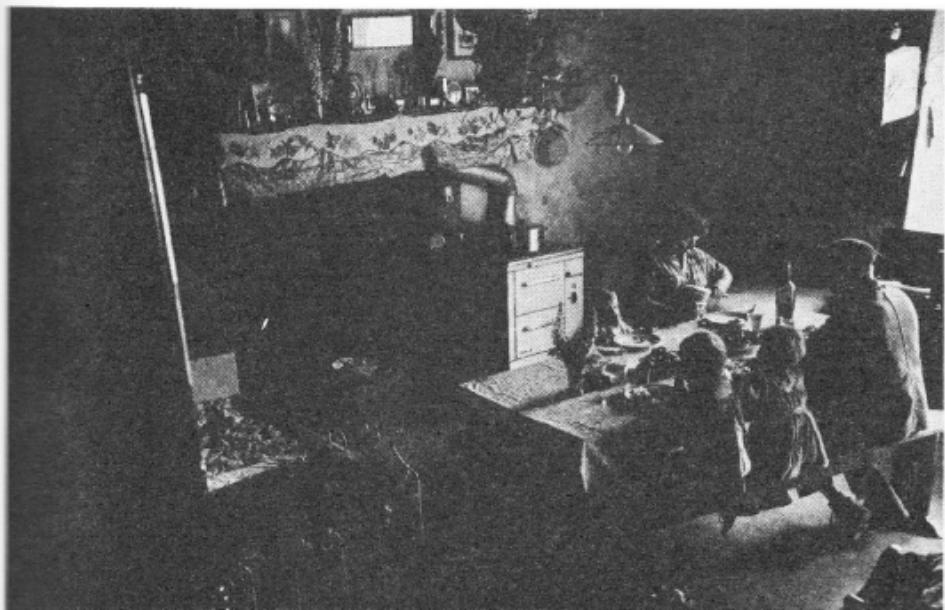
Por ello, un buen modo de acercarse a las transformaciones que han afectado a la vida privada durante el siglo XX consiste en preguntarse sobre la evolución material del cuadro doméstico: la historia de la vida privada es primero la del espacio en que se inscribe.

La distensión de los lazos familiares

La conquista del espacio

Desde este punto de vista, el siglo XX puede ser considerado como la época de la conquista del espacio, pero no en el sentido de los cosmonautas: el conjunto de la población francesa ha conquistado el espacio doméstico necesario para el desarrollo de la vida privada.

A comienzos de siglo, y hasta los años 1950, un importante contraste separaba a las familias burguesas de las populares. La prime-



tas disponían de espacio: habitaciones de recepción, una cocina y sus anexos para la criada o los criados, un cuarto para cada uno de los miembros de la familia y a menudo algunas habitaciones más. Una entrada y pasillos aseguraban la independencia de estos diferentes espacios. A estos países, a estas casas «burguesas», se oponían las viviendas de las clases populares. En efecto, obreros y campesinos se apiñaban en viviendas: compuestas por una sola habitación o como mucho por dos.

En el campo, muchísimas casas no comprendían más que una habitación donde se dormía al calor del fuego. Los médicos que estudiaron hacia 1900 la higiene de las casas rurales, en Morbihan o Yonne por ejemplo, nos describen salas comunes donde a veces se amontonan hasta cuatro camas en cada una de las cuales duermen por lo menos dos personas¹. Únicamente las granjas más ricas disponen además de una habitación, y a comienzos de siglo y sobre todo durante el período de entreguerras, el enriquecimiento del campesinado se traduce visiblemente en la adjunción de una o dos habitaciones a la sala común. Por otra parte, tanto la dimensión de las habitaciones como su número nos habla del desahogo de las habitaciones: encontramos casas de jornaleros compuestas por dos pequeñas habitaciones, y granjas ricas cuya sala es muy amplia; en general, son pequeñas si pensamos en la multiplicidad de las actividades que acogen; 25 metros cuadrados de media en Yonne es muy poco.

A un lado, un salón burgués en 1958. La criada sirve el café. Libros, cuadros, alfombra de Oriente, ramo de flores. Una televisión, objeto raro en la época. Al otro lado, la habitación única donde vive en 1965 una pareja obrera con seis hijos, cerca de Moyón (Mancha). Adviértanse las dos camas de niño, la cocina nueva, la despensa pegada a la pared, la «suspensión». El siglo XIX no ha muerto.



Estamos en Auvergne hacia 1960. El mobiliario denota un verdadero desahogo económico: cama de columnas, mesa de noche, reloj. Pero las paredes están algo deterioradas. Y los salazones penden de las vigas de esta habitación en la que un enfermo guarda cama.

La disposición de las viviendas ciudadanas era menos uniforme. Sin embargo, a menudo estaban constituidas también por una sola habitación, o por dos habitaciones, que se comunicaban entre sí, pues naturalmente la cocina contaba como una habitación. En 1894, el 20 % de la población de Saint-Étienne, el 19 % de la de Nantes, el 16 % de la de Lille, Lyon, Angers o Limoges vivían en viviendas de una sola habitación. Los recuerdos de Jean Guéhenno nos proporcionan una imagen fidedigna de la vida en estas viviendas: «Sólo teníamos una habitación. Trabajábamos y comíamos en ella, incluso algunas noches allí recibíamos a los amigos. Nos habíamos visto obligados a alinear alrededor de las paredes las camas, una mesa, dos armarios, un aparador, las tablas del horno de gas, colgar las cacerolas, las fotos familiares, las del zar y las del presidente de la República. (...) Bramantes corrían de uno a otro lado de la habitación sobre las cuales siempre se tendía la última colada (...) Bajo ella (una alta ventana) se había instalado el «taller», la máquina de coser de mi madre, el arcón de mi padre y una gran cubeta de agua en la cual siempre quedaban en remojo plantillas combadas y suelas². Aquí todavía nos encontramos en la situación relativamente favorable de una casa nueva, en una ciudad pequeña. Los viejos alojamientos de las grandes ciudades eran aún más exiguos.

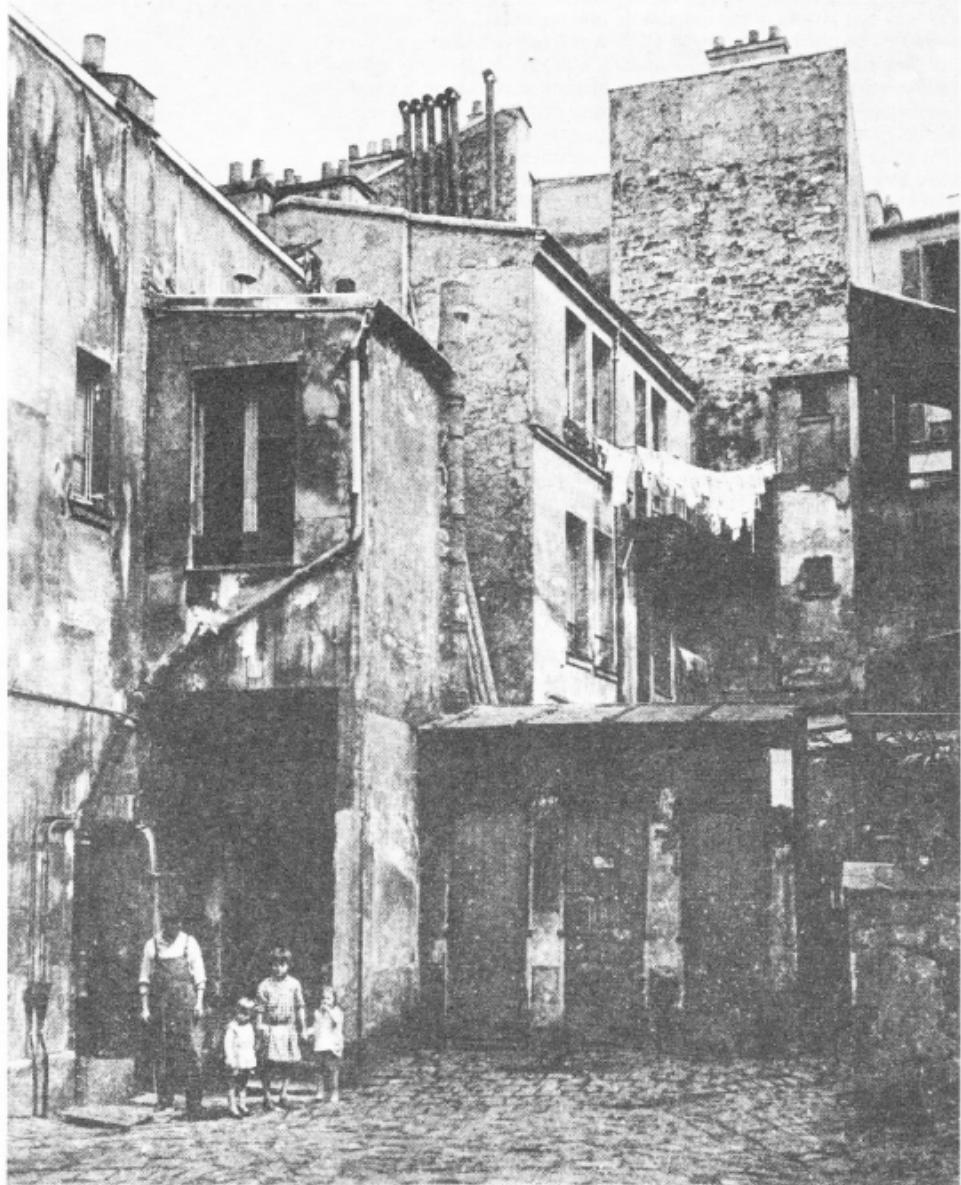
Así, pues, la superpoblación era la regla: por otra parte, había alcanzado tal nivel que un hombre como Bertillon fija su umbral en

dos personas por habitación. En el censo de 1906, el 26 % de las personas que viven en las ciudades de más de 5.000 habitantes tocan a más de dos por habitación, el 16 % a uno por habitación y sólo el 21,2 % a menos de uno por habitación³. A finales del siglo XIX los caseríos mineros del norte de Francia ofrecen más espacio habitable y un espacio subdividido: tres habitaciones de media para una superficie de 70 metros cuadrados en la Compagnie d'Anzin por ejemplo⁴. Pero estas viviendas obreras, por muy rudimentarias que sean, han sido concebidas por burgueses en función de normas que les parecían evidentes: se comprende que rompan con el conjunto de viviendas ciudadanas populares donde reina la promiscuidad y el apiñamiento. A la separación del espacio de trabajo y del espacio doméstico acompaña la disgregación de este último.

Los rasgos esenciales de esta situación se perpetúan durante toda la primera mitad del siglo XX. Las descripciones que Michel Quoist hace del barrio Saint-Saveur en Rouen durante 1949 nos muestran las mismas viviendas populares que aparecían en la *Maternelle* de León Frapié situada en el Belleville de 1900 o en las investigaciones de Jacques Valdour en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La explicación es simple: entre 1919 y 1940 se ha construido muy poco —dos millones de viviendas en total—. La reglamentación de los alquileres, promulgada nada más terminar la guerra con la finalidad de proteger a los inquilinos y frenar el alza de los precios, había conducido a alquileres tan débiles que los propietarios no tenían ningún interés en hacer construir inmuebles arrendables, como no fuesen para una clientela burguesa. Hubiese sido necesaria la intervención de organismos sociales que actuasen sin finalidad lucrativa;



1955: habitación de una familia obrera urbana. Acumulación de camas. A pesar de todo, limpieza y cierto gusto. Cortina de ganchillo. Lecho conyugal estilo galerías Barbés. Encima, foto de boda de la pareja. El aparato de radio es inamovible. La familia dispone al menos de otra habitación.



pero las oficinas de viviendas baratas previstas por una ley de 1942 no disponían de los fondos necesarios para emprender operaciones inmobiliarias a la medida de las necesidades. Hubo algunas realizaciones: las 200.000 viviendas baratas financiadas por la ley Loucheur (1928), las torres de Villeurbanne, los inmuebles construidos en París sobre las fortificaciones; no obstante, en líneas generales, la cuestión de la vivienda popular, planteada desde finales del siglo XIX, no siempre quedó resuelta a comienzos de los años 1950. Para las ciudades y la vivienda, el siglo XX todavía no ha empezado.

Naturalmente la comodidad y el equipamiento de las viviendas apenas han cambiado durante esta mitad de siglo. La única evolución importante es la distribución de electricidad: en 1939 llega a casi todos los pueblos y, en las ciudades, se instala en la mayoría de los inmuebles. Sin embargo, el agua corriente está lejos de correr a mares. En el barrio Saint-Sauveur de Rouen, más de la mitad de los inmuebles no tienen agua. En 1949 más de 1.300 sobre 2.233 exactamente⁵. Las fuentes públicas y los caños de las calles son, pues, muy frecuentados. La mitad de las calles no tienen desagües. Las instalaciones sanitarias son más que rudimentarias. No hay aseos evidentemente allí donde ni siquiera hay un grifo de agua fría sobre

Dos patios de inmuebles populares en 1959 en Roubaix (*debajo*) y en el distrito XIX de París. Igualas paredes deterioradas, mismo pavimento desigual. Los cuartos de aseo comunes. Importancia de los barreños y de las bicicletas. Desgaste y limpieza.





el fregadero. No hay cuarto de aseo en la vivienda: la cloaca se encuentra en el patio o en la escalera. No hay calefacción central y, a veces, ningún tipo de calefacción.

El censo de 1954 nos proporciona una imagen representativa del arcaísmo de la vivienda francesa. De 13,4 millones de viviendas, apenas más de la mitad (58,4 %) reciben agua corriente; una cuarta parte disponen de aseos interiores (26,6 %) una de cada diez (10,4 %) tienen una bañera, una ducha o calefacción central. Incluso teniendo presente el peso de las viviendas rurales, especialmente retrasadas, nos cuesta trabajo comprender que sólo treinta años nos separan de este balance.

En efecto, desde el comienzo de los años 1950 la vivienda de los franceses ha experimentado una mutación sin precedentes. La construcción de viviendas nuevas sobrepasa las 100.000 por año en 1953, las 300.000 en 1959, las 400.000 en 1965. Entre 1972 y 1975 cada año se terminan más de 500.000 viviendas: en el curso de estos cuatro años se construyó más que durante todo el período de entreguerras. Este esfuerzo considerable ha recibido a partir de 1953 un fuerte impulso gracias a la intervención de los poderes públicos, y hasta que el capital privado vuelve a invertirse, a mediados de los años 1960, en construcciones que el alza de los alquileres volvía de nuevo rentables; ahora bien, los poderes públicos subordinaban su ayuda al hecho de que las viviendas construidas respetasen determinadas normas de tamaño, reparto de espacio y equipamiento. Aunque estas normas hayan sido modificadas en diversas ocasiones, su espíritu es claro. Una habitación habitable no puede tener menos de 9 metros cuadrados. Una vivienda comprende no sólo la cocina sino además un cuarto común, una habitación para los padres, al menos una habitación para dos niños, baños interiores, un aseo, una calefacción central, individual o colectiva. Estas normas, promulgadas para las HLM* y las viviendas subvencionadas, son las mínimas. Se aplican a gran escala en las inmensas aglomeraciones que surgen en la periferia de las ciudades. Para millones de franceses, el gran conjunto va así a representar la esperanza del pabellón, un verdadero salto hacia la modernidad. Con las nuevas viviendas, casi toda la población accede, con diferencias de categoría, localización y equipamiento, a condiciones de habitabilidad que antaño eran privativas de la burguesía. Se trata de una gigantesca democratización.

Los resultados son espectaculares. A partir de 1973, esto es, menos de veinte años después del balance agobiante del censo de 1954, las viviendas de los franceses tienen una medida de 3,5 habitaciones, una superficie media de 20,1 metros cuadrados cada una, y cada miembro de la familia dispone de una superficie media de 24,6 metros cuadrados. Nadie duda que los obreros se encuentran peor alojados que la media de la población; sin embargo, disponen de 18,6 metros cuadrados por persona. Ahora bien, P. H. Chombart

*Después de 1954
un salto
hacia la modernidad*

La fuente pública o el caño son todavía muy frecuentados en 1956. Cuando no se tiene agua corriente más vale ir a aclarar la ropa interior a la fuente. Y aun corriendo el riesgo de remojarse, subir con dos colodras...

* *Habitations à loyer modéré*. [N. del T.]



En 1956 esta mujer de Chalon-sur-Saône iba siempre a lavar al río. Otras utilizaban enormes máquinas todavía mal integradas en su cocina. El ideal era la cocina-laboratorio, funcional e higiénica, con su Formica y su panoplia de aparatos...

de Lauwe, en su gran encuesta de 1953, cifraba el umbral crítico en los 14 metros cuadrados por persona, y constataba que en París sólo una de cada diez familias obreras alcanzaba o sobrepasaba este umbral⁶. Veinte años más tarde, la media de los obreros, había sobrepasado este umbral en 4 metros cuadrados por persona.

Simultáneamente, el bienestar moderno se ha generalizado. Siempre en 1973, el 97 % de las viviendas tiene agua corriente, el 70 % tiene cuartos de aseo interiores (85 % en 1982), el 65 % dispone de una bañera o de una ducha y el 49 % de calefacción central (84,7 % y 67,5 en 1982). El porcentaje de viviendas «comfortables» que disponen *a la vez* de agua corriente, cuartos de aseo interiores y al menos una ducha ha pasado del 9 % en 1953 al 61 % en 1973 y ello a pesar del tirón hacia abajo protagonizado por las personas de edad y por los agricultores. Y, a partir de esta fecha, que proporciona un cómodo punto de referencia, los progresos no se han interrumpido.

Ahora bien, estos cambios cuantitativos implican cambios cualitativos. Más espacio para vivir en la propia casa es otro espacio y otra



manera de vivir en él. El aumento del espacio en las viviendas se ha realizado mediante el aumento del número de habitaciones, y ello ha implicado su especialización funcional. Se dispone una nueva configuración del espacio doméstico donde aparece una gran novedad, al menos para el pueblo: el derecho de todo miembro de la familia a llevar su propia vida privada. Así la vida privada se desdobra: en el seno de la vida privada familiar nace la de los individuos.

El espacio del individuo

En efecto, antes de esta revolución de la vivienda se compartía necesariamente la propia vida privada con quienes vivían en el mismo espacio doméstico. El muro de la vida privada separaba el universo doméstico del espacio público, es decir, a los extraños al grupo familiar. Pero, detrás de este muro, salvo en la burguesía, no había lugares susceptibles de proporcionar un espacio privado a cada miembro del grupo: el espacio privado era, pues, solamente el espacio público del grupo doméstico.

La intimidad imposible

Difícilmente puede imaginarse hoy en día la presión que ejercía el grupo familiar sobre sus miembros. No había manera de aislarse. Padres e hijos realizaban todos los actos de la vida cotidiana unos junto a otros. Todo el mundo se lavaba necesariamente ante la mirada de quienes estaban junto a él. Éstos eran invitados a volverse cuando la escena pudiera herir su pudor. En casa de los mineros, por ejemplo, antes de que las compañías instalasen duchas, el minero, al entrar en su casa, encontraba en la sala una cubeta de agua y, sobre el horno, el agua que su mujer había puesto a calentar; era allí donde se lavaba con la ayuda de su mujer. En la granja sucedía otro tanto: los miembros de la familia se lavaban en la sala o fuera; en el exterior se lavaban bastante poco y nunca de forma completa.

Del mismo modo jamás se dormía solo: siempre había varias personas que dormían en el mismo cuarto, y a menudo en la misma cama. Michel Quoist, todavía en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, nos describe la sorpresa de los niños cuando, al llegar a la colonia de vacaciones, descubrían las camas: «¡Además, una para cada uno!» El hecho no le sorprende: «Bastante a menudo sólo hay una cama por hogar: nos acostamos en ellas dos, cuatro, cinco y algunas veces más⁷.» La situación no era muy diferente en el campo: P. J. Hélias compartía la cama bretona de su abuelo en la sala común; en 1947 dos etnólogos, al realizar una investigación en un pueblo del Sena inferior, hacen la misma constatación y señalan, con una reprobación propia de hombres de otra cultura, a un niño de cuatro años que duerme en la misma cama que sus padres⁸. Los ejemplos podrían multiplicarse.

En estas condiciones, era difícil tener objetos personales, como no fuera en los propios bolsillos o en la bolsa. En este espacio saturado era difícil hacerse un rincón para sí mismo. Imposible ocultar cual-

quier cosa a los ojos de las personas próximas; la menor indisposición se conoce en el momento mismo de producirse y cualquier tentativa de aislarla llama enseguida la atención.

Por ello, la noción de intimidad apenas tenía sentido. La sexualidad, tabú en las familias burguesas donde disponía de espacios privativos —la habitación conyugal, el gabinete, al menos la alcoba, parte privada de un cuarto común—, aquí no podía ser mantenida en secreto. Las muchachas no podían tener sus reglas sin que todo el mundo se enterase y, en las familias de los mineros, el calendario se ponía en el mismo lugar donde el calendario de los turnos de trabajo o se sujetaba con una chincheta a la pared de la cocina. Por lo que hace a las relaciones sexuales, algunas veces tenía lugar en los márgenes tanto del espacio privado como del público, en la penumbra, alrededor del baile, por ejemplo, detrás de unos matorrales, etc., otras veces no escapaban a una publicidad en el seno del grupo familiar. «La moralidad no pierde nada por el hecho de que todos o casi todos los habitantes duerman en la misma habitación —escribía en 1894 un especialista en casas de campo—. De ello resulta por el contrario una especie de vigilancia mutua (...). Sólo sufre la decencia, pero esta molestia es mucho menor de lo que suponen las personas acostumbradas a ocupar habitaciones individuales»⁹.

Léon Frapié cita a una pareja alojada con sus hijos en un solo cuarto pequeño que, antes de entregarse a sus impulsos amorosos, hacia salir a los niños a la escalera: éstos esperaban tranquilamente sentados en los peldaños a que sus padres les dijesen que podían volver a entrar¹⁰. Que Léon Frapié ponga a esta pareja como ejemplo de delicadeza y pudor sugiere que la mayoría de los padres no se aislaban de sus hijos en tales momentos, y el historiador advierte que el problema de la educación sexual de los niños y de los adolescentes sólo se plantea a partir de los años 1960...

Así, pues, a comienzos de siglo, la vida privada de la gran mayoría de los franceses se confundía, por la imposición de lugares, con la de su familia. En los medios populares, el individuo sólo disponía personalmente, de manera privada, de algunos raros objetos, generalmente recibidos como regalo: un cuchillo, una pipa, un rosario, un reloj, una joya, un estuche de aseo o de costura. Estos objetos, a menudo modestos, adquirían un enorme valor simbólico por el simple hecho de ser los únicos que un individuo puede reivindicar como propios. El mismo vínculo con una persona, con exclusión de las demás, incluidos los miembros de la propia familia, se encontraba en la relación que los campesinos establecían con sus animales: las vacas, el perro, el caballo tenían cada uno su nombre y un dueño. ¡Pobre vida privada quizás!, pero de hecho el afecto que hoy en día muchas personas profesan por un gato o un caniche no es sentimentalmente menos rico que el que los campesinos de antaño sentían para con los animales que alegraban sus vidas.

La vida privada se refugiaba también en los secretos. Secretos de familia, es decir, cosas que permanecían ocultas, incluso a los niños. Secretos personales: sueños, deseos, miedos, pesares, pensamientos

*Que n'ai-je demandé
plus lol ce merveilleux
catalogue
adulte
gratuitement*

LEVITAN

N° 701
CHAMBRE
RONCE DE
NOYER
1995. Fr.

Levitan
63, B^e MAGENTA, PARIS
PARIS 9^e - 1^{re} étage
Téléphone 32.00.00.00

BON à déposer
sur la paroi de la baignoire ou
dans la cuvette des toilettes
à l'entrée de la salle de bains
et à l'heure d'enlever le papier n° 202.

GRATUITEMENT
avec chaque flacon de Levitan
LA BOÎTE - CONSERVANT CAUSTIQUE
SULTANE 100.000 Fr. des deux.
Vente au marché aux puces de Clichy

Magasin ouvert tous les jours de la semaine. Entrée principale n° 202, Magenta, Paris. Entrée secondaire n° 202, rue de Clichy. Entrée principale n° 202, rue de Clichy.

El comercio ha contribuido mucho a la difusión de las nuevas normas de intimidad...

Los secretos



Sorprendente hacinamiento de personas mal alojadas hacia 1960 todavía. Tres niños en cada cama. La ropa interior se ha puesto a secar sobre una cuerda tendida a través de la habitación. La radio ha sido relegada sobre el armario. Confusión de objetos en el rincón abuhardillado de la ventana.

Sarcelles-Lochères, 1961. El gran conjunto todavía no está terminado. Se envía su comodidad, sus equipos, sus materiales modernos. Sobre todo ofrece capacidad. ¡Por fin!, espacio para la familia...

fugitivos o tenaces, pero que generalmente no llegaban a exteriorizarse. De ahí la importancia de algunos personajes ajenos a la familia susceptibles de convertirse en confidentes de estas cosas ocultas. No el médico, pues, en los medios populares apenas se recurre a él y se le va a ver cada vez menos frecuentemente: viene en los casos graves, y su visita se inscribe en un cuadro doméstico poco propicio para las confidencias. La enfermera o la asistenta social también reciben confidencias, a menudo femeninas, y los dispensarios, muchos de los cuales se abren en la primera mitad del siglo XX, les suministran un escenario neutro. Los grandes confidentes de la vida privada son el notario y el sacerdote. Al notario los campesinos y burgueses confían las estrategias familiares: matrimonios, compras, ventas y arriendos, repartos y donaciones. El sacerdote confiesa —sobre todo a las mujeres— y no vacila en aventurar las preguntas más privadas. Los más pobres, que no tienen patrimonio y consecuentemente tampoco estrategia familiar, los no creyentes o los creyentes que no quieren que el sacerdote se inmiscuya en su vida privada —una de las razones fundamentales del anticlericalismo—, guardan para sí sus secretos y entierran su vida privada bajo la muda monotonía de la labor cotidiana.

Los burgueses tenían una vida privada mucho más dilatada. Dis-



ponían de más espacio privado: tenían su cama, su habitación, su mesa de aseo, pronto gabinete de aseo. Además su círculo de posibles confidentes no quedaba limitado al notario o al sacerdote sino que se extendía también a los criados. Al médico de familia que conoce a la vez a todos y a cada uno y con el que se puede hablar mano a mano, a una red más dilatada de relaciones familiares o amistosas; sus interminables horas de asueto les permitían aquí ver a un tío, una tía o un padrino, allí a un amigo del colegio... Los tenderos y artesanos no disponían de tanto tiempo libre ni de un espacio tan amplio; su vida privada era semejante a la de los campesinos cuando no a la de los obreros de los que se alejaban económicamente. La pequeña burguesía de los empleados de oficina, dependientes, contables, recaudadores y maestros de escuela, cuyo patrimonio y renta apenas los situaba por encima del pueblo, se distinguía por el contrario por llevar una vida privada más desahogada. Se trataba de una categoría intermedia cuyas costumbres nos hubiera gustado conocer mejor.

En estas condiciones, no es exagerado hablar de revolución para designar el cambio que se produce o en las condiciones de vivienda de la gran masa de los franceses. Con la vivienda moderna, compuesta por varias habitaciones, generalmente independientes, con las modernas aplicaciones del agua y utilización de la calefacción, todos los miembros de la familia pueden apropiarse de un espacio personal. La democratización del ocio —después de la etapa capital del Frente popular, las cuarenta horas y las vacaciones pagadas— concede el tiempo de vivir en este espacio decoroso. La vida propiamente familiar se concentra en momentos precisos —las comidas, el domingo— y en lugares concretos —la cocina, o en lo que los arquitectos llaman después de la guerra el cuarto de estar—. La existencia se divide en tres partes desiguales: la vida pública, que esencialmente consiste en el trabajo, la vida privada familiar y la vida personal, todavía más privada.

La diversificación y ampliación de la vida privada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX no se limitan al enclave doméstico. La conquista de un espacio para la vida privada no equivale exclusivamente a la apertura de un espacio familiar, sino también a la obtención de los medios para salir de él. El automóvil se generaliza: el 88 % de las familias disponen de un automóvil en 1981 (84 % de las familias de obreros especializados), y el 27 % de dos (17 % de los OS); el automóvil, utilizado en un primer momento por las capas superiores para desplazarse del domicilio al lugar de trabajo permite escapar del enclave familiar a quienes lo deseen. Para comprar este objeto privado, que es también un espacio, se realiza una inversión personal a menudo desmesurada. Gracias a él, pero también merced al desarrollo de todos los medios de transporte, el tiempo libre que se ha conquistado al trabajo puede ser utilizado en los lugares más insospechados y con las relaciones más diversas. Así se extienden al conjunto de la población unos lugares y momentos de vida privada de los que hasta entonces sólo disfrutaba la burguesía. Las amistades trabadas en la montaña durante las vacaciones o los amores saboreados en la playa constituyen una de las grandes novedades del siglo XX: por una paradoja que volveremos a encontrar, la vida priva-

da termina así por escapar al enclave doméstico e invade el anonimato de algunos lugares públicos.

Y ello es así porque la disgregación del espacio doméstico es mucho más que una simple transformación de las viviendas. Con la configuración de este espacio cambia la figura de los poderes que se despliegan en él.

La vida privada contra la institución familiar

Los antiguos poderes

Si hay una idea nueva en Francia es la de que los individuos tienen el derecho a llevar su propia vida privada tal y como ellos la entienden. Durante toda la primera mitad del siglo, la vida privada apenas escapaba al control de la colectividad: el famoso «muro» constituía un privilegio burgués.

A este respecto nada es más sorprendente que el tratamiento social que recibe la noche de bodas. Si existe un lugar y un momento privado es la noche, la habitación y la cama que en principio comparten por primera vez dos jóvenes desposados. En la burguesía, el lugar de la noche de bodas constituye un secreto sobre el cual se vela tan celosamente como sobre el destino del viaje de bodas. Por el contrario, en el pueblo campesino y obrero, la costumbre de la mayoría de las regiones francesas quiere que los invitados a la boda lleven de madrugada a la cama de los esposos la *rötie*: mezcla hecha a base de vino blanco, huevos, chocolate, bizcochos y presentada en un orinal. Vemos en este acto cómo el control de la comunidad se ejerce sobre un acto más privado que cualquier otro. Sin embargo, en esta sociedad en la que los valores domésticos ocupan un lugar central, es esencial que el matrimonio haya sido consumado. Cuando la familia es la célula básica de la sociedad, la unión de los esposos debe ser hecha pública.

La familia ejercía un control bastante fuerte sobre sus propios miembros. El marido era el jefe; la mujer casada tenía necesidad de su autorización escrita para abrir una cuenta en un banco para gestionar sus propios bienes. El ejercicio de la autoridad paterna correspondía al marido. Habrá que esperar a las leyes de 1965 sobre los regímenes económicos matrimoniales y a la de 1970 sobre la autoridad parental para que desaparezca la inferioridad jurídica de la mujer respecto a su marido. Se coincide en señalar que, en determinados medios y regiones, la realidad era más igualitaria que el derecho. La etnóloga Susan Rogers constata en un pueblo de la Lorena, pero no en un pueblo de la región de Aveyron, que el poder efectivo corresponde a las mujeres, cuyas decisiones no sólo prevalecen en asuntos relacionados con el matrimonio de sus hijos, sino también en cuestiones tan públicas como la presentación de la can-

El reparto del poder dentro de la pareja

didatura del marido a la alcaldía. La mujer ejerce este poder a condición de que respete en todo momento una apariencia contraria y siempre que, frente a hijos, padres y vecinos simule que el marido nunca ha dejado de ser el «patrón»¹¹. Esta situación no puede menos que invitarnos a que nos planteemos algunas preguntas.

En efecto, podemos preguntarnos si el reparto de los papeles masculino y femenino no conducía a otorgar el poder a las mujeres en la esfera privada. Aun cuando conviene matizar el asunto como ha mostrado Martine Segalen en relación a la familia rural tradicional¹², nadie duda que el reparto de papeles entre el hombre y la mujer retenía más bien a esta última en el interior de la familia mientras que reservaba a aquél el campo exterior: las transacciones importantes, la representación de la familia, la política.

Puede discutirse si este reparto correspondía a la realidad o era más bien una engañifa: podemos decir con las feministas que, al ser la vida pública lo más importante, la vida doméstica constitúa para las mujeres una relegación; inversamente, se puede subrayar la importancia central de los valores domésticos en esta sociedad en la que el individuo valía en tanto era miembro de su familia y en la que no había más éxito que el familiar para así sostener que las mujeres, al controlar la esfera doméstica, ejercían de hecho un poder decisivo. Para la historia de la vida privada, parece más pertinente señalar aquí que el espacio doméstico era indudablemente el terreno acotado sobre el que ejercía su poder aquella a la que se llamaba de manera diferente según los medios, pero con la misma significación, la «patrona» o el «ama de casa».

En efecto, en muchos casos el marido, al volver a su casa, entraba en realidad en la casa de su mujer: ella reinaba en la morada. En este espacio el hombre no podía tomar iniciativas sin manchar, romper o molestar. Muchas veces esto implicaba que la sociabilidad propiamente masculina buscara otros territorios más propicios fuera de la familia. Sus motivaciones y modalidades diferían según los medios y regiones.

En la casa de los obreros, la exigüedad de la vivienda y la dificultad de llevar una vida privada expulsaban a menudo a los hombres al café. Fue preciso la ampliación del espacio doméstico para que pudieran pasar en su casa momentos de ocio que paulatinamente fueron ampliándose. Por otra parte, una de las distribuciones de espacio más apreciadas por parte de las familias de los grandes conjuntos fue el acondicionamiento de un pequeño local, oficina, cuarto trastero o balcón donde el hombre podía encontrarse como en la propia casa, ordenar sus utensilios y hacer pequeños trabajos manuales. El pabellón aumenta aún más el espacio privado del hombre haciendo a menudo del garaje un verdadero taller. La conquista de la vida privada pasa así por un reparto entre el marido y la mujer de territorios domésticos y poderes.

En la burguesía, el hombre disponía a menudo de grandes espacios de tiempo libre; iba al círculo a jugar su partida o a leer los periódicos. A veces incluso, con la compra de un estudio, se observaba a sí mismo con el lujo de un segundo espacio privado que estaba al margen y a escondidas de la familia. Aquí la evolución no proviene de una nueva disposición del espacio, sino de la evolución

de las costumbres. Con la aparición de mujeres con una misma instrucción que los hombres, mujeres que ejercen una profesión o son capaces de hacerlo y que reivindican su derecho a intervenir en la esfera pública en iguales condiciones que los hombres, con los matrimonios nacidos no tanto de las presentaciones familiares como de los encuentros en los campamentos de juventud o en las aulas de las facultades, han aparecido parejas en el sentido moderno del término, y, con la pareja, una redistribución de los poderes sobre la vida privada.

Tocamos aquí un cambio capital en los dispositivos de la vida privada. Si por una parte se puede discutir sobre el reparto de los poderes entre el marido y la mujer en la sociedad de antes de 1950, por otra nadie pone en duda la autoridad que los padres ejercían sobre sus hijos: los hijos no tenían ningún derecho a llevar una vida privada. Su tiempo libre no les pertenecía: estaba a la disposición de sus padres quienes les encargaban mil tareas. Vigilaban estrechamente sus relaciones y se mostraban muy reticentes frente a las camaraderías extrafamiliares, incluso frente a las anodinas. «Toto, deja al niño tranquilo», ordenaba la señora que en el jardín público vigilaba a un niño, cuando éste esbozaba de la forma más pacífica del mundo un movimiento hacia un niño cercano¹³. ¿Norma burguesa? Algo más: H. Mendas señala la trasposición de la misma prohibición al campesinado de Novis de vísperas de la Segunda Guerra Mundial¹⁴: «No os entretengáis cuando volváis del colegio.) Y si la gente menuda se agrupan en bandas, niños por un lado, niñas por otro, es porque estas relaciones se inscriben en un cuadro folclórico y se desarrollan a los ojos y con conocimiento del pueblo, es decir, bajo el control de la opinión pública.

El control de las relaciones de los niños se extendía naturalmente al correo: leer sus cartas no era solamente una costumbre, sino también un deber cuando se les quería educar adecuadamente. El alejamiento de los niños no hacía desaparecer esta obligación pero costreñía a delegarla: todavía en 1930 las cartas enviadas a los internos de los colegios debían llevar exteriormente una firma mediante la cual los directores del colegio verificaran que su lectura había sido autorizada por los padres.

Estas prácticas educativas daban a los padres el poder de decidir sobre el porvenir de sus hijos. Primero sobre su porvenir profesional. En la burguesía, son los padres quienes deciden sobre los estudios que emprenderán sus hijos. En el pueblo, son también los padres quienes escogen el oficio que deberán aprender y quienes les sitúan en posición de iniciar este aprendizaje. Todavía en 1938 el 30 % de los lectores de una gran revista popular responden afirmativamente a la pregunta: «¿Hace falta escoger la carrera de los propios hijos y dirigir sus pasos hacia ella desde su más tierna infancia?¹⁵»

Sin embargo, el poder de los padres iba mucho más lejos: alcanzaba también a la vida privada de los hijos. El matrimonio era un asunto de familia y dependía, pues, de los padres, sobre todo cuando los patrimonios estaban en juego. En la parte inferior de la escala social, allí donde, a falta de patrimonio, apenas podía hablarse de

*El poder
de los padres*



estrategias familiares, los hijos escogían con bastante libertad a su cónyuge: los matrimonios obreros no eran concertados por las familias. Sin embargo, en el campesinado, empleados y comerciantes o artesanos, si los padres ya no concertaban los matrimonios de sus hijos, como todavía ocurría a principios de siglo, sí era difícil escoger, sobre todo antes de los años 1950, a un cónyuge que ellos no hubieran aceptado. Finalmente, en la burguesía, los matrimonios a menudo aún eran concertados por las familias y se continuaban organizando «presentaciones».

En principio, en todos los medios sociales el matrimonio marcaba el momento de la emancipación de los hijos quienes, así, podían escapar al poder de los padres. «Matrimonio, casa y familia propia», se decía. Sin embargo, en determinados casos, la tutela parental continuaba ejerciéndose, sobre todo si los hijos casados vivían bajo el mismo techo. Situación considerada normal y difficilmente sopor-table, que, sin embargo, no siempre podía evitarse, pero que confirmaba, si era necesario, que el espacio doméstico de la vida privada era el enclave de un poder fuerte.

Para que este poder se difuminase y para que la vida privada se organizase sobre el modelo del intercambio afectivo entre personas, para que la vida privada familiar se convirtiese en el lugar de encuentro entre las vidas privadas personales autónomas, no sólo hubiera hecho falta que el espacio doméstico se ampliase y se dispusiera de forma diferente, sino también que la institución familiar se suavizara. De nada habría servido la transformación del espacio si no hubiera venido acompañada de una evolución de las costumbres.

La socialización de la educación de los niños

El desarrollo de la institución escolar es uno de los rasgos principales de la evolución social durante la segunda mitad del siglo XX. Todo el mundo coincide en este punto. Sólo hace falta tomar la medida exacta del fenómeno.

Por una parte, se trata de una prolongación de la escolaridad. Obligatoria hasta los trece años desde Jules Ferry (1882), o desde los doce años para los alumnos con el certificado de estudios, la escolaridad se hace obligatoria hasta los catorce años (o trece) en 1936 y hasta los dieciséis para los niños nacidos después del primero de enero de 1953 (ordenanza de 6 de enero de 1959). De hecho, las escolaridades medias han sido prolongadas tres años. En 1950-1951 solamente estaban escolarizados la mitad de los jóvenes de catorce años, un tercio (35,5 %) de los de quince años y un cuarto (27,2 %) de los de dieciséis. En 1982-1983 prácticamente todos los muchachos y muchachas de catorce y quince años están escolarizados; entre los de dieciséis años lo están el 85,7 % y un 70,4 % de los de diecisiete: proporcionalmente hoy en día hay más jóvenes de diecisiete años que van a clase que jóvenes de catorce años que lo hacían en el año 1950. Y cerca de la mitad de los jóvenes de dieciocho años están escolarizados, esto es, más (44,8 %) de lo que lo estaban los jóvenes de quince años en 1950...

Escuela primaria, 1930. La escuela se ha asignado la misión de difundir la higiene y la limpieza. Pero los pequeños no se doblan todavía sus mangas para lavarse las manos...

Tres años más en el colegio: después de todo, no es una revolución en las familias, y estaríamos tentados de pasar rápidamente sobre el hecho o de ver simplemente en él una consecuencia indirecta de la transferencia del trabajo fuera de la esfera privada. Puesto que los niños ya no pueden aprender su oficio junto a sus padres, porque éstos ya no lo ejercen en sus casas, es necesario que lo aprendan fuera. La prolongación de la escolaridad no se explica solamente por una celosa política de mejora del nivel de formación de la mano de obra, ni por el deseo de promoción inspirado a las familias por un crecimiento económico vigoroso, sino también por la escolarización de los aprendizajes profesionales. El desarrollo de las enseñanzas técnicas y profesionales es por otra parte uno de los caracteres originales del sistema educativo francés. Dos de cada tres alumnos de los institutos de segunda enseñanza de diecisiete/dieciocho años siguen una enseñanza de este tipo.

De hecho, la prolongación de las escolaridades remite a mutaciones mucho más profundas: más todavía que una socialización de los aprendizajes es un aprendizaje de la sociedad. Antes este aprendizaje se efectuaba dentro de la familia, y entonces se podía definir adecuadamente a esta última como la «célula básica» de la sociedad. Al subsistir fuertes coacciones económicas, estaba regida por normas aplicables en medios más amplios sometidos a obligaciones análogas. Estas obligaciones han desaparecido casi enteramente como consecuencia de la transferencia del trabajo productivo fuera de la familia, pero también a resultados de la prosperidad relativa de los Treinta Días Gloriosos y de la revolución del trabajo doméstico. Si los padres se han hecho menos autoritarios, más liberales y permisivos, es sin duda porque las costumbres han evolucionado; pero sobre todo porque han desaparecido las razones para imponer una determinada actividad a los hijos. La autoridad parental se ha hecho arbitraria, se la ha vaciado de contenido cuando se la ha desposeído de la facultad de dirigir las tareas familiares indiscutibles. Los padres de antaño eran autoritarios por necesidad tanto como por costumbre: cuando amenazaba la tormenta no se pedía la opinión a los hijos para hacerles entrar el heno, y era necesario que alguien fuese a buscar el agua, la madera, etc. La necesidad tenía fuerza de ley.

La liberalización de la educación familiar implica que el aprendizaje de la vida en sociedad se transfiera de la familia al colegio. El colegio recibe la carga de enseñar a los niños a respetar las obligaciones de tiempo y espacio, las reglas que permiten vivir en sociedad así como a encontrar la relación adecuada con los demás. Y esta socialización no atañe solamente a los años de adolescencia, sino también a todo el período de escolaridad.

La escuela de enseñanza primaria, escuela de sociabilidad

Desde este punto de vista, el desarrollo de la escolarización después de los catorce años es mucho menos revelador que la generalización de la escuela primaria. Se trata de un movimiento social que sólo Francia ha experimentado con tanta intensidad. A partir de 1959, una nueva norma se ha impuesto progresivamente sin que nunca haya llegado a plasmarse en ley: es necesario llevar a los niños a una escuela de enseñanza primaria. Hasta entonces la norma era



por el contrario mantenerles en casa el mayor tiempo posible, incluso enseñarles a leer en casa; las escuelas de enseñanza primaria o las escuelas infantiles acogían a los hijos de los pobres y a aquellos niños cuyas madres estaban obligadas a trabajar. La escuela primaria era un remedio para salir del paso, una guardería; a partir de ahora en cambio para los pequeños se hace preferible frecuentarlas antes que permanecer junto a la madre. La escolarización en la escuela primaria se generaliza: rompen el hielo los padres de las clases superiores —para empezar los que tenían estudios superiores y los habitantes de las ciudades— incluso en los casos en que la madre no trabaja; en 1982, el 91 % de los niños de tres años van a la escuela. Y comienza a extenderse la preocupación por escolarizar lo más posible a los hijos de dos años de los que sin embargo un tercio ya van a la escuela. La elección es clara: es preferible la escuela a la familia, aquélla reemplaza a ésta.

Esta rapidísima evolución —se efectúa en una generación— es un indicador del repliegue de la familia sobre la vida privada. Esta sustitución de la familia por la escuela, con el consentimiento de aquélla, se explica por la toma de conciencia de una incapacidad estatutaria: la familia, espacio privado por autonomía, no puede impartir con éxito una educación que ahora se ha convertido en aprendizaje de la vida pública. Los padres constatan el hecho a su

Guardería municipal en Rennes, 1980. Las instituciones que acogen a los niños quieren que hagan suya la norma de que es necesario aprender a vivir en grupo.



Colonia de vacaciones, a la vuelta de la playa. La preocupación higiénica por respirar aire puro conduce a estos pequeños ciudadanos a pasar sus vacaciones con compañeros, y no en familia.

manera, de forma muy concreta cuando confiesan no saber en qué ocupar a sus hijos.

El ejemplo de las colonias de vacaciones lo confirma. En su origen, las preocupaciones eran higiénicas: los filántropos querían que los pequeños ciudadanos enclenques tomasen el aire puro. Hoy en día son los padres quienes buscan colonias para que sus hijos disfruten de vacaciones interesantes: para ellos, la colonia constituye un medio más enriquecedor y educativo que la familia.

Todo el mundo sabe que las colonias de vacaciones repugnan a los adolescentes, y los movimientos juveniles han entrado progresivamente en crisis a partir de los años 1960. Pero ello se debe al hecho de que los jóvenes reivindican a su manera el derecho a tener una vida privada. La transferencia de la función educativa de la familia a la escuela implica el reconocimiento por parte de aquélla de la legitimidad y del valor de las relaciones extrafamiliares. El movimiento que generaliza la escuela primaria procede de una norma inversa: es bueno para los niños frecuentar a los niños de otras familias. El aprendizaje de la vida en sociedad pasa por ahí.

Puesto que los niños tienen sus propias relaciones, empiezan a formarse grupos de amigos o de camaradas. Por una paradoja que sólo es aparente, la transferencia de la educación a una instancia pública —la escuela— da lugar al nacimiento de otros centros de vida privada que compiten con la familia. Los adolescentes rechazan las organizaciones estructuradas y regidas por normas de la vida pública como medios para ocupar sus momentos de ocio. Aceptan

las instituciones como la escuela porque conocen su necesidad social, pero para ellos es una muestra del universo del trabajo, público como ningún otro. El universo del ocio, el de la vida privada, no puede inscribirse en instituciones que imponen reglas de vida colectiva. A partir de una determinada edad, colonias de vacaciones y movimientos de juventud, si quieren sobrevivir, deberían dejar de ser instituciones. Su misma crisis reside en esta contradicción.

El mismo problema se plantea a los padres: si hacen de su familia una institución demasiado vinculante, sus hijos se separan de ella; sin embargo, por otra parte, la familia no puede existir cotidianamente sin un mínimo de reglas: compromisos precarios, maniobras más o menos hábiles, negociaciones más o menos conflictivas permiten definirlas.

Este ajuste viene facilitado por otra consecuencia de la prolongación de la escolaridad: la intervención creciente de la institución escolar en las decisiones que comprometen el porvenir de los niños. Mientras que la escolarización de los aprendizajes acrecienta el papel de la escolaridad en la determinación del porvenir social, la elección de estas escolaridades escapa a los padres. El domicilio determina la escuela, más tarde el colegio que el niño debe frecuentar: es la «sectorización». En el colegio los procedimientos de orientación constituyen el medio de decidir la entrada del alumno en una determinada sección de un liceo determinado, donde la orientación proseguirá. Sólo pueden elegir los buenos alumnos: los demás siguen la orientación que se les impone.

Scouts en los Vosgos. El movimiento de juventud legitima las camaraderías adolescentes no sólo por una finalidad educativa y un encuadramiento adulto sino también por higiene.





Una visitadora-médica en los años 1930. Dos mundos cara a cara. La preocupación por la higiene y la salud contribuye a la difusión de nuevas costumbres domésticas.

No cabe duda de que esta desposesión de funciones a las familias crea conflictos, pues a menudo anuncia el fin de aspiraciones socialmente prestigiosas. Sin embargo, es tan cómoda como contestada: en efecto, transfiere a una instancia exterior obligaciones desagradables. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, los padres a menudo escogían la carrera o el oficio de sus hijos. Hoy en día han abandonado esta ambición y admitido que sólo a los hijos corresponde escoger su porvenir¹⁶. Pero la formidable presión que los procedimientos de orientación ejercen sobre los alumnos sustituye la labor de los padres dispensándoles de ejercer una presión análoga que haría más difíciles las relaciones familiares.

En tanto permanezca, la intervención pública en la educación de los niños no se limita a la escolaridad, sino que también se ha reforzado en otros campos. El niño, apenas concebido, interesa al Estado, y la protección maternal e infantil somete a la madre a tres visitas médicas antes del parto, al menos si quiere beneficiarse de los subsidios previstos por la ley (1964). La misma vigilancia médica opera sobre el período de lactancia y durante la primera infancia. Las vacunas se hacen obligatorias. En pocas palabras, con la generalización de los subsidios familiares, desde la ley de 1932 al código de familia de 1939 y a la ley de 1946, se refuerza la vigilancia médica sobre el embarazo y la infancia.

La cosa no queda ahí: toda educación puede ser controlada por instancias públicas. Durante el período de entreguerras, en nombre de la higiene pública y de la lucha contra la tuberculosis, enfermeras-visitantes iban de casa en casa examinando a las familias. A veces, su acción era sistemática y permitía la creación de un fichero de todas las casas del municipio: tal es el caso de Suresnes bajo el impulso del alcalde socialista Henri Sellier. Pronto, las cajas de subsidio familiar envían asistentes sociales para asegurarse el buen empleo de los subsidios que entregan. Controlan el presupuesto de las familias y dan consejos; en los casos más críticos, se coloca a la familia bajo tutela (1942) y la asistente social gasta los subsidios en lugar y a modo de los padres.

A la acción de las cajas de subsidios familiar se añade la de las direcciones de la acción sanitaria y social y de la justicia. Una reglamentación compleja permite al juez retirar a una familia la custodia de sus hijos para confiarla a una persona designada a tal efecto (ordenanza de 1958, decreto de 1959). Al colocar de oficio a los niños «en peligro» bajo protección, se toca en efecto un caso límite: que una autoridad pública pueda confiar la educación de los niños a personas diferentes de sus padres es, sin embargo, revelador del deslizamiento de la función educativa fuera de la esfera privada. Todavía no hemos alcanzado el estadio de Suecia, donde los niños pueden denunciar ante la justicia a sus padres por malos tratos. Sin embargo, a partir de ahora ya puede decirse en Francia que los padres sólo aseguran parcialmente la educación de sus hijos, en todo caso siempre bajo el control del poder público. Los padres han descargado sobre la escuela la misión de enseñar a sus hijos las reglas de la vida en sociedad; les queda alimentarles, vestirles, sobre todo amarles, pero siempre bajo el control del poder público que juzga en última instancia si llevan a cabo correctamente estas tareas.

Así la familia pierde progresivamente las funciones que hacían de ella una microsociedad. La socialización de los niños ha abandonado totalmente la esfera doméstica. La familia deja, pues, de ser una institución para convertirse en un simple lugar de encuentro de vidas privadas.

La familia informal

La evolución del matrimonio constituye un dato muy revelador de esta transformación profunda de la realidad social.

En la primera mitad del siglo, casarse era fundar un hogar, sentar las bases de una realidad social nítidamente definida y claramente legible por la colectividad. En una fecha tan tardía como 1930, para decidir sobre la oportunidad de una unión¹⁷, parecían más importantes la profesión y la situación de fortuna, como las cualidades morales, que las disposiciones estéticas o psicológicas. Se contraría matrimonio para prestarse ayuda y sostén mutuo a lo largo de una vida que se anuncia muy dura, y que lo era más todavía para los



LA VISITEUSE D'HYGIÈNE EST L'AUXILIAIRE DU
MÉDECIN ET DES ŒUVRES SOCIALES DANS
LA CROISADE CONTRE LA TUBERCULOSE
ET LA MORTALITÉ INFANTILE.
SOUTENEZ-LA !

La lucha contra la tuberculosis es una cruzada patriótica.

Del matrimonio como contrato...

FEMMES
NES PAS UNE
LAPINE,
PLANNING
FAMILIAL
1, RUE COLONNES
PARIS 20

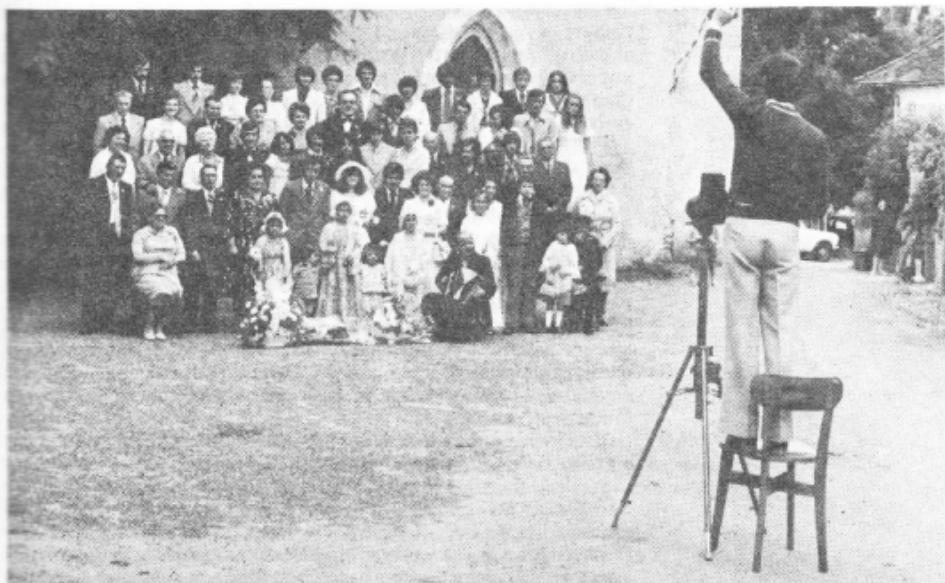
solitarios; para tener niños, aumentar un patrimonio y legarlo a los hijos, hacerles triunfar y triunfar así uno mismo. Los valores familiares eran centrales en esta sociedad; se juzgaba en efecto a los ciudadanos en función del éxito de su familia y de la participación de cada uno en él.

Este proyecto común implicaba una estructura jurídica fuerte: incluso cuando el notario no interviene, el matrimonio constitúa un contrato duradero, y sólo podía ser roto por razones graves: la ley de 1884 sólo admitía la ruptura del matrimonio como sanción por una falta grave cometida por uno de los cónyuges. En la realidad, los divorcios eran raros: menos de 15.000 por año a comienzos de siglo, menos de 30.000 hasta 1940. Cuatro de cada cinco veces eran solicitados por las mujeres cuando su marido, alcohólico por ejemplo, no se contentaba con engañarla, pegarla, ser incapaz de hacer frente a las necesidades de la familia, sino que además se convertía en una carga¹⁸. Las decepciones sentimentales pesaban menos que las obligaciones materiales.

A decir verdad, no es nada fácil precisar el papel de los sentimientos en el matrimonio durante esta época: todo lo que puede decirse es que la norma social no hacía del amor una condición necesaria del matrimonio ni un criterio de su éxito. Para casarse, un hombre y una mujer debían gustarse, tener el sentimiento de poder comprenderse, apreciarse, estimarse, en pocas palabras, convenirse. Naturalmente todo esto no excluía de ningún modo que se amasen ya, como

Trataremos más adelante (p. 138) de la complejidad del movimiento feminista. Ha reivindicado la autonomía de la mujer en la familia, y, cuando ha hecho falta, se ha opuesto a ella.

El matrimonio, acontecimiento familiar por excelencia, pone en escena a las dos familias de acuerdo a un complejo protocolo. Pero la costumbre se debilita, las bodas disminuyen... Frente la institución misma será puesta en cuestión.



tampoco les aseguraba que habrían de continuar amándose más tarde: la valoración de los aspectos institucionales del matrimonio enmascaraba las realidades afectivas. Por lo que hace a los aspectos «físicos» —entonces todavía no se decía «sexuales»—, en una encuesta de 1938 sobre las condiciones de felicidad conyugal, si bien alcanzan un alto porcentaje (67 %), vienen después de la fidelidad (78 %), de las cualidades espirituales (78 %), del reparto de la autoridad (76 %) y sobre todo después de las preocupaciones y trabajos (92 %). Casarse era ante todo formar un grupo¹⁹.

*... al matrimonio
por amor*

Probablemente las cosas empiezan a cambiar en los años 1930, pero esta transformación es imposible de fechar, pues en un primer momento se encuentra recubierta por un discurso que continúa siendo tradicional. En el medio católico, la aparición de la «espiritualidad conyugal» constituye un punto de referencia: sólo durante la Ocupación se extenderán los grupos de «jóvenes hogares»; nacen entonces una serie de movimientos que enseguida dispondrán de una prensa propia. El primer número de *L'Anneau d'Or* aparece en enero de 1945 y el segundo publica un verdadero himno al amor (conyugal) firmado por un venerable eclesiástico que, si la comparación —cronológicamente fundamentada— no fuese irrespetuosa, asociaríamos con Edith Piaf... ¿Llevaban acaso los medios católicos un retraso considerable en relación a la evolución general? No lo creo, pues convergen otros signos. En un notable artículo de 1953, Philippe Ariès señala como un hecho nuevo la valoración de todos los aspectos del amor conyugal, sobre todo del sexual —se utiliza la palabra—, y señala que en 1948 el 12 % de los estudiantes están casados²⁰; se ve acertadamente en este hecho el signo de un cambio importante, pues casarse antes de labrarse una posición social es una gran novedad y los matrimonios de estudiantes son matrimonios de amor.

Por otra parte, cambia la norma social. Las revistas femeninas dan la palabra a médicos o psicólogos que legitiman los sentimientos y vulgarizan los principales conceptos freudianos. Por ejemplo, en 1953, en las escuelas de magisterio de la región parisina se dan conferencias de preparación al matrimonio: lo muestran como una etapa de un proceso de maduración afectiva que culmina con el deseo realizado de tener hijos²¹. Se piensa que éstos, para ser bien educados, tienen necesidad no solamente del amor que les dan sus padres, sino también del que se dispensan mutuamente²². Ahora el término «pareja» es utilizado en expresiones tales como «vida de pareja», «problemas de la pareja». En resumidas cuentas, de ahora en adelante el amor ocupa un lugar central en el matrimonio: es su fundamento mismo.

Esta nueva norma legitima la sexualidad —el término se vulgariza a finales de los años 1950— por la sinceridad de los sentimientos que expresa; se convierte en el lenguaje mismo del amor. Es el signo de la *Unión de los esposos*, para retomar el título de un libro del abad Oraison, un médico que introduce la nueva norma en los medios católicos, donde el ascetismo tradicional toleraba hasta entonces el acto sexual únicamente como una concesión a la debilidad masculina

y siempre que estuviese orientado a la reproducción de la especie. En una revista de inspiración muy diferente, podemos leer la historia de una «mujer de mármol», cuyo marido no la había convertido en «verdadera mujer» y que, antes de descubrir el «débito conyugal»²³, encuentra el placer en los brazos de otro. En otro lugar, una mujer escribe: «Era más immoral vivir juntos sin amor que vivir separados»²⁴. De ahora en adelante, ya no basta la institución familiar para legitimar la sexualidad: hace falta el amor.

Sin embargo, el amor y el matrimonio no llegan todavía a disociarse, pues la sexualidad permanece vinculada a la procreación. Y no porque la contracepción sea entonces desconocida, sino porque depende sobre todo de los hombres, mientras que un embarazo y sus consecuencias atañen más directamente a las mujeres. La opinión se mostraba más tolerante frente a la sexualidad extraconyugal siempre que los «prometidos» se amen y quieran llevar una vida en común, pero la reprobación permanecía siendo fuerte respecto a las madres solteras. Por ello, las muchachas continuaban negando sus favores a jóvenes cuyas intenciones estaban fuera del «motivo correcto», es decir, al margen de la perspectiva de matrimonio. Hasta 1972 el número de concepciones preconyugales no dejó de crecer mientras que la proporción de hijos naturales permaneció estable: el calendario de las uniones evolucionó, no su horizonte.

No obstante, las costumbres se modifican. Las ideas feministas, al socaire sobre todo de los acontecimientos de 1968, se extienden rápidamente. El movimiento en favor de la contracepción toma un sentido diferente: con el «planning familiar», desarrollaba temas tales como el control del calendario de los nacimientos o el de las consecuencias nefastas de los embarazos no deseados: es la exposición de los motivos de la ley Neuwirth (1967). Algunos años más tarde, para obtener la legalización del aborto que lleva a cabo la ley Veil (1975), se invoca el derecho de las mujeres a disponer de su propio cuerpo: «Es mi cuerpo, y hago con él lo que quiero.» La «liberalización» de la mujer sucede a la maternidad voluntaria. En este contexto se generaliza la contracepción femenina y la sexualidad se disocia de la procreación.

Entonces el matrimonio deja de ser progresivamente una institución para convertirse en una formalidad. Con la evolución de la educación, los jóvenes han conquistado dentro de su familia una amplia independencia: ya no es necesario casarse para escapar al poder de los padres. Pero tampoco hace falta contraer matrimonio para mantener relaciones regulares con un amigo del otro sexo, puesto que estas relaciones sólo tienen consecuencias cuando se quiere que tengan.

Vemos entonces multiplicarse las parejas de jóvenes no casados, lo que los sociólogos llaman púdicamente la «cohabitación juvenil»²⁵. En 1968 y 1969, el 17 % de las parejas que se casan vivían ya juntas antes de contraer matrimonio; en 1977, el 44 %. La opinión va admitiendo progresivamente la cohabitación juvenil. Los padres de los «cohabitantes», sabedores de que podían llegar a cortar con sus hijos si manifestaban abiertamente su reprobación, aceptan estas

La cohabitación juvenil

situaciones; en un 75 % de los casos están al corriente de la situación; incluso a menudo, en el 50 % de los casos, sostienen financieramente a la pareja de cohabitantes. Y ello porque ven en esta situación una especie de prueba de matrimonio y porque esperan, a menudo con razón, que la cohabitación desemboque en un matrimonio.

Por ello, el estado de coabitación no afecta profundamente al matrimonio como institución. En efecto, el matrimonio no cambia en nada la vida de la pareja que cohabitaba antes de su celebración. No le aporta ningún reconocimiento social suplementario, puesto que existía ya como tal para sus amigos y padres. En el plano jurídico, para los subsidios familiares, para la Seguridad Social, una coabitación probada produce los mismos efectos que el matrimonio. Los cohabitantes no ganan nada al casarse. Por el contrario, a menudo tienen el sentimiento de perder: casarse es comprometerse, inscribir su vida en un proyecto; la coabitación encuentra su satisfacción en un presente caluroso y desconfía del porvenir. A los cohabitantes la apuesta matrimonial se les aparece como algo temerario. ¿No es casarse enajenar la propia libertad, sacrificar alguna de las propias posibilidades, en pocas palabras, disminuirse?

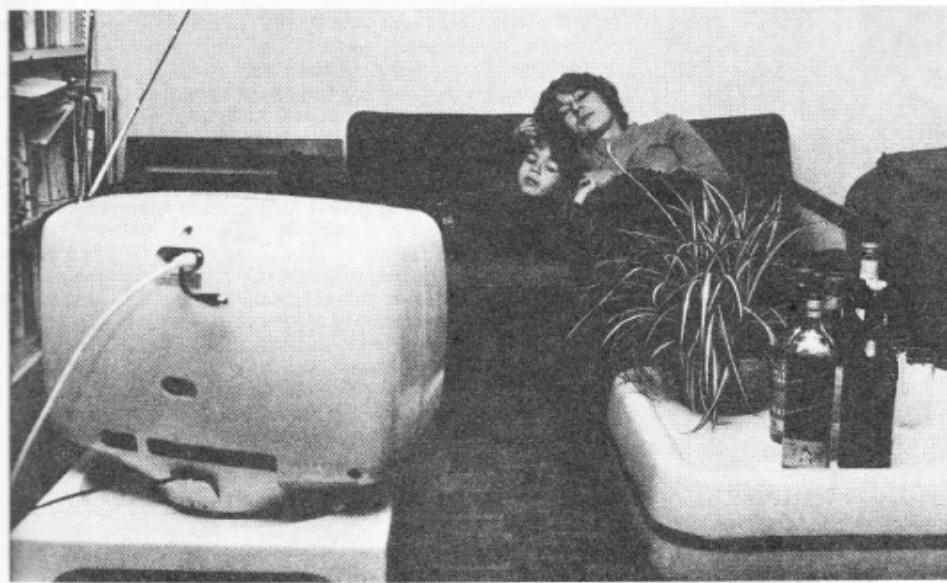
Más profundamente, los cohabitantes temen que el matrimonio degrade su relación. Tienen miedo de que el sentimiento se convierta en una costumbre, en una rutina: ello sería envejecer, aburguesarse. Les parece imposible amarse por contrato: si el afecto se constituye en objeto de una promesa, ¿no se convierte en un débito? Quieren ser amados por lo que son y no por obligación. Desean preservar la espontaneidad, la frescura, la intensidad de su unión, y algunos piensan que la ausencia de compromiso, la precariedad institucional de su relación es la garantía misma de su ciudadanía²⁶.

La afirmación de la vida privada de cada individuo socava así, desde dentro, la institución matrimonial. La pareja, lugar privilegiado para la expansión de la personalidad, es un asunto puramente privado que sólo atañe a los interesados. La sanción jurídica del matrimonio se hace a la vez más débil y más rara. Por una parte, la ley de 1975 introduce el divorcio por consentimiento mutuo. Por otra, incluso antes de esta ley, el número de divorcios aumenta rápida y fuertemente: en 1960 se dictan 28.600 sentencias de divorcio, 37.400 en 1970, 54.300 en 1975 y 79.700 en 1980. La frecuencia del divorcio en los primeros años del matrimonio aumenta claramente: no cabe la menor duda de que el matrimonio se vuelve cada vez más frágil.

También el matrimonio se hace cada vez más raro. En 1971 se celebran 416.500 matrimonios, cifra marca. Diez años más tarde se cuentan 100.000 menos. El número de solteros aumenta: en 1981 un 16 % de hombres y un 13 % de mujeres comprendidos entre los treinta y los cuarenta años viven oficialmente solos. Simultáneamente, las coabitaciones se alargan sin conducir a un matrimonio. En 1981, el 11 % de las parejas en las que el hombre tenía menos de treinta y cinco años eran simples parejas de hecho, fuera del matrimonio, contra solamente el 5 % seis años antes. Celibato y unión libre, simultáneos o alternativos, se extienden sobre todo en las

La coabitación es un estilo de vida. El rechazo de las convenciones, de las mesas, de los asientos, del mobiliario clásico

Familia urbana, indisociable de un nuevo modo de vida y de una nueva cultura.



categorías superiores de la sociedad: cuadros, profesiones liberales, incluso empleados. Se trata de un modo de vida de ciudadanos cultos e instruidos. En París, según el censo de 1982, más de la mitad de los hogares constan de una sola persona.

Más allá del matrimonio, la familia se estremece. El grupo familiar constituido por una pareja y sus hijos deja de ser la norma única: las familias monoparentales son cada vez más frecuentes. En 1981, el 10 % de los hijos son educados por un solo parente, por la madre más de tres veces sobre cuatro. A los divorciados que tienen la custodia de sus hijos se agregan en número creciente las madres voluntariamente solteras. La proporción de hijos naturales en los nacimientos se ha doblado a partir de 1970: en 1981, uno de cada ocho niños nace fuera del matrimonio. Pero más de la mitad de ellos son reconocidos por su padre, contra uno de cada cinco antes de 1970: con la contracepción, muchas madres engañadas y abandonadas por su seductor dejan su lugar a solteras que escogen ser madres sin casarse, y sin estar por ello en malas relaciones con su compañero. Pero ellas ejercen en solitario la autoridad parental sobre su hijo: el vínculo de la madre con el hijo tiende así a convertirse en la única relación familiar estable y sólida.

*La pareja deja de ser
la norma única*

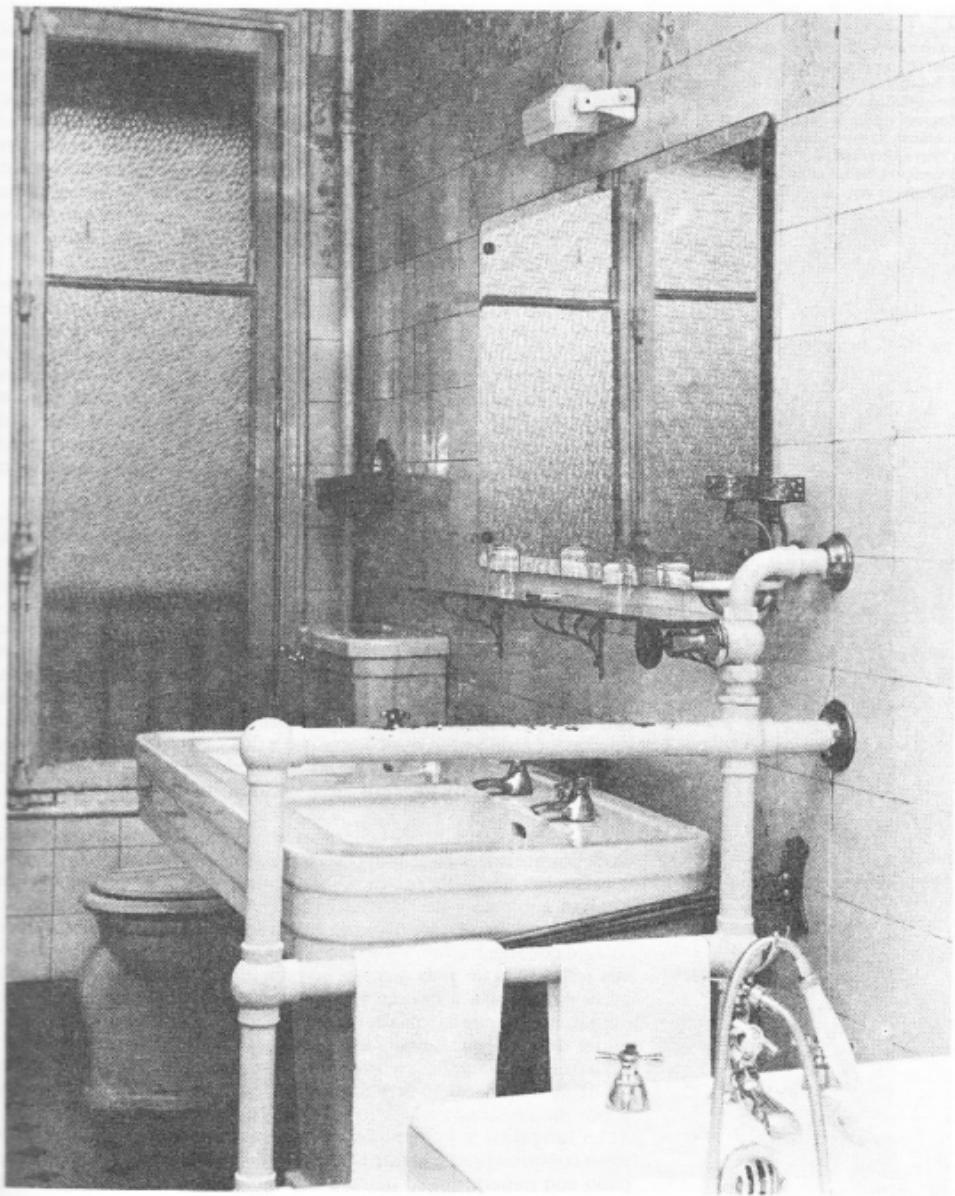
No cabe duda de que estos casos extremos son todavía muy minoritarios y que la evolución puede interrumpirse o cambiar de curso. Las transformaciones del espacio doméstico, la socialización del trabajo y de una amplia parte de la educación, el aligeramiento de las obligaciones de la vida cotidiana y la evolución determinante de las costumbres han provocado una verdadera mutación. Hace medio siglo la familia se situaba delante del individuo; ahora el individuo pasa delante de la familia. El individuo estaba incorporado a la familia; cuando no se confundía con su vida familiar, su propia vida privada era secundaria, subordinada y a menudo clandestina o marginal. La relación del individuo con la familia se ha invertido. Hoy en día, salvo en el caso de la maternidad, la familia no es otra cosa que la reunión de los individuos que la componen momentáneamente: cada individuo vive su propia vida privada y espera que una familia informal venga a favorecerla. ¿Tiene por el contrario la impresión de que la familia le ahoga? Se separa de ella y busca encuentros más «enriquecedores». La vida privada se confundía con la vida familiar; a partir de ahora, la familia ha pasado a ser juzgada en función de su contribución al pleno desarrollo de las vidas privadas individuales.

El individuo rey

El cuerpo rehabilitado

El mejor signo del primado de la vida privada individual es el culto moderno al cuerpo.

Un cuarto de baño lujoso, hacia 1950. Lavabo doble, bañera y ducha, inodoro. Tubos calefactores utilizados como toalleros.



Esta atmósfera pertenece al pasado. Aquí no hay separación entre el cuarto de aseo y la habitación, entre el cuerpo, como tal, los trapos, los *bibelots* y las mil naderías de la intimidad. El cuarto de baño crea una barrera y sitúa la desnudez en un ambiente enteramente diferente. (Pierre Bonnard, *La limpieza o Desnudo ante el espejo*, 1931. Venecia, Galería de Arte moderno.)

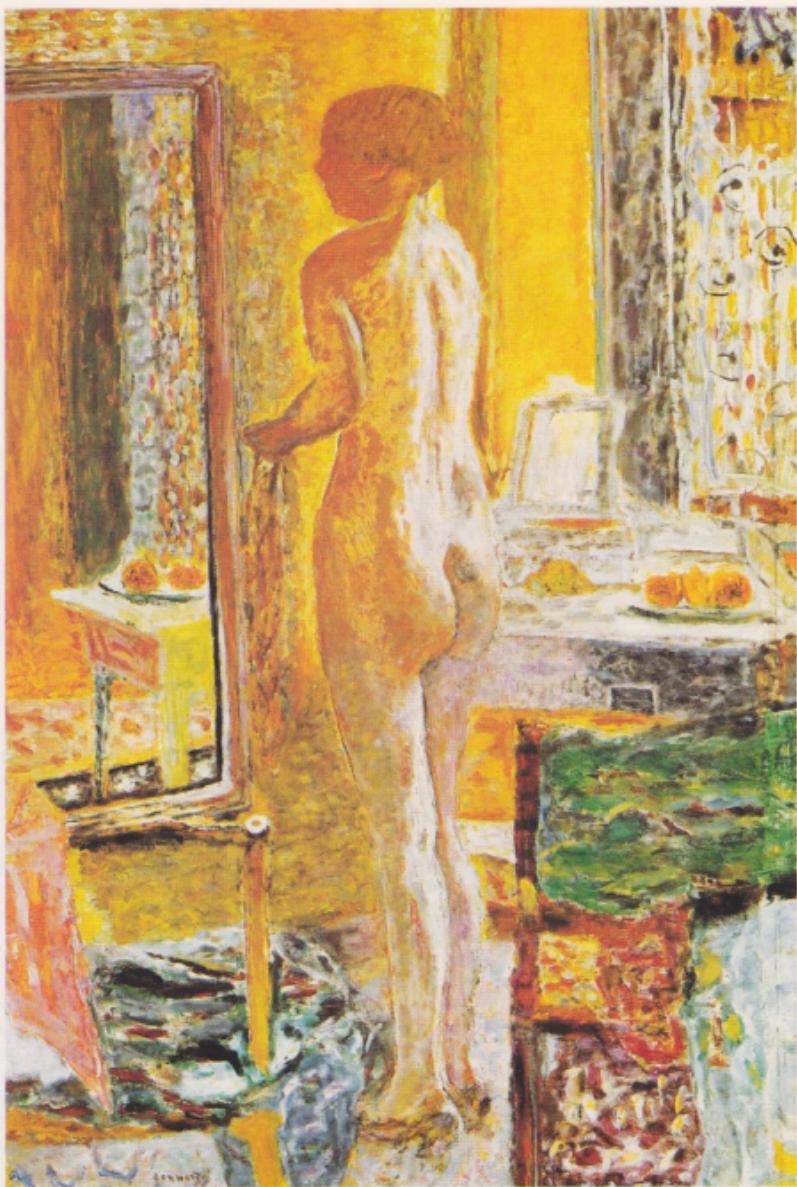
A comienzos de siglo, el estatuto del cuerpo dependía sobremanera del medio social. Los trabajadores apreciaban en su cuerpo al servidor robusto y fiel del trabajo. Respetaban la fuerza física, la robustez y la resistencia. La burguesía adoptaba una actitud más estética: el desarrollo de la vida de representación determinaba que se diese una mayor importancia a la apariencia física. Pero no se mostraba el propio cuerpo. Las personas distinguidas, excepción hecha de las mujeres cuyos vestidos de noche estaban ampliamente escotados, iban enguantadas o tocadas con sombreros y mostraban estrictamente su rostro. Los primeros exploradores del inicio de los años 1920, con sus pantalones cortos, fueron motivo de escándalo: mostraban sus piernas.

Y ello fue así porque, en todos los medios sociales, una determinada tradición cristiana concitaba la sospecha —incluso la reprobación— alrededor del cuerpo. La antítesis evangélica entre la carne y el espíritu se traducía en la oposición entre la carne y el alma, y el cuerpo era presentado entonces como la prisión del alma, la atadura que lo trababa; en último extremo, el cuerpo no era más que un harapo que impedía al hombre ser plenamente sí mismo. Merecía el respeto; se le debían conceder los cuidados indispensables, pero prestarle demasiada atención era exponerse al pecado, y ante todo al pecado de la carne.

El aseo estaba, pues, muy limitado. En los medios populares, campesinos y obreros, el agua era rara, y el trabajo que costaba ir a buscarla restringía su uso. Por otro lado, se creía que el agua ablandaba los cuerpos, en tanto que la mugre era signo de salud: Guy Thuillier o Eugen Weber lo mostraron a través de numerosos ejemplos en relación a la época de comienzos de siglo²⁷. Así, pues, las gentes se lavaban sumariamente el rostro y las manos, en pocas palabras, lo que mostraban del propio cuerpo, raras veces más. Los historiadores conceden con justicia mucha importancia a la escuela primaria en la difusión de los hábitos de higiene y limpieza; pero las normas que difundía, adelantándose a las costumbres locales, hoy nos parecen arcaicas. Guy Thuillier señala que, en el departamento de Nièvre, lavarse las manos en la escuela era a menudo imposible antes de 1940.

Lavarse el conjunto del cuerpo todavía no formaba parte de los cuidados normales de la limpieza. En el distrito académico de Dijon, en vísperas de la guerra de 1914, cuatro institutos de muchachos estaban equipados de baños-duchas, pero un quinto no lo estaba, como tampoco lo estaban los dos institutos de muchachas, los quince colegios de muchachos y los trece colegios de muchachas. Los internos se lavaban los pies una vez por semana. Crear baños-ducha era en la época misión de una gestión municipal progresista. Pero los tabúes apenas quedaron alterados. Todavía en vísperas de 1940 una mujer de pueblo respondía indignada a una directora de escuela de Chartres que llamaba su atención sobre el hecho de que su hija a partir de ahora estaba arreglada: «Tengo cincuenta años, señora, y jamás me he lavado allá»²⁸...

La burguesía y la pequeña burguesía se lavaban más. Aquí, los pisos comprendían, durante el período de entreguerras, un cuarto de baño con bañera: en su defecto se usaba un barreño. El cuarto de



Le hâle
et de la santé accumulée
pour l'hiver



Je brunis
cinq fois plus vite
avec et sans brûlures
Ambre Solaire

aseo prolonga la intimidad de la habitación, y, por otra parte, la doncella de la casa cuyo diario ha esbozado Octave Mirbeau se irrita porque su ama no le deje entrar a asearse²⁹; el lavabo y el agua corriente, el bidé permiten multiplicar las abluciones. Los niños de pecho pueden ser lavados todos los días y se trata de imponer la costumbre de que realicen una vez por semana un «gran aseo», generalmente el domingo. En pocas palabras, los hábitos higiénicos están socialmente muy diferenciados.

Nada marca mejor esta diferencia que los primeros usos populares del cuarto de baño. El auge de la construcción después de la Segunda Guerra Mundial permite realojar a familias de las clases populares en pisos equipados con las comodidades del «bienestar moderno». Entonces algunos burgueses se burlan de los obreros de los HLM que depositan su carbón en la bañera o crean dentro de ella conexos... Y es que los nuevos habitantes necesitan tiempo para aprender los nuevos usos.

Este desfase, que por otra parte no es sistemático —la difusión del deporte popular, los albergues juveniles, las vacaciones pagadas han desarrollado en los obreros más jóvenes nuevas costumbres de limpieza corporal—, se explica por actitudes muy diferentes frente al cuerpo.

Para la burguesía, el período de entreguerras es la época de una liberación del cuerpo y de una relación diferente entre el cuerpo y el vestido. El traje antiguo ocultaba el cuerpo y lo apisonaba. Para los hombres, la evolución, iniciada antes de 1914, es todavía modesta: se advierte en el retroceso de los cuellos de pajarita y sombreros rígidos ante el empuje de los cuellos flexibles y los sombreros de fieltro blandos. La levitacede su puesto a la chaqueta y se convierte en un traje de ceremonia. La evolución de la vestimenta de las mujeres es por el contrario mucho más sensible: corsés y fajas retroceden ante el empuje de bragas y sostenedores. Los vestidos se acortan y las medias realzan las piernas. Los tejidos más ligeros muestran discretamente la línea del cuerpo. La apariencia física depende más que en el pasado del cuerpo mismo, y por ello hay que mantenerlo. Las revistas femeninas alertan a sus lectoras sobre este punto y se enriquecen con una nueva sección: la gimnasia cotidiana. Se invita a las mujeres a que todas las mañanas ejercent sus abdominales y desarrolle su flexibilidad. Aparece la preocupación por una alimentación más ligera, y se recomiendan las carnes asadas a la parrilla y las legumbres verdes; la lista de platos se acorta e incluso en las minutos de recepción el trío entradas-carne-o-pescado-en-salsa-asado se ve a menudo reemplazado por la sucesión pescado-carne. Para un hombre tener barriga ya no es marca de respetabilidad, sino signo de negligencia: la grasa inútil fatiga, y los jugadores de tenis —los «tres mosqueteros»—, esbeltos en sus pantalones de franela y con sus camisas abiertas, proponen un modelo de elegancia masculina al que todo el mundo es sensible.

Detrás de estas transformaciones, que afectan sobre todo a las mujeres, se hace legítima una nueva preocupación: permanecer se-

Ambre solaire. O la combinación comercial a bronzearse. El cuerpo desnudo y dorado, ideal estético que la preocupación por la salud hace legítimo. El verano de las vacaciones es la estación de la modernidad. (Cartel *Ambre solaire*, 1937.)

La nueva preocupación por la apariencia física

dutoras. Las nuevas revistas femeninas —*Marie Claire* sobre todo, que se empieza a publicar en 1937— recomiendan a las mujeres que permanezcan atractivas si quieren conservar a su marido. La prueba de que nos encontramos aquí ante una nueva concepción, que por otra parte viene a confirmar el análisis que hemos realizado anteriormente sobre la evolución de las relaciones dentro de la pareja, nos la proporciona una lectora de más edad, quien reprochaba a *Marie-Claire* que estos consejos pidieran demasiado a las mujeres: es algo que no figuraba en el contrato que fundamentaba el matrimonio de la generación anterior³⁰. Los cuidados de belleza, el maquillaje, el rojo de labios han dejado de ser el patrimonio exclusivo de las coquetas y de las mujeres de vida alegre: a partir de ahora se considera honesto realizar los propios encantos.

Describir la difusión de estas actitudes en el conjunto de la sociedad exigiría investigaciones que no han sido realizadas. Arriesgaremos no obstante algunas hipótesis. Este modelo se extiende primero, durante el período de entreguerras, a una burguesía más bien parisina y mundana que frecuenta las playas y los balnearios. Preocupada por la modernidad, lanza modas. No cabe la menor duda de que en este medio social los estilos de vida anglosajones son muy conocidos y apreciados. La burguesía de provincias, anclada en las tradiciones, cambia más tarde. Durante los años de la guerra, y los movimientos de acción católica, los exploradores los guías han desempeñado sin lugar a dudas un papel importante en la legitimación de las nuevas costumbres.

En otros medios, la difusión ha sido más tardía. Las empleadas se adelantan a las obreras y campesinas, las mujeres a los hombres, pero ninguno de estos grupos ha podido sustraerse al desarrollo de la sociedad de consumo. En efecto, la explosión publicitaria ha acelerado bruscamente la adopción por parte del conjunto de la población de prácticas corporales que los médicos y moralistas burgueses venían preconizando desde comienzos de siglo. Para vender champús («Dop, dop, dop, todo el mundo adopta Dop», repetía la radio de los años 1950), para lanzar perfumes, desodorantes, cremas, filtros solares, una firma como L'Oréal ha realizado un gran esfuerzo publicitario. Su primer éxito fue el lanzamiento de *Ambre Solaire* en 1937. Los fabricantes de ropa interior y lencería, los comerciantes del sol y del mar, como los de agua mineral, no han ido a la zaga de los vendedores de productos de belleza. Con las fotos sugestivas de las revistas que sirven de soporte específico a estos anuncios publicitarios, con el refuerzo del cine, de la televisión sobre todo, los profesionales de los cuidados externos han impuesto sus imágenes. Y con estas imágenes nuevas prácticas: vender un champú o un dentífrico es primero imponer al público, con la imagen de una cabellera o de una sonrisa de *star*, la idea de que es necesario lavar los cabellos o los dientes, y no se puede aumentar el número de ventas de crema solar si antes no se ha convertido en un imperativo social la creencia de que volver bronceado de las vacaciones es imprescindible. De este modo los comerciantes han hecho más que los higienistas por extender los nuevos usos del cuerpo.

Su generalización, desde mediados de los años 1960, se inscribe

Página contigua:

Los cuidados del cuerpo no son solamente legítimos. Para la mujer, ser bella se convierte en un verdadero deber.

Este primer número aparece el 5 de marzo de 1937. He aquí a la nueva mujer...



7^e ANTEZ-VOUS DEVANT VOTRE COMPTREUSE
... parce qu'il vous faut avoir fait vos exercices,
tout avec habileté et repos.



8^e SAVOREZ VOTRE VISAGE AVEC UNE LOTION
... parce que votre épiderme démaquillé
au sérum qui doit à besoin d'être tonifié et
au cours du cultre physique, il absorbe
mieux les produits.

9^e APPLIQUEZ LA CRÈME NOURRISSANTE EN MASSANT LÉGÈREMENT
... parce que l'action de la crème nourrissante
sur le corps est plus active si vous gardez
la crème pendant votre bain.



10^e COUVEZ-VOUS
... parce que vous profitez au maximum
du séjour devant votre miroir.

11^e METTEZ UN FILET POUR TENIR VOS CHEVEUX
... parce que la peur de l'eau aidera
la coiffure à tenir parfaitement.



12^e FRONCEZ VOTRE BAIN
... parce que vous avez suffisamment
d'habileté dans votre robe de chambre
et il est temps de vous baignez en vous
passant vigoureusement.

13^e DANS LE BAIN. NOUVEZ VOS ONGLES ET PONCEZ VOS JAMBES
... parce que les petites peaux de cotongé
des mains et des pieds viennent d'être
amollies par l'eau chaude et le savon.



14^e FRICTION
... parce que la friction sèche à l'alcool
d'un gant de crin indispensable pour libérer
de vous assuyer trop longuement.



15^e PETIT SÉJOUR AU LIT
... parce que vous avez besoin d'un petit
moment de répit.

16^e RABILLEZ-VOUS. SAUF LA ROSE
... parce que vous pourrez prendre froid.



17^e METTEZ LE FILET QUI TIENT VOS CHEVEUX
... parce qu'il est difficile de se maquiller avec
un fillet sur la tête.

18^e MAQUILLEZ-VOUS
... et appliquez la première couche de poudre
bien abondante, parce qu'elle doit tenir
un moment en contact avec le visage.

19^e PASSEZ VOTRE ROSE
... parce que pendant ce temps-là,
votre maquillage adhère bien.

20^e BRONZEZ LA PREMIÈRE COUCHE DE VOS YEUX
... parce que vous avez maintenant
appliquée légèrement la deuxième et dernière
couche de poudre. Si plaisir que vous aurez
à vous regarder trois secondes dans votre
miroir, vous récompensez de votre peine.



claramente en los tres frentes del aseo, la dietética y la cultura física. En 1951, una encuesta de la revista *Elle* suscitaba un pequeño escándalo al revelar que el 25 % de las mujeres encuestadas no se lavaban nunca los dientes, el 39 % se aseaban una vez al mes. En 1966 y 1967, encuestas sobre el presupuesto-tiempo de los ciudadanos, en seis ciudades y en París, mostraban que las mujeres dedicaban una media de una hora al día al cuidado del propio cuerpo y los hombres un poco menos. Ocho años más tarde el tiempo dedicado al aseo ha crecido de un 30 % a un 40 % en las mujeres, y de un 20 % a un 30 % entre los hombres. Nuestros contemporáneos dedican entre ocho y nueve horas por semana a las tareas del aseo, y si los hombres cuadros superiores le dedican un poco menos, las mujeres empleadas o cuadros medios pasan por el contrario alrededor de nueve horas y media aseándose cada semana. Los cuidados corporales, más exigentes, más minuciosos, más diversificados también, exigen hoy en día más tiempo.

En el frente de la dietética, si por un lado los alimentos que son indispensables para el mantenimiento del cuerpo cuentan siempre con el beneplácito de los verdaderos trabajadores, por otro las comidas tienden a aligerarse. Prueba de ello es el peso de los franceses: entre 1970 y 1980 las mujeres han perdido una media de un kilo, y los hombres son, por el mismo peso, un centímetro y medio más altos. En un campo en el que los cambios son seculares, estas diferencias, producidas en el corto lapso de tiempo de diez años, son el signo clóquente de la creciente atención que se presta al propio cuerpo.

Ser deportivo

¿La forma? De ahora en adelante se convierte en una causa nacional, y durante todos los días.

regardez-vous...

la forme, ça vous regarde!
l'exercice c'est la santé

© 1980 LES GRANDES CAUSES NATIONALES

En el tercer frente, el de la cultura física, la evolución también es visible. Como hemos visto, la gimnasia entra antes de 1940 en los preceptos de las revistas femeninas. No ocurre lo mismo en la práctica: seguir individualmente estos consejos, que por otra parte no afectaban a los hombres, no era fácil. No es posible determinar el número de mujeres que los llevaron a la práctica: es muy probable que muchas lo intentaran y que se desanimaran enseguida. Para que hombres y mujeres se pusieran a hacer gimnasia, era necesario una incitación poderosa. Apareció cuando se multiplicaron las ocasiones para mostrar el propio cuerpo. A mediados de los años 1960, las publicidades de las residencias de cuadros muestran a un hombre y una mujer jóvenes, en traje de baño, junto a una piscina, con una pista de tenis en segundo plano: extensión a la vida cotidiana de prácticas veraniegas entonces generalizadas en este medio social, y que se extienden también a otros ambientes a partir de 1956 con la tercera semana de vacaciones pagadas. A mediados de los años 1960, sólo cuatro de cada diez franceses disfrutan de vacaciones, pero el parque acotado explota y pone la playa al alcance de los jóvenes de todos los medios: un millón de campistas en 1956, tres millones en 1959, cerca de cinco millones en 1962, 7.257.000 en 1964. En menos de diez años, tiene lugar una especie de revolución estival.

A la preocupación estival por el cuerpo vienen a añadirse, unos diez años más tarde, prácticas de mantenimiento más regulares. Las salas de gimnasia y de baile conocen la prosperidad en tanto que los



clubes para cuadros dirigentes, con la enseña del «Presidente» por ejemplo, recuerdan a los lectores de los diarios serios que deben mantener su cuerpo esbelto y ligero. Los centros sociales y los clubes de la tercera edad extienden esta preocupación a medios muy diferentes. Pero el mantenimiento del cuerpo pronto podrá prescindir de organizaciones comerciales o desinteresadas. El florecimiento del jogging a finales de los años 1970 convierte la práctica deportiva en un signo de espaciamiento individual o de sociabilidad amistosa. Los deportes individuales experimentan un éxito creciente. En 1981, el 32 % de los franceses declaran practicar alguno. Mientras que el número de federados en fútbol o en rugby, deportes colectivos, permanece estable, el de federados en tenis pasa de 50.000 en 1950 a 133.000 en 1968 y a 993.000 en 1981; el de judokas de 200.000 a 600.000 entre 1966 y 1977. Especialmente los deportes individuales que aseguran sensaciones exaltantes de dominio de los elementos y de rapidez experimentan un éxito sin precedentes: el número de federados en esquí se triplica en veinte años, entre 1958 y 1978, y, los 686.000 federados de hoy en día no constituyen más que una parte de los millones de esquiadores³¹. Después del éxito de los barcos con mesana se inventa el *wind surfing* con instrumentos mucho más livianos, y que en pocos años se impone como un deporte principal. Nuestra época ha imaginado, desarrollado y democratizado deportes nuevos: esfuerzo, juego y placer del cuerpo.

Jogging en el Bois de Boulogne. Correr así, incluso en las calles de París, ya no es ridículo. Ésta es la gran novedad.

El Club ha difundido el culto a las tres «S»: sea, sun and sex. Pero ha hecho mucho más (cf. p. 138.)



Repentinamente, el mantenimiento del cuerpo cambia de estatuto: el placer, al fundirse con la higiene, deja de ser algo solamente legítimo para convertirse en una norma. Ser deportivo se convierte en un deber para quien quiere vivir en su tiempo; ya no es una cuestión de gusto personal. Las prendas deportivas, signo de estos tiempos nuevos, ayer asignadas a lugares y a momentos específicos —las pistas, las vacaciones—, hoy invaden las ciudades. El *sportswear* se extiende a partir de 1976, mientras que el *anorak* expulsa al impermeable cuyas ventas retroceden un 25%³². Nada marca mejor el nuevo estatuto alcanzado por el deporte que el hecho de que haya comenzado a admitirse vestir ropa de deporte en el despacho o en la calle.

El cuerpo liberado

La rehabilitación del cuerpo constituye sin duda uno de los aspectos más importantes de la historia de la vida privada. Modifica en efecto la relación del individuo consigo mismo y con los demás.

Maquillarse, hacer gimnasia o *jogging*, jugar al tenis, hacer esquí o *wind surfing*, son actividades que equivalen a tomar el propio cuerpo a la vez como fin de su actividad y como medio. En determinadas actividades, el trabajo físico por ejemplo, el cuerpo es un medio, no un fin. En otras, como en la cocina, el cuerpo es el fin, pero el medio es un intermediario, en este ejemplo los platos que se preparan. La novedad de finales del siglo XX es la generalización de actividades corporales que tienen como finalidad el cuerpo mismo:

su apariencia, su bienestar, su realización. «Sentirse bien en la propia piel», se convierte en un ideal.

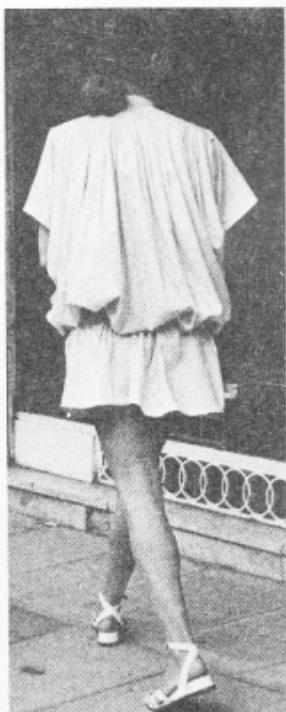
La evolución del baile traduce bien esta novedad. Seguramente el baile implica siempre un compañero, y la sensualidad siempre se encuentra presente en él de manera más o menos discreta. Pero los bailes de comienzos de siglo —el vals, la contradanza— constituyan complejos ritos sociales: el hecho de bailar equivalía a mostrar que se conocían estos códigos. Después de la guerra de 1914, el baile junta a las parejas, y los moralistas denuncian la lascivia del tango.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los ritmos del jazz que hasta entonces, junto con el *charleston*, sólo había llegado a minorías dan vida a los bailes populares, *boogie-boogie*, *be-bop*, etc. Son siempre parejas las que bailan, parejas que se separan, se aproximan, vuelven a separarse de nuevo. El placer de experimentar la propia fuerza y flexibilidad, dejándose llevar por los pasos, siguiendo un ritmo, acompaña al placer más sensual de un compañero que los *slows* permiten estrechar sin las reglas de las figuras y pasos del tango. Con el *jerk* y el disco se baila en solitario, eventualmente sin pareja. Al rito social ha sucedido un rito de pareja, después un rito del cuerpo individual. El dominio de los usos, la armonía con el compañero, la celebración del cuerpo: el baile ha conocido tres etapas sucesivas.

De este modo, ocuparse del propio cuerpo adquiere un lugar preponderante en la vida privada: se busca en ello gratificaciones múltiples y complejas. El placer del baño, del aseo, del esfuerzo físico son en parte satisfacciones narcisistas, contemplación de sí mismo. El espejo no es una novedad del siglo XX: por el contrario, su generalización, como la manera de servirse de él, sí que lo es: uno no se mira en el espejo con la mirada del otro, para ver si se respetan los códigos vestimentarios; uno se mira a sí mismo de un modo como los demás no están autorizados a hacerlo: sin maquillaje, sin vestidos, desnudo.

Pero las satisfacciones narcisistas del cuarto de baño se encuentran penetradas por sueños y recuerdos. Ocuparse del propio cuerpo es prepararlo para ofrecerlo a la vista de los demás. No basta con mostrar los propios aderezos, joyas, adornos. La ropa bien se hace funcional, bien realza el propio cuerpo, lo deja adivinar, lo subraya y a veces lo revela. A partir de ahora, se hace ostentación del propio bronceado, de la propia piel lisa y firme, de la propia flexibilidad, y el dinamismo del cuadro moderno queda probado por lo que su estilo sugiere de deportivo. Por otro lado, se muestra progresivamente el propio cuerpo: cada etapa de este desnudamiento parcial comienza por causar escándalo, después se difunde rápidamente y termina por imponerse, al menos entre los jóvenes, agravando la ruptura entre generaciones. Ésta es la historia de la minifalda a mediados de los años 1960, como diez años más tarde la del monobiquini en las playas. Mostrar los propios muslos o los propios senos deja de ser indecente. Y durante el verano, en las ciudades, puede verse hombres en pantalón corto, con la camisa abierta o el torso desnudo. El cuerpo ya no es solamente rehabilitado o asumido: es reivindicado y mostrado.

Las primeras han escandalizado. Pronto las faldas más largas pasaron a ser consideradas como ridículas. Así es la moda...





Para las normas del período de entreguerras, el progreso del desnudo es el progreso de la indecencia: como poco equivale a la provocación. Por el contrario, para la nueva norma es algo enteramente natural: un nuevo modo de habitar el propio cuerpo. Prueba de ello es el hecho de que el desnudo no sólo progrese en los lugares públicos, sino igualmente en el universo doméstico. Durante el verano familias enteras realizan sus ocupaciones y se sientan a la mesa en traje de baño. Los padres van y vienen desnudos, de la habitación al cuarto de baño, sin ocultarse a la mirada de sus hijos. Es difícil precisar la extensión de estas prácticas, que dependen sin duda a la vez de las generaciones y de los medios. Su mera posibilidad prueba que no se trata aquí de una simple depravación, sino de un cambio de normas.

De hecho, el cuerpo se ha convertido en el lugar de la identidad personal. Tener vergüenza del propio cuerpo sería sentir vergüenza de sí mismo. Las responsabilidades se trasladan: nuestros contemporáneos se sienten menos responsables que las generaciones precedentes de sus pensamientos, sentimientos, sueños o nostalgias: las aceptan como si les viniesen impuestas desde el exterior. Por el contrario, habitan plenamente su cuerpo: es ellos mismos. Más que las identidades sociales, máscaras o personajes tomados prestados,

*El cuerpo
y la identidad personal*

De una generación a otra los cuidados del rostro cambian de marco. Una técnica aséptica expulsa los gestos de la femineidad.



más incluso que las ideas o las convicciones, frágiles y manipuladas, el cuerpo es la realidad misma de la persona. No hay, pues, vida privada que no implique al cuerpo. La verdadera vida ya no es la vida social del trabajo, los negocios, la política o la religión: es la vida de las vacaciones, del cuerpo liberado que ha desarrollado todas sus posibilidades. Esta idea encontraría en cierto modo su reflejo en ese alumno de los últimos años de bachillerato que definía al animal como un hombre que sería libre, o en la pintada de mayo de 1968: «Bajo los adoquines, la playa.»

El cuerpo amenazado

Repentinamente todo lo que amenaza al cuerpo adquiere una nueva gravedad.

Tal es el caso de la violencia. Contrariamente a la creencia más generalizada, la violencia retrocede en nuestra sociedad. Continúa siendo considerable en los medios marginados o escasamente integrados. Pero, en su conjunto, nadie niega su retroceso. Hay que constatar primero la caída de la violencia política: para convencerte de ello basta con comparar la jornada del 6 de febrero de 1934, con sus dieciséis muertos, con los sucesos de mayo-junio de 1968 que, en toda Francia, sólo provocaron cinco víctimas³³. Es muy probable que la nueva situación, nacida a partir de la creación de unos cuerpos de policía especializada encargados de mantener el orden, evite en parte los enfrentamientos mortales. Por otro lado, la idea misma de que una manifestación pueda conllevar la muerte de un hombre resulta hoy en día intolerable. También ha disminuido la violencia cotidiana. Gilles Lipovetsky cita a este respecto cifras interesantes³⁴: en el departamento del Sena por una parte y en el Norte por otra las condenas por heridas eran en 1875-1885 respectivamente de 63 y 110 por cada 100.000 habitantes; en 1975 han sido de 38 y de 56 por ese mismo número de habitantes. La mortalidad por homicidio en París era de 3,4 por 100.000 habitantes en 1900-1910; ha caído a 1,1 por 100.000.

Ante cifras como éstas, estamos obligados a preguntarnos: ¿por qué nuestros contemporáneos siguen convencidos de que la violencia crece incesantemente? El divorcio entre la realidad y la opinión plantea el problema. La explicación puede encontrarse en parte en el eco que encuentran los actos violentos ocurridos en la vida cotidiana; por otro lado, es posible que progresen violencias menos graves. Pero está claro que la sensibilidad ante la violencia aumenta: toda agresión corporal se siente con una intensidad creciente, como la violación de un absoluto. Por extensión las violencias infligidas a los animales parecen por sí solas crueles, y no por lo que revelan de quienes las ejercen, sino porque hacen sufrir a los animales, como si su organismo fuera absolutamente análogo al de los hombres. Por otra parte, de ahora en adelante, la ley también las castiga. En pocas palabras, la nueva norma impone el respeto prioritario y categórico a la integridad corporal.

El cuerpo, amenazado desde el exterior por la violencia, seguramente aún lo está más por la edad y la enfermedad. Nuestros contemporáneos se esfuerzan por retrasar algunos años el irreparable ultraje, por otra parte con innegable éxito: los hombres y mujeres de cuarenta años apenas se parecen hoy en día a lo que eran hace dos generaciones. Jane Fonda espera incluso haber doblado este cabo para descubrir sus primeras verrugas, asumir su madurez y hacerla pública en *La buena edad de la mujer* (1984). En este combate por el retraso de la muerte no sólo han sido movilizadas la higiene, la dietética y la cultura física, sino que también se ha invocado a todos los recursos de la cosmética: cremas antiarrugas, jaleas reales, máscaras de arcilla suscitan un próspero comercio y exorcizan el miedo a envejecer mediante el rigor de precisiones aparentemente científicas y el encanto de los reclamos publicitarios. Se trata de detener la caída de los cabellos. Clínicas paradisíacas prometen a orillas del lago Léman o del Mediterráneo, incluso en Vittel, verdaderas curas de rejuvenecimiento. Cuando fracasan, la cirugía se ofrece para suprimir las bolsas bajo los ojos y volver a dar forma a senos flácidos.

No cabe duda de que los estiramientos de piel sólo son practicados por una minoría: estrellas de la pantalla o de la política, personajes en constante representación. Por debajo de un determinado nivel de fortuna y de notoriedad mundana, estas soluciones extremas todavía no son corrientes; sin embargo, se hacen cada vez más habituales y muestran hasta qué punto nuestros contemporáneos se niegan a envejecer. La norma social quiere que se mantenga una apariencia joven, y hasta tal punto la personalidad se confunde con el cuerpo que permanecer siendo uno mismo tiende a confundirse con continuar siendo joven.

Resignarse a envejecer no es, pues, una virtud de nuestra época. Todavía menos lo es resignarse a la enfermedad. A comienzos de siglo, la enfermedad y la muerte eran fatalidades con las cuales se tenía la costumbre de contar. La mortalidad infantil era también considerable: un niño de cada cinco moría antes de los cinco años. La neumonía, la difteria, las enfermedades infecciosas a menudo eran mortales, y la tuberculosis figuraba entre las numerosas plagas sociales. Los antibióticos —después de 1945, año en que Fleming recibió el Premio Nobel por la invención de la penicilina—, la conservación de la sangre y los progresos de la cirugía han transformado completamente este panorama: la mortalidad infantil ha disminuido masivamente, y la esperanza de vida de los niños que nacen en 1985 supera en veinte años a la de comienzos de siglo.

Repentinamente, la muerte causa escándalo si sobreviene antes de la vejez: morir ya no parece normal si no se ha alcanzado una determinada edad. La muerte —nadie lo niega— es a menudo brutal: los accidentes de circulación siegan la vida de personas que gozaban de buena salud, y el infarto apenas avisa. El cáncer, que golpea a mujeres y hombres jóvenes o en la flor de la edad así como a personas con más edad, a menudo muestra sus síntomas demasiado tarde; por ello se le teme como a una maldición, y se titubea antes

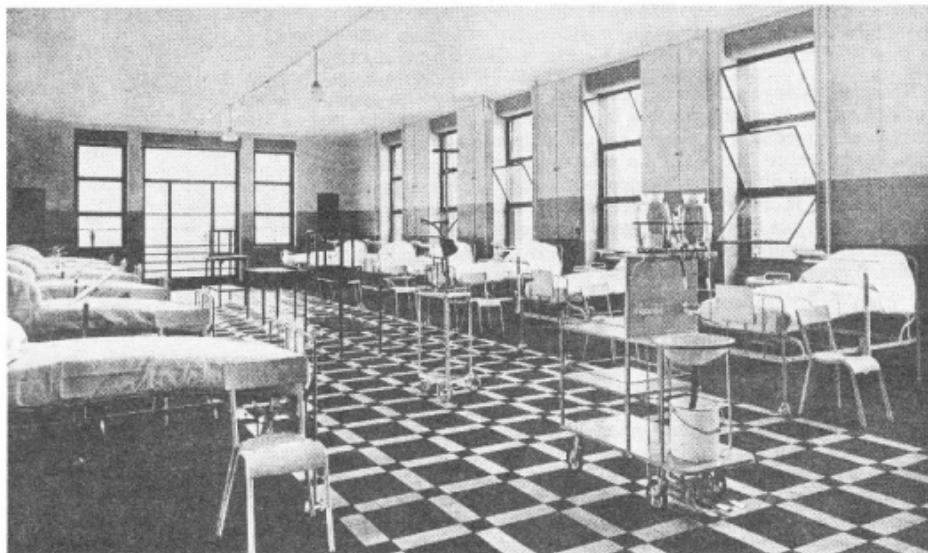
La lucha contra el envejecimiento

El miedo a la enfermedad

de nombrarlo. En pocas palabras, ahora que la mayoría de las enfermedades han sido conjuradas, salvo el desgaste del organismo, vivir ya no es una suerte: es un derecho.

En el centro de la vida privada, ocuparse del propio cuerpo no es, pues, solamente mantenerlo limpio, conservarlo y defenderlo contra los embates de la edad: es también preservarlo de las enfermedades. El miedo a la enfermedad impregna nuestra sociedad: da a los médicos una audiencia y un prestigio nuevo, hincha las ventas de las farmacias y alimenta la prosperidad tanto de los laboratorios de análisis como de los gabinetes de radiología. Al mínimo síntoma se toman medicinas, se consulta, se hacen exámenes. Si los progresos de la ciencia inspiran una confianza a menudo excesiva, sus límites no conducen a la resignación. La voluntad de cuidarse es tan viva que el fracaso, inevitable en último término, de las terapéuticas oficiales, sin embargo más eficaces que nunca, alimenta la fortuna de las medicinas paralelas. Contrariamente a lo que cabría esperar, los ensalmadores y curanderos, lejos de desaparecer, se mantienen, mientras que homeópatas y acupuntores proliferan. La salud es una preocupación constante; menos explícita sin duda que en los Estados Unidos, donde se la concede cotidianamente una sección especial en los diarios televisados, la salud no ocupa un lugar menos importante en las conversaciones, periódicos y quioscos de estación, mientras que la biología, muy diferente de las ciencias naturales de antaño, las reemplaza en las aulas y se eleva, junto a la física, a la cumbre de la jerarquía de las ciencias.

En sus comienzos era una espaciosa sala ampliamente aireada. Signo de los nuevos tiempos. Los años han pasado. Se han añadido camas para hacer frente a las demandas. La reivindicación de vida privada condena hoy en día las salas comunes.





No obstante, por una última inversión, esta preocupación central de la vida privada que es el temor de la enfermedad y la voluntad de conjurarla es también el lugar privilegiado de múltiples políticas públicas. Nada es tan privado como la salud, y, sin embargo, nada acarrea a sus espaldas la sociedad de tan buen grado. El campo de la salud atañe simultánea e indisolublemente a las esferas pública y privada.

Cuando un problema adquiere tanta importancia para la población, es inevitable la intervención del Estado. En primer lugar, por preocupación por la salud pública: ahora que las terapéuticas eficaces existen, y sobre todo las medidas preventivas, ya no es admisible que un individuo pueda llegar a comprometer la salud de sus vecinos. El Estado multiplica, pues, las prescripciones, y, en 1930, siente la necesidad de crear un Ministerio de la Salud Pública. Las vacunas se hacen obligatorias, y se vacuna imperativamente a los escolares que no lo estaban. Se imponen exámenes prepuniciales a los futuros casados para advertirles sobre las enfermedades que pueden llegar a transmitir, más tarde para prever eventuales incompatibilidades del factor Rhesus. El Frente popular crea la protección maternal e infantil: a condición de sufrir tres exámenes a lo largo de su embarazo, las futuras madres reciben subsidios prenatales al tiempo que se institucionalizan otras visitas para los recién nacidos. Se anima a los padres a que obtengan un carné de salud para cada hijo. Las

*Las políticas públicas
de la salud*

colonias y los campos de vacaciones son objeto de inspecciones sanitarias. La política sanitaria construye así una red compleja de reglamentos públicos.

El Estado no se contenta, sin embargo, con vigilar y prohibir: actúa positivamente para hacer la medicina accesible al conjunto de la población. Pero no basta con promocionar, mediante la creación de dispensarios, una medicina gratuita: es necesario también que el coste de los tratamientos deje de disuadir a los enfermos de hacerse cuidar. Ahora bien, las mutuas, a pesar de su desarrollo, están lejos de cubrir las necesidades del conjunto de la población. De ahí una innovación decisiva: los seguros sociales, instituidos por leyes de 1928 y 1930, y que entran en vigor el año mismo de la creación del Ministerio de la Salud. La Seguridad Social coordina y desarrolla esta política después de 1945; no la ha creado.

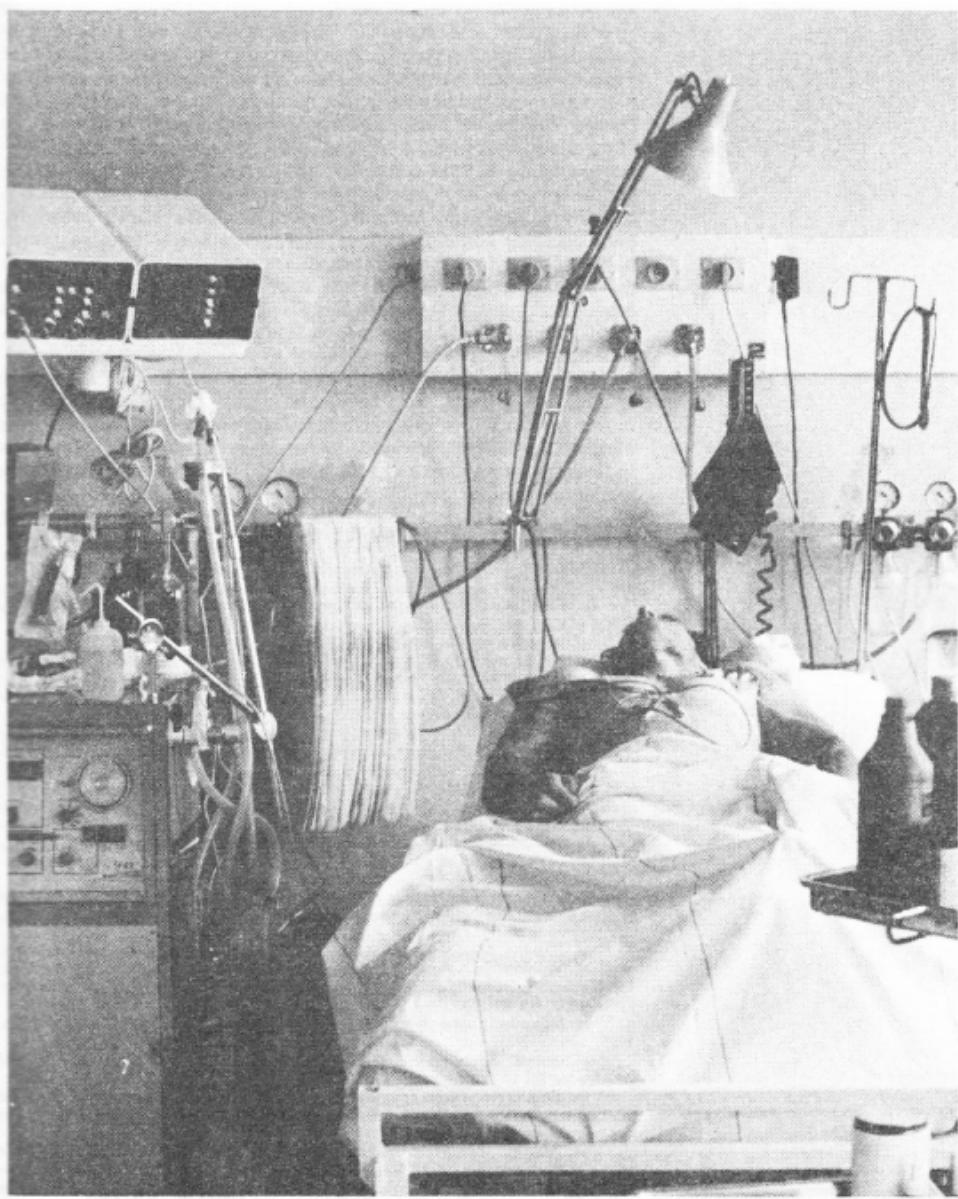
La salud de todo el mundo comienza de este modo a depender de un vasto organismo que asegura su financiación. La importancia prioritaria concedida de ahora en adelante por la opinión a la lucha contra la enfermedad, junto con el carácter técnico y la complejidad crecientes de los cuidados, conlleva unos gastos de salud que aumentan con mayor rapidez que las rentas de los particulares o el presupuesto del Estado. En 1950, el consumo médico directo o indirecto (el tercero) representaba el 4,5 % del consumo final de las familias. En 1970, representa el 9,4 % y el 12,4 en 1982. Esta evolución no podrá continuar indefinidamente.

Simultáneamente, el hospital cambia de estatuto. Antes del salto hacia adelante de la medicina y de la cirugía, el hospital cuidaba a los pobres: era una obra de asistencia pública. Con la creciente sofisticación de los exámenes médicos y de los tratamientos, el hospital se ha convertido en el templo de la medicina, el único lugar donde se puede verdaderamente cuidar científicamente a los enfermos, poniendo a su servicio todos los recursos de las terapéuticas modernas. Por ello, los enfermos emigran de su domicilio hasta el hospital: es allí adonde hace falta ir para ser cuidado adecuadamente cuando se está verdaderamente enfermo. También es allí adonde es preciso acudir cuando no se quiere correr riesgo alguno de complicación, en el caso de un parto por ejemplo: antes de 1940 la gran mayoría de las mujeres daban a luz en sus propias casas; hoy en día casi todos los partos tienen lugar en la maternidad. De este modo, el cuidado del cuerpo amenazado escapa a la esfera privada y es literalmente asumido —en el sentido no solamente financiero, sino también material e incluso afectivo— por instituciones públicas.

Estalla entonces la contradicción entre la aspiración a vivir como particular situaciones intensas, y el cuadro público en el cual se sitúan. Los médicos, cuya renta sin embargo ha aumentado cuando los seguros sociales hicieron solvente a una parte de su clientela³⁵, superan esta contradicción defendiendo encarnizadamente el carácter liberal de su profesión. A pesar de los compromisos, y aunque sus rentas sean a partir de ahora más transparentes, la conversación mano a mano con el enfermo es para ellos a la vez una realidad y una ideología. Preservan de este modo el carácter privado de su relación con el enfermo en el seno mismo de un sistema público.

Más fuerte todavía es la contradicción en el medio hospitalario.

El encarnizamiento terapéutico, forma última de la medicalización. La reanimación es el punto álgido del progreso. Tanta técnica tranquiliza. Pero ¿quién ha dicho que era preciso «humanizar» los hospitales?



Por primera vez en la historia de la humanidad se nace y se muere en el hospital. La preocupación por la eficacia, añadida a las dificultades de las familias para hacerse cargo de estos episodios, conduce a que los momentos capitales de la existencia, aquellos que ponen en juego más profundamente la identidad y la vida, se sitúen lejos del cuadro familiar, del hogar doméstico, sin embargo más espacioso, en el escenario aséptico y funcional, pero anónimo, del hospital. Repentinamente la sala común se nos muestra intolerable y cruel; admitida por todo el mundo para los enfermos que se acogen a la caridad pública y que tampoco disponen de casa propia, constituye para nuestros contemporáneos, acostumbrados a tener su propia habitación y a los que angustia la enfermedad, una especie de arcaísmo bárbaro e inhumano. Desde hace veinte años, amplias obras rehabilitan, pues, los antiguos centros hospitalarios y reemplazan las salas comunes por habitaciones individuales o, al menos, por habitaciones con unas pocas camas.

Así la reivindicación del derecho de todo el mundo a llevar su propia vida privada por encima de la vida familiar encuentra su última realización en estos hospitales modernos, compuestos por un mosaico de habitaciones individuales en las que individuos solitarios se deslizan discretamente hacia la muerte fingiendo no saberlo para no conmover a sus prójimos...

Notas

- ¹ R. H. Guerrand, *Les Origines du logement social en France*, París, Éd. ouvrière, 1966.
- ² J. Guéhenno, *op. cit.*, pp. 57-58.
- ³ R.-H. Guerrand, *op. cit.*, según el Dr. J. Bertillon, en la *Revue d'hygiène et de police sanitaire* de mayo de 1908, pp. 377-399.
- ⁴ O. Hardy-Hemery, *De la croissance à la désindustrialisation. Un siècle dans le Valenciennois*, París, Presses de la FNSP, 1984, p. 39.
- ⁵ M. Quoist, *La Ville et l'Homme*, París, Éd. ouvrière, 1952.
- ⁶ P.-H. Chombart de Lauwe, *La Vie quotidienne des familles ouvrières*, París, Éd. del CNRS, 1956.
- ⁷ *Loc. cit.*, pp. 64-65.
- ⁸ L. Bernot, R. Blancard, *Neuville, un village français*, París, Instituto de etnología, 1953.
- ⁹ A. de Foville, *Les Maisons types*, 1984, citado por R.-H. Guerrand, *op. cit.*, p. 218.
- ¹⁰ L. Frapié, *op. cit.*
- ¹¹ S. C. Rogers, «Female forms of power and the myth of male dominance: a model of females male interaction in peasant society», en *American Ethnologist*, t. II, n.º 4, noviembre, 1975, pp. 727-756.
- ¹² M. Segalen, *Mari et Femme dans la société paysanne*, París, Flammarion, 1980.
- ¹³ M. Wolfenstein, «French parents take their children to the park», en M. Mead, M. Wolfenstein, *Childhood in Contemporary Culture*, Chicago, Chicago University Press, 1955, pp. 99-117.
- ¹⁴ H. Mendras, *Études de sociologie rurale, Novis et Virgin*, París, Armand Colin, 1953.
- ¹⁵ «Comment éléver les enfants», encuesta de *Confidences*, 29 de julio de 1938 (resultados del 14 de octubre de 1938).
- ¹⁶ La misma revista ha aceptado volver a realizar en 1977 la misma encuesta. A la misma pregunta los noes superan ampliamente, con un 89 % de las respuestas, a los siés que no son más que un 4,4 %.
- ¹⁷ M. Martín, «Imágenes del marido y de la mujer durante el siglo XX. Los anuncios de matrimonio del *Chasseur français*», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n.º 2, 1980, pp. 295-311. Para un 50 % de los hombres y un 67 % de las

mujeres, los anuncios de 1930 precisan la existencia de una dote o de «esperanzas»; en un 90 % y 38 %, respectivamente para los hombres y las mujeres, indican la profesión o la situación social.

¹⁸ A.-M. Sohn, «Los papeles femeninos en la vida privada, aproximación metodológica y balance de investigaciones», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n.º 4, 1981, pp. 597-623.

¹⁹ «¿Cómo concibe usted la felicidad conyugal?», encuesta de *Confidences*, 17 de junio de 1938 (resultados del 26 de agosto).

²⁰ Ph. Ariès, «Familias de mediados de siglo», *Renouveau des idées sur la famille*, bajo la dirección de R. Prigent, París, PUF, 1953, pp. 162-170.

²¹ Ver el texto de estas conferencias pronunciadas por A. Le Gall, S. Lebovici, M. Cenac, A. Berge, J. Boutonier-Favez, Cl. Launay en *l'École des parents*, noviembre de 1953.

²² Cito aquí la leyenda de una foto publicada por la *Croix* del 5 de mayo de 1954 y que representa a una pareja joven: el padre lleva un niño.

²³ «La mujer de mármol», *Confidences*, 17 de mayo de 1950.

²⁴ *Femmes françaises*, 12 de agosto de 1950.

²⁵ L. Roussel, «La cohabitación juvenil en Francia», *Population*, n.º 1, 1978, pp. 15-41. Los análisis del matrimonio que preceden deben mucho a los trabajos de L. Roussel, sobre todo a *El matrimonio en la sociedad francesa. Hechos de población, hechos de opinión*, París, PUF, 1976, y en colaboración con O. Bourguignon, *La familia después del matrimonio de los hijos. Estudio de las relaciones entre generaciones*, París, PUF, 1976, y *Nuevas generaciones y matrimonio tradicional, encuesta entre jóvenes de dieciocho/treinta años*, París, PUF, 1979.

²⁶ F. de Singly, «El matrimonio informal. Sobre la cohabitación», *Recherches sociologiques*, 1, 1981, pp. 61-90.

²⁷ G. Thuillier, *Pour une histoire du quotidien au XIX siècle en Nivernais*, París, Mouton, 1977; E. Weber, *La Fin des terroirs*, París, Fayard, 1983 (1.ª ed. en los Estados Unidos, 1977).

²⁸ Debo esta anécdota a mi colega Michel Vovelle, cuya madre era la directora de este colegio.

²⁹ O. Mirbeau, *Journal d'une femme de chambre*, citado por G. Vigarello, *Le Propre et le Sale. L'hygiène du corps depuis le Moyen Âge*, París, Éd. du Seuil, 1985, p. 231.

³⁰ Ver la correspondencia de *Marie-Claire*, mantenida por Marcelle Auclair el 7 de mayo de 1937: «Una abuela de Neuilly-sur-Seine me reprocha alimentar el egoísmo masculino cuando aconsejo a las mujeres que se esfuerzen por mantenerse bellas con la finalidad de gustar mucho tiempo a su marido...»

³¹ G. Lipovetsky, *L'Ère du vide. Essai sur l'individualisme contemporain*, París, Gallimard, 1983, p. 181; P. Ory, *L'Entre-deux-Mai, histoire culturelle de la France, mai 1968-mai 1981*, París, Éd. du Seuil, 1983, p. 129.

³² P. Yonnet, «Modas y looks», *Le Débat*, n.º 34, marzo, 1985, pp. 113-129.
³³ Un parisino que murió durante una manifestación, un comisario de policía en Lyon muerto en el puente de la Guillotière, el estudiante Gilles Tautin ahogado en el Sena cerca de Flins y dos obreros en Sochaux. Estas líneas fueron escritas cuando el movimiento estudiantil y de los liceos de diciembre de 1986 vino a confirmarlas espectacularmente.

³⁴ *Op. cit.*, p. 223.

³⁵ H. Hatzfeld, *Le Grand Tournant de la médecine libérale*, París, Éd. ouvrières, 1963, subraya que la tarifa de responsabilidad, prevista por la ley de 1930, no se impone a los médicos, como se había pensado sino que únicamente determina lo que reembolsan las cajas de seguros sociales. Los médicos, seguros a partir de ahora de no molestar a sus clientes más pobres pidiéndoles esta tarifa, no dudan en hacérsela pagar.



Transiciones e interferencias

Dos movimientos simétricos marcan la historia de la vida privada durante el siglo XX. Por una parte, el trabajo emigra fuera de los domicilios y se establece en lugares impersonales regidos por una red formalizada por reglas jurídicas y de convenciones colectivas. El individuo conquista por otra parte, en el seno mismo de la familia, el espacio y el tiempo de una vida que a partir de ahora pasa a pertenecerle. La especialización de los momentos y los lugares aumenta el contraste entre las esferas pública y privada, y acusa los caracteres específicos de cada una de ellas. De atenernos, sin embargo, a estas dos tendencias principales, arriesgariamos oponer demasiado radicalmente lo privado y lo público hasta el punto de no llegar a comprender su trabazón en el seno de una misma sociedad. No basta, pues, con haber examinado sucesivamente uno y otro campo: es necesario también estudiar su articulación.

La transición entre privado y público

Los espacios de conveniencia

El paso de lo privado a lo público es a menudo brutal: muchos experimentan esta transición todas las mañanas, apenas han salido de casa y se encuentran atrapados dentro de un universo de trabajo con sus obligaciones y servidumbres. Penetramos entonces enteramente en el imperativo de la exactitud, del temor a perder el autobús, el metro o el tren, de verse atrapado en un embotellamiento. En contraste con la intimidad del hogar, cada salida al trabajo es una brusca zambullida en un espacio público indiferenciado, poco amistoso, incluso hostil: nos apiñamos en un vagón atestado, demasiado

El espacio del barrio organiza una transición de lo privado a lo público. Los grandes conjuntos lo ignoran. Las nuevas ciudades, Cergy-Pontoise, por ejemplo, lo redescubren hoy en día.

contentos de poder «llegar a la hora justa». No es una transición, sino un salto.

Esta situación caracteriza a las grandes ciudades actuales. Sin embargo, más de la mitad de los franceses (50,7 % en 1982) viven en aglomeraciones de al menos 50.000 habitantes: es una de las grandes novedades de este final del siglo XX. La disociación entre el trabajo y la vida doméstica en la ciudad hace necesarios desplazamientos cotidianos que la colectividad organiza. En este sentido, la esfera pública del trabajo empieza en los transportes colectivos, y el recurso al automóvil individual constituye una tentativa de prolongar la propia vida privada y disponer de una especie de transición entre ella y la vida pública. Transición pobre las más de las veces y cuyos límites ilustra el embotellamiento: las obligaciones colectivas que la vía pública impone a estos medios de transporte privado convierten a los individuos en seres perfectamente anónimos y solitarios.

El barrio, espacio de interconocimiento

Por contraste, el barrio antiguo o el pueblo se presentan en sí mismos como espacios de transición. Para quien lo habita, el barrio se define subjetivamente por el conjunto de itinerarios que se recorren a partir de la propia casa. Itinerarios recorridos a pie, se entiende, pues el espacio del barrio es el área por la que caminan los viandantes mientras que el espacio de la aglomeración corresponde a los «medios de transporte». El espacio concreto del barrio, o del pueblo, es una superficie abierta a todos, regido por reglas colectivas, pero que tiene como «hogar», en el sentido óptico, un lugar cerrado, una casa propia. Es un *afuera* definido a partir de un *adentro*, un público cuyo centro es un privado.

Este espacio es el lugar de un interconocimiento: cada persona es conocida por un determinado número de particularidades de su vida privada por gentes con las que no tiene nada que ver y que no ha escogido, pero que, sin embargo, no son extraños: los vecinos. La proximidad en el espacio crea un conocimiento recíproco o por lo menos aproximativo: quien no es conocido de todos aparece a sus ojos como un intruso. Nos acordamos de las páginas inolvidables de Marcel Proust en las que la tía se pregunta con Francísca, en la casa de Combray, sobre la identidad de un perro «que no conocía en absoluto» o sobre el origen de los espárragos que una vecina lleva en su cesta...

A decir verdad, en todo ello hay algo más que un conocimiento recíproco: un cambio social. Todos los habitantes del barrio o del pueblo, si satisfacen el precio que deben pagar, obtienen un determinado beneficio de esta vecindad. Reciben de los demás pequeñas gratificaciones: sonrisas, buenos días, saludos, palabras de encuentro que producen el sentimiento de existir, de ser conocido, reconocido, apreciado y estimado. Para algunos, la solicitud de la vecindad va más lejos, y se inquietan si la viejecita no va a buscar su pan a la hora habitual. Pero, para hacerse merecedor de estas compensaciones, es preciso respetar las reglas del barrio o del pueblo, hacer lo que se hace y no hacer lo que no se hace. Quien no respeta estas reglas tácitas se expone a observaciones poco agradables, más tarde



a una especie de exclusión; no respetar las reglas del juego es ponerse fuera de juego.

Llamaremos con Pierre Mayol¹ *conveniencia* al conjunto de reglas que rigen los intercambios de vecindad. La conveniencia define perfectamente un espacio de transición entre lo privado y lo público. Su fundamento es el carácter a la vez inevitable e imprevisible del encuentro con el otro. Salir de casa es exponerse a encuentros, sin saber precisamente a quién se encontrará. El encuentro no pertenece al orden privado: no se ha escogido y se ha desarrollado en un lugar público y se limita generalmente a banalidades, a «lugares comunes». Pero nadie puede evitar verse implicado personalmente en estos encuentros; el otro sabe quién somos y dónde vivimos; conoce al cónyuge, a los padres, a los hijos. Incluso sabe describir el sentido del desplazamiento: sabe si hacemos su mismo trayecto, si vamos a buscar a los niños al colegio o volvemos del trabajo. Sabe todo lo que se dice en el barrio y propala los rumores, sobre todo los que atañen a la vida privada.

Salir del propio barrio es, pues, exponerse. La conveniencia impone primero la propia presentación. Este espacio de transición se encuentra marcado por una cierta «teatralidad» (Mayol), y las personas siempre se encuentran en él más o menos representando sus papeles. Es conveniente ofrecer a los demás una imagen presentable de sí mismo. El traje se interpreta enseguida, pues se conoce la vestimenta habitual de cada persona: «Se ha puesto usted hoy muy guapa»... dirá el comerciante a su cliente antes de comentar al barrio unos minutos más tarde: «La señora X iba de punta en blanco...» Hace falta una razón confesable para apartarse de la norma vestimentaria, puesto que toda transgresión es advertida, comentada e interpretada. Ocurre lo mismo en relación a las personas que frecuentan a los miembros de una familia, a las personas que reciben o visitan, así como en relación a los ecos que dejan escapar fuera de su vida familiar; las disputas conyugales no pasan inadvertidas; ¿no busca a veces alguno de sus protagonistas poner al barrio como testigo? Las compras que se hacen en el barrio son igualmente comentadas si se salen de lo ordinario; comprar en la tienda de ultramarinos vino embotellado es un hecho que no viola las conveniencias, pero M. Mayol señala atinadamente que, en su *Croix-Rousse*, las primeras botellas de whisky han sido compradas en *Carrefour*: el anonimato del hipermercado permite la innovación en la discreción. En pocas palabras, el espacio es vivido como un lugar en el que se descubren los mil y un detalles de la vida cotidiana: el barrio es esta escena pública donde todo el mundo se ve obligado a representar su vida privada. La conveniencia no se contenta con organizar esta representación, sino que también, por ello mismo, protege hasta cierto punto la vida privada que pone en escena. Prohibe algunas prácticas; reglamenta otras: así los comportamientos frente a los niños de los vecinos son regulados por un código de discretas costumbres que trata de preservar las relaciones de buena vecindad dosificando, según los casos, la intervención o la abstención. La conveniencia preside además los intercambios verbales. En efecto, en el espacio del barrio la vida privada no es solamente exhibida, sino que además es dicha, pero sin indiscreción.

Aquí el análisis debe bifurcarse, pues los lugares de palabra no son los mismos para los hombres que para las mujeres. En los pueblos de antaño, el lavadero, por ejemplo, constitúa un lugar importantísimo para la expansión de la palabra exclusivamente femenina. Pero veamos cómo actúan las ciudadanas cuando entran en los comercios del barrio: enseguida nos damos cuenta de que de una cajera de supermercado no esperan únicamente un comportamiento estrictamente «comercial», sino además un servicio más personal. El comerciante debe conocer a sus clientes, saber cuáles son sus gustos y prever sus compras. El comerciante que quiera asegurar su reputación y fidelidad entre sus clientes deberá saber reconocer y acoger los gustos de sus clientes. En esta relación entra en juego algo más que el simple intercambio comercial: la calidad del pan no salvará a la panadería si la panadera no es sociable².

Entre los comerciantes, el vendedor de ultramarinos ocupa un lugar relevante, pues la diversidad de productos que se le compran en su establecimiento constituye por sí sola un discurso complejo sobre la vida privada de las familias: las enfermedades, los períodos difíciles. A poco que el vendedor —o la vendedora— de ultramarinos no tengan prisa y se presten al juego, la compra se adoba enseguida con una conversación aparentemente anodina en la que, sin embargo, se intercambian informaciones personales. Los demás clientes sólo oyen banalidades y no es difícil ironizar sobre esas palabras que sirven para todo. Sin embargo, P. Mayol no se equivoca cuando señala que el dominio del contexto por parte de los interlocutores permite cargar a este discurso de significaciones precisas. Detrás del refrán: «Qué quiere usted, es preciso que pase la juventud» el vendedor de ultramarinos sabrá adivinar que el nieto de Mme. X vive siempre con su amiga³. Aquí la conveniencia permite decir cualquier cosa, a condición de decirlo bajo la forma impersonal de la sabiduría de las naciones. Estas palabras de sentido común, precisamente porque carecen de significado específico, aceptan las significaciones que les confiere el contexto. La conveniencia ofrece así a todo el mundo sus lugares comunes.

La palabra masculina prefiere los cafés. No los cafés de paso, cuya clientela no pertenece al barrio, sino los cafés habituales. Aquí los clientes tienen al menos un apellido, a veces incluso un nombre, a menudo costumbres: un lugar, una bebida asignada. La frecuentación obedece a ritmos semanales o diarios. Está el café de la vuelta del trabajo, cerca de la parada del autobús o de la estación de metro: en él se toma una copa con los compañeros que nos acompañan desde el trabajo antes de volver a casa. Lugar de transición por excelencia entre el espacio público del trabajo prolongado por los transportes colectivos y el espacio privado de la vida doméstica. También está el café del domingo por la mañana en el que, hacia las once, se comparte con los amigos de toda la vida el vino blanco, las apuestas... Sin duda podría afinarse mucho más la tipología.

Las palabras que se intercambian en el café pertenecen a un registro diferente al de las conversaciones entre clientes y comerciantes. Allí apenas se habla de la vida privada: se prefiere tratar asuntos

Lugares de palabra femeninos...

... y masculinos



El café de los habituales, enclave privilegiado de la sociabilidad masculina. ¿Cómo no acordarse de Pagnol?

laborales, negocios o hablar de política. Cuando se aborda algún aspecto de la vida privada es siempre bajo el disfraz de un discurso repleto de convenciones, discurso mantenido entre hombres sobre las mujeres, y cuya relación con la vida privada de cada uno escapa al observador no advertido. Hay allí, sin embargo, un intercambio regulado por la conveniencia, en el que la broma picante funciona como un código. Lo que se dice no tiene consecuencias, y quien se ofendiera por lo que allí se vierte daría muestras de mal carácter. Todo ello no impide, sin embargo, que a través de estos intercambios lúdicos se digan muchas cosas en primera persona...

En estas condiciones se comprende mejor la importancia de los cafés: Francia contaba con 48.000 puntos de venta de bebidas en vísperas de la Primera Guerra Mundial; y en vísperas de la Segunda, se sitúan en 500.000, lo que equivale a más de un «bar» por 100 habitantes. El pueblo más pequeño tenía varios puntos de venta, y proliferaban en las ciudades obreras: ¡1 por 50 habitantes en Roubaix a finales del siglo XIX! Ya hemos visto que la exigüedad de la vivienda popular explicaba en parte la fortuna de los cafés, y los estudios sobre la sociabilidad popular nunca dejan de detenerse en estos altos lugares de cultura obrera que son los clubes nocturnos o

los cafetines⁴. En todo caso, desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la vida privada de las gentes del pueblo se prolongaba fuera de sus casas en estos lugares públicos donde se despachaban bebidas, estrechamente vigilados por policías y agentes.

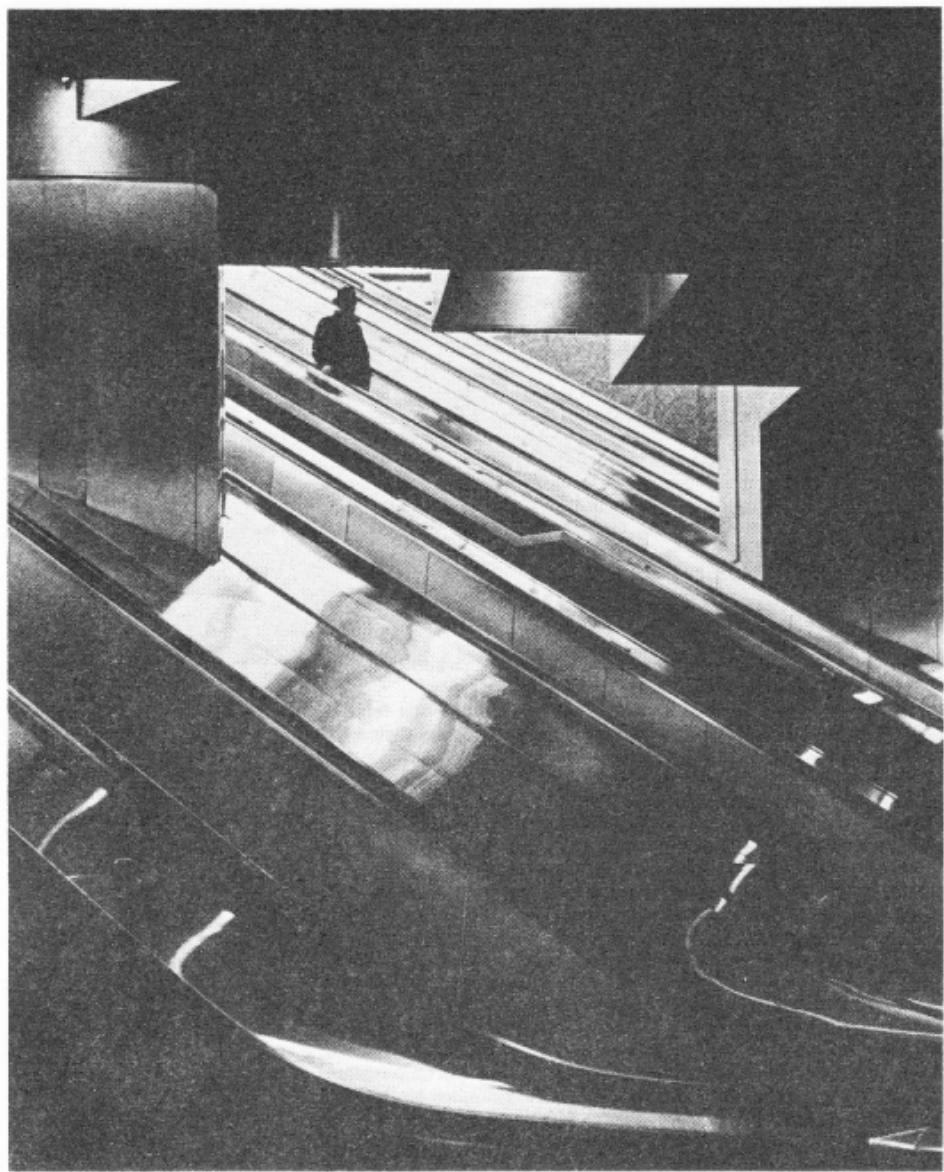
En este sentido, los franceses de este período vivían en su barrio o en su pueblo tanto como en su vivienda. Así lo señala Colette Pétonnet cuando en su paseo cotidiano sigue a una anciana que la Acción Social había decidido realojar: no cabe duda de que vive en un tugurio inmundo, pero también es cierto que para ella su verdadera casa son las calles del barrio: ¿qué haría en una vivienda moderna si pierde su barrio⁵? La tajante oposición entre una casa propia puramente privada y un espacio exterior enteramente público es una manera de aprehender el espacio social propio de la burguesía. Para el pueblo francés, como para los napolitanos descritos por Sartre, si bien en menores proporciones, la oposición no está tan marcada. El espacio del barrio se distingue perfectamente del espacio privado, pero en ningún caso se cierra a él sino que por el contrario forma alrededor suyo como una especie de zona protectora. La conveniencia permite que el barrio permanezca siendo un espacio abierto, público, y que, sin embargo, la vida privada de todo el mundo encuentre en él una prolongación, un eco, un apoyo, a veces también una censura. El barrio o la ciudad articulan una compleja transición entre lo público y lo privado.

Destrucciones y reconstrucciones

Es esta sabia articulación entre lo público y lo privado lo que la reciente urbanización ha destruido.

Para transmitirse, esta «cultura del pobre»⁶ suponía una relativa estabilidad de la población, necesitaba el tiempo de asimilar a los recién llegados. Ahora bien, entre 1954 y 1968 Francia se ha urbanizado muy rápidamente: durante los últimos catorce años la proporción de personas que viven en las ciudades (nueva definición) ha pasado del 58,6 % al 71,3 % de la población total⁷, para inmediatamente después sólo progresar unos puntos (73,4 % en 1982).

La brutalidad del desarrollo urbano también ha sido acusado por la crisis de la vivienda y por los remedios que se utilizaron para paliarla. Durante la primera mitad del siglo XX se había construido muy poco, lo que por otra parte contribuye a explicar la persistencia de barrios populares y de su cultura. Esta acusada escasez de viviendas obligó a emprender un conjunto de construcciones a gran escala, por barrios enteros. Se ha hablado del salto hacia la modernidad que supuso la edificación de grandes conjuntos. Desde el punto de vista que aquí nos interesa, debemos resaltar la construcción de barrios enteramente nuevos cuyos habitantes vienen de otra parte: trasplantados, realojados. La historia apenas ofrece ejemplos de barrios poblados de esta manera. Sus habitantes no solamente se encuentran desarraigados de cualquier tradición, sino que además experimentan las dificultades de crearla: se trata de una población muy homogénea



por la edad y la situación familiar. Aquí se echan cruelmente en falta a las personas de edad: no ya a las abuelas que apenas vivían con sus hijos y nietos, sino a los viejos solitarios que transmitían la memoria del barrio, expresaban sus razones y, con el ojo avizor tras la cortina recogida, acechaban las idas y venidas... ¿Cómo podría vivir el barrio por otra parte cuando a la hora establecida se vacía de sus colegiales y trabajadores?

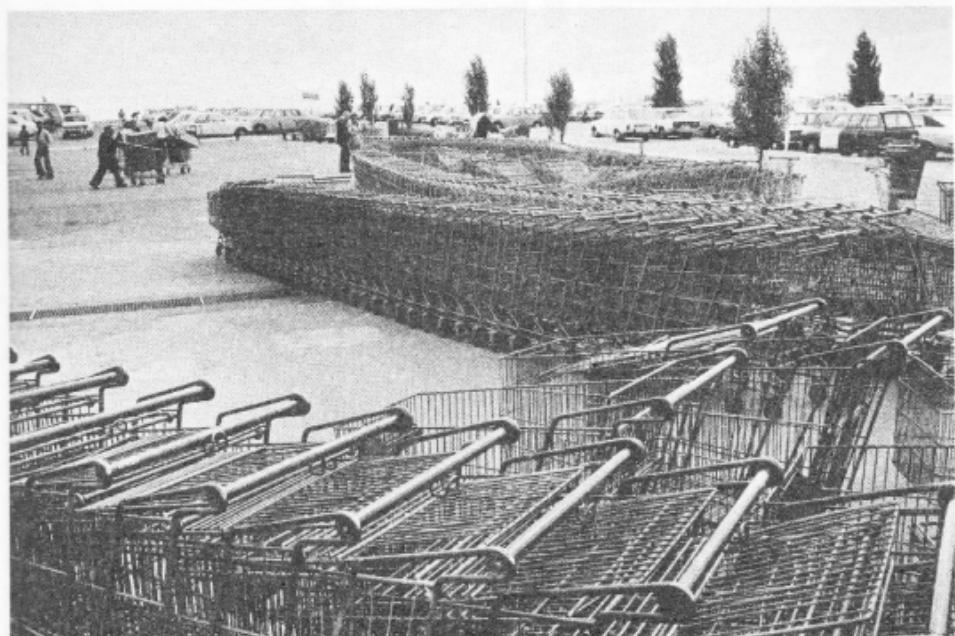
Las formas arquitectónicas y urbanas de la modernidad hacen todavía más difícil la articulación entre lo privado y lo público en el espacio del barrio, pues desestructuran este espacio. Es el fin de las calles que canalizaban los itinerarios, la desaparición de las tiendas: los centros comerciales ocupan el lugar de las tiendas de ultramarinos y muchas veces para llegar hasta ellos es imprescindible el coche. En este espacio funcional «salir a dar una vuelta» ha dejado de tener sentido. Por lo que hace a los cafés, sus paredes cuestan demasiado caras como para llegar a ser «bares»: son cafés de paso, incluso si el PMU* recrea a determinadas horas una vida de barrio.

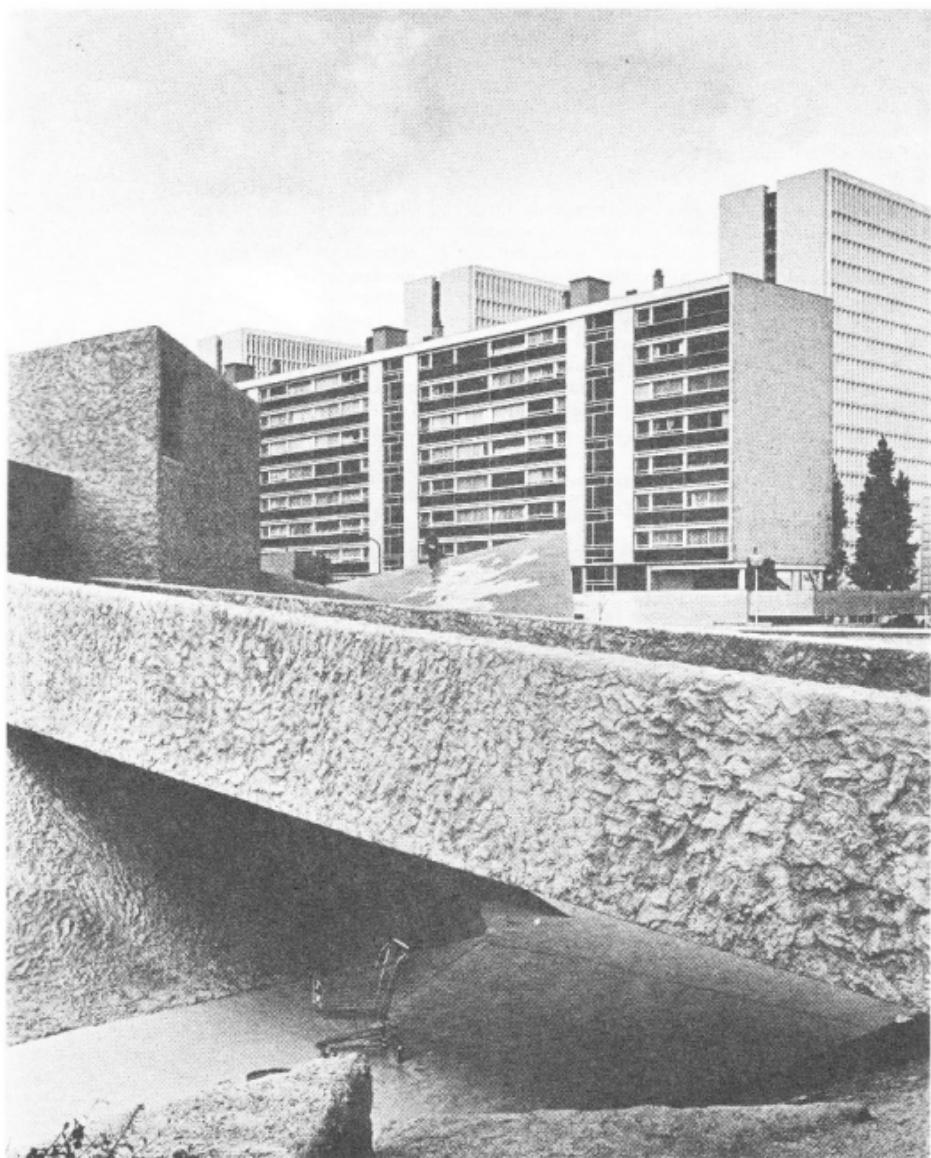
El espacio desestructurado del barrio

El urbanismo moderno trata a la circulación como un flujo. El desplazamiento excluye, pues, el encuentro, y la eficacia del paseo.

... En cuanto a la distribución, disuelve en la serialidad la posibilidad misma de una sociabilidad de vecindad.

* *Pari mutuel urbain*: organismo que regula las apuestas en las carreras de caballos.
[N. del T.]





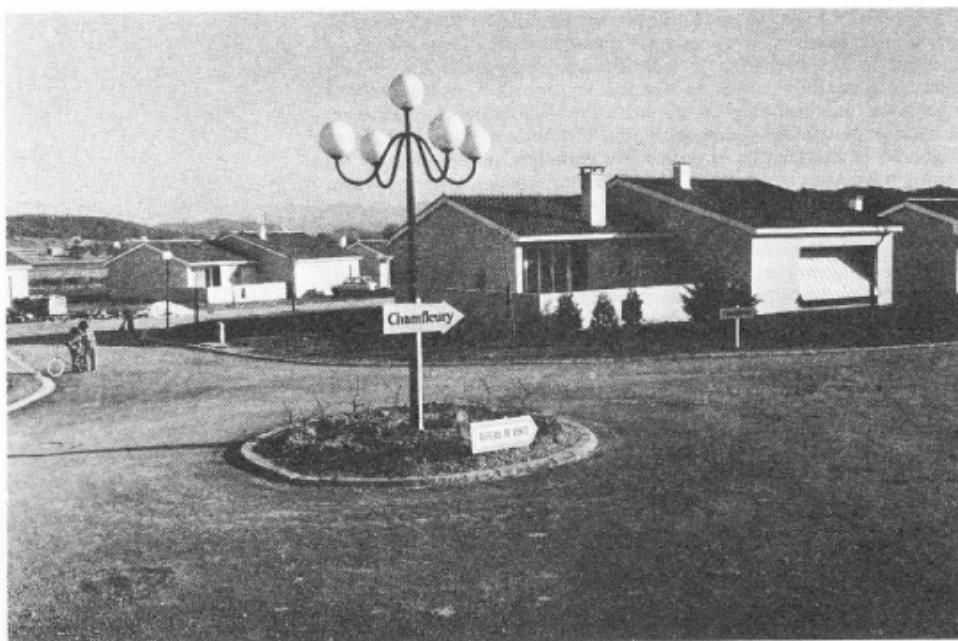
Las relaciones con los vecinos quedan modificadas. El ascensor no es una calle vertical: en la calle se ve pasar a las gentes, se sabe en qué puerta se detienen, y la identificación se ve facilitada por las diferencias entre las casas. El ascensor transporta a sus pasajeros al abrigo de las miradas y los deposita en rellanos indiferenciables, delante de puertas fáciles de confundir. La similitud entre los lugares engendra el anonimato. El vecino, sin embargo, no desaparece: los ruidos traspasan los tabiques. Sin embargo, apenas se convive con los vecinos. Una encuesta realizada en 1964 mostraba la extrema pobreza de las relaciones sociales en los grandes conjuntos: un 68 % de las familias no tenían ninguna relación continuada con los habitantes de su misma escalera, un 50 % ninguna relación en la ciudad, y un 21 % no entraban en relación con nadie en ningún sitio⁸.

Guardémonos no obstante de una fácil nostalgia: imputaría a la incomprendión de los urbanistas lo que en realidad es un movimiento social mucho más amplio y profundo. No cabe duda de que los arquitectos de los grandes conjuntos, como responsables de las renovaciones de los islotes insalubres entre 1950 y 1970, no habían comprendido que la forma urbana, más allá de sus funciones utilitarias evidentes (alojamiento, comercio, trabajo), desempeña una función social. Sus realizaciones apenas permiten la formación de espacios de transición que sean a la vez públicos y privados. Sin embargo, los barrios antiguos también han evolucionado. No cabe la menor

El gran conjunto. Anonimato, serialidad del hábitat, desaparición de la calle y de los espacios de conveniencia. Indudable modernidad.

La nueva ciudad, o la vuelta a las calles. Una sociabilidad de vecindad parecida al encuentro.





La división del terreno en parcelas, incluso dispuesta en serie, asigna a todas las familias un espacio protegido. Las calles, poco frecuentadas, quedan disponibles para los juegos de los niños.

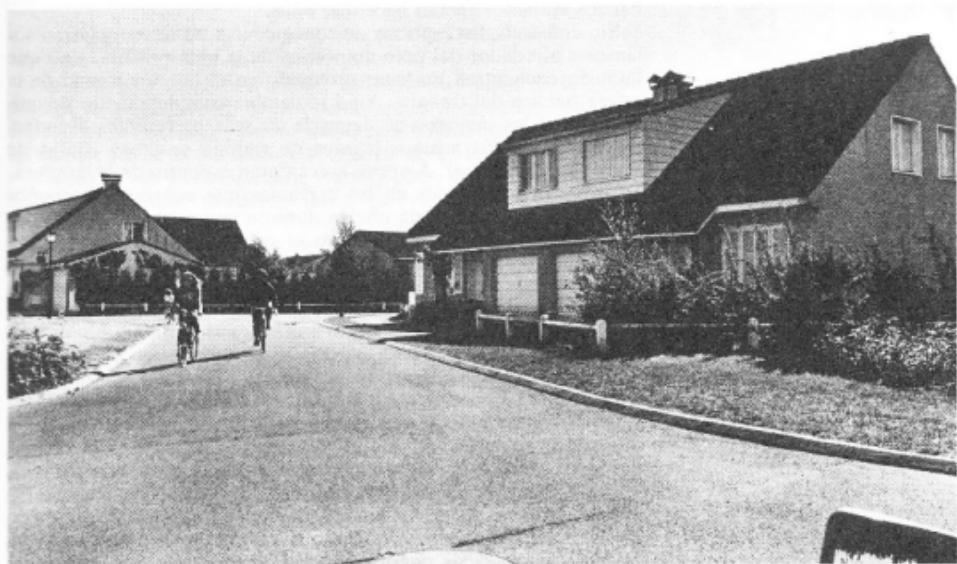
duda de que P. Mayol, al final de los años 1960, puede todavía analizar las calles de la Croix-Rousse como un espacio armónico. Pero incluso en estos casos excepcionalmente preservados, podemos estar seguros de que la vida del barrio se ha empobrecido, de que el interconocimiento ha retrocedido. Los modos de vida han cambiado. Cada vez se pasa menos tiempo en el propio barrio; cada vez se tiene más prisa. La conveniencia no tiene sólo aspectos positivos: también supone vigilancia de todos los instantes, censura y chismes malintencionados. El individualismo moderno se acomoda mal a estas tutelas: ¿cómo «hacer lo que se quiera» si las comadres no dejan de espiar? Las normas burguesas sobre la autosuficiencia personal (no frecuentar a los vecinos, etc.) no progresan únicamente entre las gentes del pueblo porque los responsables de la planificación urbana, higiene o de la acción social las impongan seguros como están de que sus iniciativas de alojamiento, desplazamiento y realojamiento están orientadas al bien y comodidad de los nuevos habitantes, sino que también, de manera más difusa y sutil, por contagio, se abren paso entre la nueva burguesía de cuellos blancos: para un cuadro medio, liberarse de las servidumbres de la vecindad es escalar un peldaño en la escala social.

En pocas palabras, vemos reconstituirse espacios de conveniencia, pero bajo formas más limitadas y menos imperativas. En los grandes

conjuntos, por ejemplo, los mercados a menudo dan lugar a contactos más personales entre comerciantes y clientes. Pero se encuentran limitados por el hecho de que el comerciante apenas sabe nada de la vida de sus clientes.

Más interesante y rica es la sociabilidad que proviene de la distribución de un terreno en parcelas. Aquí también haría falta matizar mucho y tener en cuenta las diferencias sociales y regionales. Se acostumbra a establecer una oposición entre los franceses, quienes clausuran cuidadosamente sus parcelas, y los americanos que por el contrario no rompen la continuidad de unos jardines con otros. Es exacto que después de la retirada de los militares americanos de la OTAN en 1966, cuando los pabellones abandonados por el ejército americano fueron vueltos a vender a franceses —como ocurrió en Orléans—, la primera medida de los nuevos propietarios consistió en levantar vallas: en pocos meses, una especie de bosquecillo urbano reemplazó al *green* continuo sobre el cual estaban punteadas las casas americanas. Pero esta lectura puramente individualista de la parcelación se queda un poco corta. Un estudio más atento nos mostrará una apropiación más sutil del espacio. El habitante del pabellón marca con fuerza la frontera de lo que le pertenece: el vallado afirma la propiedad privada, si bien de un modo diferente según se trate de los demás propietarios privados o de la vía pública; el vallado es generalmente más elevado detrás y a los lados que

*La frontera
del pabellón*



delante, sobre la calle. Y ello es así porque los diversos espacios del pabellón no tienen la misma utilización.

En efecto, el espacio del pabellón se articula en dos vertientes: en cierto modo una vertiente soleada y otra umbría⁹. La parte trasera es un espacio puramente privado, casi íntimo: en él la familia puede cenar al aire libre las noches de verano. Allí se pone a secar la colada y en el huerto crecen las cebollas y las lechugas. La parte delantera desempeña por el contrario una función ostentatoria: se pone bien a la vista, y los habitantes cuidan la imagen que presentan de sí mismos. Céspedes cuidadosamente cortados, conjuntos de flores, estatuas iluminadas o pretenciosos jarrones: toda la gama de los gustos se despliega en la fachada. La valla delimita el espacio, impide el acceso, pero no la vista, y, por encima del seto o de la barrera, tienen lugar diálogos: con el cartero, con los viandantes, es decir, con los vecinos cuando pasan. La misma calle, visible desde las ventanas, es un espacio privatizado: si la circulación no es demasiado intensa, los niños pueden jugar o montar en bicicleta por ella. Se habilita un espacio de transición donde la conveniencia reencontrada sirve como regla de buena vecindad.

Alrededor de los lugares de vida privada, vemos así reconstituirse lugares de encuentro e intercambio. Más generalmente, las nuevas tendencias de la arquitectura militan en este sentido. El urbanismo contemporáneo, dotado de una perspectiva pluralista muy diferente de las teorías funcionalistas dominantes hace veinte años, se esfuerza por concebir barrios convivenciales donde los peatones caminan por callejuelas y pequeñas plazas: llama a veces la atención la diferencia existente entre lo que se construye o renueva hoy en día y los nuevos barrios acabados apenas hace diez años.

Sin embargo, los espacios de conveniencia no se reorganizan solamente alrededor del polo doméstico de la vida privada, sino que también encuentran un lugar protegido en el interior mismo de la esfera pública del trabajo. Aquí se cambia completamente de universo, pero las analogías no dejan de ser más interesantes. En efecto, dentro de los mismos lugares de trabajo se crean islotes de sociabilidad informal. A veces, son cafeterías dentro de la empresa, en otros lugares, cafés de las cercanías que acogen a pequeños grupos de compañeros de oficina durante una pausa en el trabajo. En otros lugares, se hace el té o el café en alguna dependencia contigua al despacho, y, a mitad de la mañana y de la tarde, se va a beber una taza a un lugar donde puede hablarse —sin ser escuchado por los superiores ni, en su caso, por los clientes—. Durante un momento la racionalidad de la organización del trabajo queda suspendida y la vida privada se expresa en el seno mismo del tiempo y del espacio donde se desarrolla el trabajo.

No todos estos encuentros dan lugar a los mismos intercambios. Algunos son puramente femeninos; otros masculinos; otros mixtos, sobre todo aquellos, menos íntimos, que tienen lugar en la cantina o el restaurante de la empresa. Se habla de los incidentes del trabajo, y se propagan toda suerte de rumores. Se desarrolla una sociabilidad de empresa alrededor de las actividades del comité de empresa: viajes organizados, semanas de esquí, concursos de pesca, sesiones de gimnasia, veladas deportivas, teatrales o musicales, cursos de

inglés, compras en grupo de vinos o de juguetes, etc. A veces incluso algunos comerciantes llegan a poner su puesto y proponen la suscripción a colecciones de libros. Pero también se abordan temas más personales: las vacaciones, los hijos, las preocupaciones de la vida doméstica. Y la conveniencia encuentra aquí un nuevo campo: como en el barrio de antaño, permite hablar de sí mismo con discreción a interlocutores que no se ha escogido ni rechazado. Estatuto incierto y equilibrio frágil y aceptado de unas relaciones de vecindad que encuentran un lugar más propicio para su desarrollo en las relaciones de camaradería del trabajo que en las tiendas del barrio.

Esta conquista de espacios de conveniencia en el seno de la empresa sólo constituye un episodio dentro de una evolución más general. La vida privada, expulsada del universo colectivo y público del trabajo, lo reconvierte de manera indirecta y discreta. Si las fronteras entre público y privado se han hecho más claras, no excluyen sin embargo contaminaciones recíprocas. La separación espacial y temporal de la existencia en dos campos claramente delimitados no se encuentra solamente atenuada en los márgenes por transiciones complejas, sino que se ve parcialmente superada por un juego de influencias cruzadas cuya disposición deberemos desentrañar ahora.

Las normas privadas de la vida pública

Las relaciones de trabajo puestas en cuestión

Como hemos visto, la emigración del trabajo fuera de la esfera privada ha implicado su organización según normas funcionales e impersonales. Un solo y mismo movimiento hace que los obreros y los empleados dejen de sentirse al servicio de un hombre, el patrón, y que sus tareas y relaciones de trabajo estén definidas de manera más formal. El universo del trabajo se ha *burocratizado*: las relaciones cara a cara tienden a evitarse, y el poder del superior queda disimulado tras la aplicación de reglas impersonales, circulares y notas de servicio venidas de altas instancias. Simultáneamente, las relaciones entre compañeros de trabajo se limitan al trabajo mismo: los empleados de un centro de cheques postales estudiados por Michel Crozier hacia 1960 apenas salían juntos en sus momentos de ocio. El compromiso personal en el trabajo se encuentra así estrechamente limitado: la verdadera vida es la vida privada.

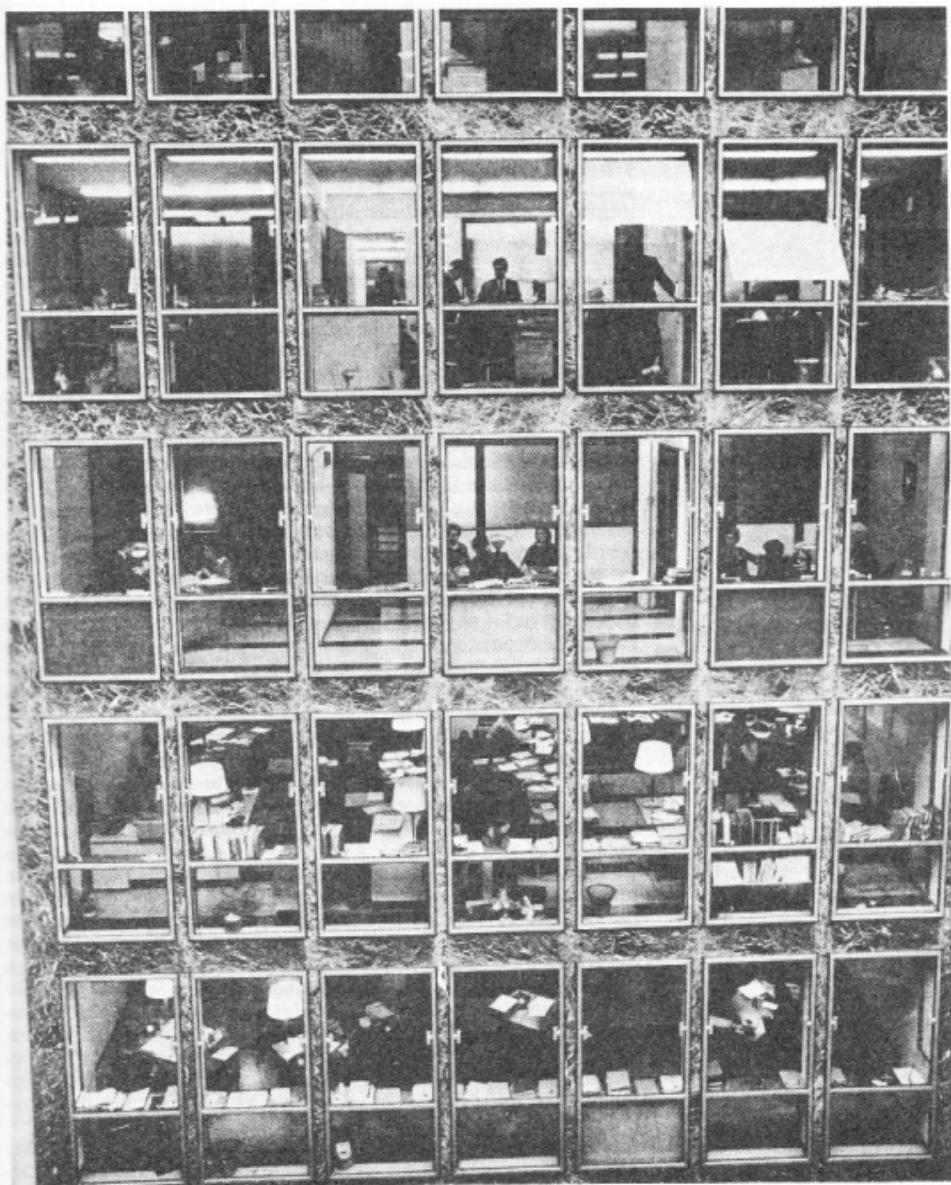
La convivencia entre compañeros, cuyo progreso acabamos de describir, se inscribe como reacción contra este universo burocrático. Es una tentativa para restablecer relaciones personales calurosas en el interior mismo del cuadro frío e impersonal del trabajo. Ahora bien, esta aspiración desborda inevitablemente los lugares y los momentos de las pausas para llegar a repercutir sobre el conjunto de la organización del trabajo.

*Los jóvenes
y el trabajo*

El fenómeno es particularmente claro en los jóvenes, incluso si no les afecta. Su «alergia al trabajo»,¹⁰ no es tanto un rechazo del esfuerzo como una dificultad para entrar en una red jerarquizada y puramente funcional de relaciones. Una encuesta de la SOFRES mostraba en 1975 que para ellos la primera cualidad del trabajo (73 % de respuestas positivas) era que respondiese a sus gustos personales mientras que tenían mucho menos en cuenta que este trabajo estuviese bien considerado, que fuese útil a la sociedad, que se disfrutase en él de una mayor independencia. Este deseo de lograr un desarrollo personal dentro del trabajo está en el origen de numerosas decepciones que engendran una enorme inestabilidad al comienzo de la vida profesional. En 1974, cuando la crisis económica todavía no había trastornado el mercado de empleo, una encuesta sobre la inserción profesional de los jóvenes constataba así que el 43 % de la muestra ya habían abandonado su primer empleo¹¹. Se trataba a menudo de trabajos temporales o estacionales, pero podemos preguntarnos si los jóvenes los habían tomado a falta de algo mejor, o si la precariedad misma de estos empleos no los había vuelto intimidantes.

La misma ambigüedad rodea el desarrollo del trabajo interino. Las primeras empresas francesas de trabajo interino datan de los años 1950: Bis de 1954 y Manpower de 1956. En total había 7 empresas de estas características. En 1962 eran 170 y daban trabajo a 15.000 asalariados. En 1980 son más de 3.500 y ocupan a más de 200.000 personas, en su mayoría jóvenes. Seguramente se trata a menudo de jóvenes poco cualificados, en ruptura con la escuela, originarios de grandes conjuntos que tienen mala reputación. Pero estos jóvenes sin porvenir no dejan por ello de tener aspiraciones. Un sociólogo, Bernard Galambaud, se ha esforzado por comprender sus actitudes en 1975 en la región parisina. Constata la extrema importancia que estos trabajadores conceden al ambiente que se vive en el trabajo. Confrontados ante la alternativa entre un trabajo muy interesante en un ambiente óptimo, seis de cada diez escogen esta última situación. La importancia concedida al ambiente es tanto mayor cuanto que los encuestados son más jóvenes: un 70 % de los de menos de veinte años hacen de este dato el criterio prioritario contra un 60 % de los comprendidos entre veinte y veinticinco años y el 50 % de los que están entre veinticinco y treinta años¹². La continuación de las investigaciones permite caracterizar el buen ambiente como aquel en el que existen relaciones personales auténticas. En caso de mal ambiente, antes de ignorar a sus compañeros de trabajo, el 61 % de estos jóvenes prefieren cambiar de trabajo. Ante todo esperan de sus colegas la franqueza (46 %) mientras que la inteligencia (31 %) y la competencia (16 %) les parecen menos importantes. En pocas palabras, se esboza aquí el retrato de un trabajador muy diferente de aquel que, según la descripción de Michel Crozier, se adaptaba perfectamente al sistema burocrático. El comportamiento de los «jóvenes trabajadores de hoy en día» desmiente el hecho de que la empresa es una organización funcional y formal. Para ellos, no hay «relaciones de trabajo», sino relaciones sin más.

Esta manera de reivindicar los derechos de la vida privada en el seno del medio laboral no es exclusivamente de los jóvenes. En



1974, por ejemplo, una de las razones de la gran huelga de los bancos fue el rechazo de las condiciones de trabajo impuestas por la introducción de la informática: la parcelación de las tareas privaba a éstas de cualquier sentido y quebraba las relaciones en el seno del grupo de empleados. Sin duda el taylorismo tiene todavía un gran porvenir, pero cada vez es más contestado. Los nuevos métodos de organización se esfuerzan por devolver la autonomía a colectivos de trabajo y por tratar solidaridades entre grupos. El círculo de calidad se muestra como una fórmula susceptible de devolver su dinamismo a grupos de ahora en adelante paralizados por su formalismo.

En efecto, el signo más claro de contaminación, o de influencia, de la esfera pública del trabajo por los valores y las normas de la vida privada es la evolución de las concepciones dominantes en materia de organización.

*La autoridad
en la empresa*

Durante toda la primera mitad del siglo XX, los teóricos de la organización han defendido sistemas jerárquicos. El taylorismo se apoyaba aquí en la tradición francesa del mandato. La imagen del ingeniero es la de un «jefe» —la utilización del término solamente se verá desacreditada después de la guerra 1939-1945, en razón de sus connotaciones fascistas—, y se habla de su «papel social»¹³ del mismo modo que a comienzos de siglo Lyautey se refería al papel desempeñado por el oficial. Por otra parte, en la organización industrial la jerarquía está tan claramente marcada como en el ejército. En las minas, los ingenieros disponen de un cuarto de baño propio provisto de pastillas de jabón y toallas; la mina les cambia todos los días sus vestidos de trabajo y pone un sirviente a su disposición. Los capataces disponen de una cabina con bañera, de un ayuda para limpiar sus botas y la compañía les proporciona monos de trabajo de color pardo. Los capataces disponen de duchas individuales con jabón de Marsella, y se les proporciona un mono cada quince días. Por lo que hace a los simples mineros, ellos mismos deben aportar sus monos y su jabón, y disponen de duchas y de vestuarios colectivos¹⁴. En 1970, en la fábrica Renault en Flins, «el hábito hace al jefe: blusa azul para el jefe de equipo, blanca para el jefe de taller o el contramaestre. Después viene el traje, la corbata, la cabeza erguida y el aire altanero»¹⁵.

A lo largo de los años 1950 y 1960, esta concepción jerárquica progresivamente va siendo puesta en cuestión bajo la influencia de las teorías venidas de América. Comparado con el *management* americano, el estilo francés de autoridad y de mandato aparece envarado: ejercer una responsabilidad no implica establecer tanta distancia con respecto a los subordinados. Sería más eficaz un estilo menos rígido, menos formal, que dejase más autonomía a los ejecutantes. Los sociólogos americanos son leídos y traducidos, Lewin en 1959, Lippit y White en 1965. El «leadership democrático» hace su entrada en el vocabulario de la organización. El vocabulario no es indiferente: mientras que el *jefe* dirige, el *leader* implica colaboradores activos.

Psicólogos y psicosociólogos, como R. Muccielli o G. Palmade, difunden estas ideas en sus cursillos de formación permanente. Lle-

vados por esta corriente y actuando para reforzarla, se forman nuevas asociaciones: tal es el caso de la Asociación para la investigación y la intervención psicosociológica (ARIP) en 1959, mientras que otras más antiguas, el CEGOS* por ejemplo, toman prestadas sus ideas y métodos. Pronto se descubre la no-directividad; Rogers desarrolla un seminario en Dourdan en 1966 al que acuden doscientas personas. En un alegre batiburrillo teórico que algunos universitarios tratan de ordenar, animadores de desigual competencia proponen a las empresas toda una gama de formaciones cuya dinámica de grupos, imitada de los *T-groups* americanos, constituye la forma más fascinante y temida. En pocas palabras, las relaciones interpersonales en la empresa están al orden del día de mil maneras diferentes.

No es fácil apreciar la influencia de estas nuevas ideas sobre las relaciones cotidianas de trabajo. Parece ser que las grandes empresas se han visto más afectadas que las pequeñas, y el sector servicios más que la industria. El desarrollo de la formación permanente suministra en este campo al menos un índice: antes incluso de que la ley obligue a las empresas a dedicar un 1 % de su masa salarial a la formación permanente de su personal, EDF**, Air France, Saint-Gobain y algunas otras sociedades ya gastaban más. Otras, como la CGE***, habían creado su propia filial de formación. No obstante, en 1968, cuando el Ministerio de Educación Nacional creó una efímera dirección de la formación continua, a la hora de buscar una persona que la dirigiera, tuvo que recurrir al director de la filial de formación de Renault.

Estas formaciones en pleno desarrollo no se han limitado a adoptar el discurso estereotipado sobre el mandato: determinados testimonios sugieren una evolución de las mentalidades y de las prácticas. En Renault, por ejemplo, D. Mothé advierte una modificación en el modo de ejercer la autoridad. Los jefes estrechan las manos de sus obreros todas las mañanas. «La primera de las leyes esenciales que se ha descubierto es que *es necesario ser amable con el obrero*. Su gran difusión prueba que se trata de una ley universalmente admitida. La misma dirección insufla esta corriente de gentileza en su autoridad y trata de servirse de ella como puede y la utiliza con eficacia en detrimento de los viejos métodos autoritarios de los antiguos déspotas de taller. (...) La segunda ley sostiene que: *es necesario dejar expresarse a las personas*»¹⁶.

La discusión con los obreros, mucho mejor que un comportamiento autoritario, permite a la dirección obtener una mejor ejecución de sus órdenes. En pocas palabras, parece ser que, en este caso al menos, las recomendaciones de los manuales de organización empiezan a aplicarse.

Con los acontecimientos de 1968 este movimiento se refuerza y radicaliza. Y ello es así porque la iniciativa cambia de dirección. Antes pertenecía a las direcciones de empresa, naturalmente pru-

1968: la contestación
de las jerarquías

* Comisión General de Organización científica. [N. del T.]

** Electricidad de Francia. [N. del T.]

*** Compañía General de Electricidad. [N. del T.]

Manifestación de alumnos de enseñanza media en 1986. El clima es muy diferente al de 1968. No hay violencia. Pero la autonomía ha dejado de ser una reivindicación: es una evidencia...



dentes; ahora en cambio son las bases quienes la adoptan como una reivindicación. Los estudiantes rompen el hielo, contestando la autoridad pedagógica de los profesores. El saber que funda esta autoridad no basta para protegerla, consecuentemente es denunciado como elemento mantenedor de un orden abstracto, impersonal, sin relación con los intereses individuales y las urgencias colectivas. Todo el mundo se encuentra cominado a hablar en primera persona, a comprometerse a la vista de todos, a decir lo que piensa, y no solamente lo que sabe. Para encontrar a las personas detrás de los personajes, se destrozan alegremente los papeles sociales. En la Sorbona ocupada, estudiantes presiden asambleas generales y conceden la palabra a todo aquel que la pide; cuando los profesores o asistentes quieren expresarse deben levantar la mano y esperar su turno: algunos no soportan esta afrenta. A veces incluso —a un rector por ejemplo— se usa para provocar al interlocutor al margen de la función que desempeñe.

La misma aspiración pronto se extiende a las fábricas en huelga. Mientras que los *gauchistes* denuncian las esclerosis de las burocracias sindicales, los comités de huelga no dejan de consultar a su base —una diferencia notable con las ocupaciones de fábrica en 1936—. La huelga no tiene como único objetivo conseguir aumentos de salario, ni siquiera un cambio de gobierno, sino que se orienta confusamente a pedir más responsabilidad para los trabajadores y a transformar las relaciones jerárquicas. En 1968, el fin de la propiedad privada de los medios de producción ya no basta para definir al socialismo: a ello debe añadirse la libertad, en el sentido libertario del término. Y en la efervescencia imaginativa de estas semanas sin precedentes, la aspiración libertaria se hace incluso prioritaria: cuan-

do se quiere cambiar la vida, cuando está prohibido prohibir, cuando todo el mundo toma la palabra y espera que se le escuche, con un inmenso deseo de autenticidad y alegría, el socialismo deja de ser una doctrina económica o política para convertirse en una forma laica de salvación.

Este deseo de reconstruir las relaciones públicas de trabajo según normas privadas de compromisos recíprocos libremente contraídos de hombre a hombre se expresa de manera ejemplar, algunos años más tarde, en la huelga de Lip (1973). En el seno mismo de la lucha, lo importante para los huelguistas es su propio encuentro, su amistad. «A lo largo de la lucha hay muchos que han cambiado y que, ahora, francamente, son otros hombres, y es bueno trabajar y discutir con ellos», declara Ch. Piaget, el líder de la huelga. El secretario de la CFDT del comité de empresa se hace eco de estas palabras: «En esta lucha, el 95 % de las personas han podido ver hasta qué punto el valor humano es importante. Hasta dónde puede llegar la generosidad, y hasta qué punto la amistad se ha desarrollado. Ya no se dice "usted", ahora se dice "tú" (...) Nos hemos descubierto unos a otros.» Y simples empleados confirman estos testimonios: «Ahora todo el mundo se conoce. (...) Se tutea a casi todo el mundo. (...) La amistad nace por sí sola. (...) Creo que a partir de ahora ya no seremos seres "anónimos"»¹⁷.

En Lip, la huelga no es solamente una lucha, sino la oportunidad de que los huelguistas se conozcan entre sí.



*La autogestión,
una utopía
de la vida privada*

Se comprende mejor entonces la fuerza y la seducción de esta aspiración, pero también las razones de su fracaso. Los intereses personales de la lucha corren el riesgo de pesar más que los datos objetivos. La voluntad de no alienar nada de la propia libertad conduce al rechazo de las delegaciones de poder, a la democracia directa, a la inestabilidad y al debilitamiento de las organizaciones. El universo público del trabajo y de la política obedece a imperativos propios, y es inútil esperar que se convierta en un lugar de encuentro interpersonal y de desarrollo individual. Como tentativa de reorganizar la esfera pública según normas tomadas de la esfera privada, la autogestión es una utopía.

Todo el mundo se dio cuenta enseguida del hecho. La aspiración autogestionaria, que emerge en 1968 y en los años siguientes, no había traspasado los umbrales de una minoría; la CFDT y el PSU la hicieron suya. No así la CGT, salvo escasas excepciones, y si el nuevo partido socialista utilizaba a veces el término autogestión era en un sentido más moderado. Después de 1973, con la crisis económica y el paro, el clima cambia y la autogestión deja de estar a la orden del día en los debates políticos o sindicales.

El malestar frente a las instituciones no desaparece por ello, sino que se expresa de otros modos. Mientras que los sindicatos se consolidan gracias a la ley de 1968 y a las leyes Auroux, sus efectivos disminuyen y cada vez tienen más dificultades para encontrar nuevos militantes. Institucionalización de los sindicatos y desindicalización corren, pues, parejas. Por otra parte, prosigue la puesta en cuestión del formalismo de la vida pública, pero pasa del plano de las organizaciones al de las prácticas. A partir de ahora, no se tratará tanto de una política de las direcciones de empresa o de una reivindicación explícita como de un cambio de las costumbres.

Hacia una sociedad distendida

La desigual y lenta flexibilización de los formalismos que dominan la vida pública se inscribe en efecto en un cuadro más general donde se pone en cuestión al conjunto de los papeles sociales.

La antigua organización de la vida pública atribuía a cada individuo un estatuto y funciones que a su vez determinaban los papeles a los cuales todo el mundo debía plegarse. Los comportamientos de unos y otros se hacían previsibles; los intercambios y los contactos se limitaban y la espontaneidad quedaba reprimida. La evolución actual de las costumbres tiende a borrar las diferencias de estatuto para hacer como si la vida colectiva pusiera en presencia a personas iguales e insustituibles, completamente diferentes y que deben ser aceptadas en sus particularidades. Fundamentalmente, este rechazo a ser clasificado y definido por su estatuto es una voluntad de ser tratado como una persona privada, incluso en la vida colectiva, y conduce a la disolución de los papeles sociales.

Las primeras manifestaciones de esta tendencia se han observado fuera del universo grave del trabajo y la política, en el espacio

privilegiado de las vacaciones y los juegos colectivos. Y no porque entonces se trata de una necesidad: por el contrario, los campos de *scouts* constitúan, con sus jerarquías adolescentes, una propedéutica de los papeles sociales. Sin embargo, han surgido nuevas formas de organización: la más significativa de ellas ha sido el Club Mediterráneo¹⁸. En efecto, el éxito de esta fórmula reposa sobre el contraste reivindicado entre el estilo de relaciones sociales que prevalece en el Club y el de la vida ordinaria. La clausura del pueblo, subrayada por ritos de acogida, opone un espacio interior y una vida externa. Dentro —la publicidad lo repite— las personas se sienten diferentes. Se abolido los signos visibles de las barreras sociales y de los estatutos. Prueba de ellos es la utilización del tuteo. Las actividades propias de las vacaciones, el deporte sobre todo, pero también los juegos, instituyen otras jerarquías que no se desarrollan fuera. En pocas palabras, se neutralizan los imperativos formales de lo público y pueden establecerse «verdaderas» relaciones humanas: el Club consiste en «encuentros», intercambios, en la oportunidad de formar un grupo según las propias afinidades, en el desarrollo de lo privado en lo colectivo.

Así concebidas, las vacaciones no son un momento ni un lugar, sino un estado de espíritu valorado como tal. Los G.O.* tienen como función que los G.M.* compartan con ellos este estado, y ése es el motivo por el cual no se diferencian entre sí. Sus relaciones no son las del personal de un hotel con sus clientes. En esta industria del encuentro, la sonrisa y la distensión se convierten en norma. La capacidad de aceptarse a sí mismo como ridículo, durante los juegos por ejemplo, manifiesta que «no se está encasillado en un punto», que se está disponible y se es «agradable», que se sabe participar. Lo serio de la vida social ordinaria se encuentra descalificado: para decirlo con una palabra, quien trata determinados temas pasa a ser considerado un «aguafiestas». Para volver a la fórmula de Edgar Morin, el valor de las grandes vacaciones es la vacación de los grandes valores¹⁹.

Las vacaciones no obstante son un paréntesis, y el Club un lugar aparte, si bien ejemplar. La difusión del estilo distendido en el conjunto de la sociedad debe mucho a los *mass media*, radio y televisión sobre todo. Aquí la novedad no se encuentra tanto en los mismos media como en la manera de utilizarlos. No cabe la menor duda de que ha sido Europa n.º 1, lanzada en 1955, la que ha inventado la animación radiofónica. Reemplazando al locutor por un «animador», la radio periférica ha promovido la participación de los oyentes en las emisiones. Los juegos radiofónicos instituyen intercambios en los que los estatutos y los papeles se disuelven: tuteo, utilización del nombre, familiaridad calurosa y superficial. Se crea un estilo que es posible utilizar a su vez en los contactos de la vida cotidiana.

*Las vacaciones,
un estado de espíritu*

* G.O. y G.M. se refieren, respectivamente, a quienes organizan las vacaciones (*gentil organisation*) y a quienes disfrutan de ellas. [N. del T.]

Volvemos a encontrar el mismo estilo en la publicidad que invade las paredes y las pequeñas pantallas. La publicidad no dice nada, se burla de sí misma, es inconsistente y ligera. Pone en evidencia la realidad de un producto sobre un fondo de inverosimilitud o extravagancia. Juega con las palabras y con las imágenes y ante todo evita tomarse a sí misma en serio. Gilles Lipovetsky señala a este respecto la creciente importancia del humor en nuestra sociedad²⁰. A los cómicos antiguos, que hacían reír por sí solos sin que ellos lo supieran, a personajes que van desde Molière a Charlot, se opone ahora el cómico moderno que se burla de sí mismo con una pizca de disparate. Estamos en la época de la parodia que desacraliza, del juego que mezcla los registros, de las marionetas que vuelven hueros los papeles tradicionales del repertorio político y social. Desmitificación corrosiva que mina la consistencia misma de la vida pública.

Dentro de esta evolución, los acontecimientos de 1968 constituyen una etapa crucial. En efecto, los contestatarios de mayo se niegan a mantener el discurso y a realizar los gestos propios de su posición social; exigen de la persona un comportamiento auténtico, cualesquiera que fuesen sus funciones. De repente, las normas se ven sacudidas; su legitimidad deja de ser indiscutible. Desempeñar el propio papel equivale a ser convencional. Mucho más, es identificarse con las instituciones denigradas, aceptar la alienación.

El éxito del feminismo

Entre todos los papeles sociales, hay uno que experimenta ataques especialmente virulentos: el que tradicionalmente se ha asignado a las mujeres. El feminismo no data de 1968, pero los acontecimientos que se provocan entonces le confieren un innegable impulso que se mantiene durante varios años. La opinión resalta sobre todo a las militantes que se movilizan para obtener la legalización del aborto, primero durante el proceso de Bobigny en 1972, después, una vez votada la ley en 1975, para hacerla aplicar. Más profundamente, el éxito del feminismo depende de la reivindicación de una igualdad total entre mujeres y hombres. Más que de una guerra de sexos se trata de una lucha contra las discriminaciones sexistas, y encuentra un amplio eco, incluso fuera de las jóvenes generaciones en las que se impone como una evidencia: el hecho de ser mujer no implica que se deba hacer esto o se tenga que dejar de hacer aquello; el sexo no impone por sí mismo ningún comportamiento específico. A partir de ahora debe terminarse con los papeles que se asignan según el sexo: impiden a la persona afirmarse y expresarse.

La evolución de la vestimenta traduce la disolución de las posiciones y los papeles. La desaparición de los papeles propios de cada sexo se observa claramente en el retroceso de la falda: en 1965, por primera vez, se producen más pantalones de mujer que faldas, y en 1971 se fabrican 15 millones de vestidos por 14 millones de pantalones. El *jean* triunfa, y entre 1970 y 1976 su fabricación se cuadriplica. ¿Hace falta decir que nos referimos al *jean* unisex? Pues la apariencia ya no basta para distinguir a los sexos. Los muchachos se dejan crecer el pelo y llevan brazaletes o cadenas colgados del cuello, mientras que las muchachas disimulan sus formas bajo amplios jerseys.

La vie est trop courte pour s'habiller triste.

**NEW
MEN**



Vestirse es expresarse y no obedecer a los códigos sociales.

Simultáneamente, los códigos vestimentarios se flexibilizan. Mayo de 1968 ha provocado aquí una ruptura y ha hecho saltar las prohibiciones. En los colegios de niñas, donde el maquillaje generalmente estaba prohibido a las alumnas y el pantalón a las profesoras, se toleran a partir de ahora los atuendos más diversos. En las universidades, abandonar la corbata simboliza la destrucción de los antiguos ídolos; el pañuelo o el cuello vuelto prueban la liberalización lograda. Florecen las barbas. Durante el verano los cuadros exhiben trajes de deporte o cazadoras. La camisa Lacoste abandona las pistas de tenis o las playas para instalarse en las oficinas. Las mismas autoridades políticas se esfuerzan por mostrar que no son afectadas



Una escena banal. La vestimenta interesa menos que las posturas y lo que significan.

ni están chapadas a la antigua: un ministro en activo, Valéry Giscard d'Estaing, esperando remediar a un futbolista, se muestra en la televisión en jersey. Una vez elegido presidente de la República, inaugura su septenio recorriendo los Campos Elíseos vestido con un traje. En la sociedad distendida el jefe de Estado ya no lleva chaqué.

A decir verdad, es el mismo sistema de la moda el que se disagrega. No cabe la menor duda de que la moda ha conocido su mayor apogeo a comienzos de los años 1960: entonces afecta a la mayoría de las mujeres, y no solamente a una minoría privilegiada, como sucedía cincuenta años antes. Lo específico de la moda es cambiar: tiene por función misma volver caducos vestidos e incitar a reemplazarlos por otros. Se trata de un proceso de desclasamiento continuo de los atuendos. La moda permite, pues, una primera clasificación de los individuos separando claramente a quienes la siguen de quienes se independizan de ella. Pero hay más. A través de los cambios de la moda subsiste una continuidad: el traje permanece siendo un código preciso, e incluso así este código se hace más complejo, continúa siendo legible. La moda hace referencia a situaciones más o menos concretas, cuyo sentido social está claro: están los jerséis de interior, «para quedarse junto a la chimenea»; un determinado traje

viste «para la caza» o para los paseos de otoño; hay sastres «para la ciudad», vestidos «de mediodía», otros «de cóctel», algunos «para salir por la noche», otros «para sus cenas navideñas»²¹. Así, pues, vestirse bien según los cánones de la moda es manifestar, más todavía que el propio gusto, el dominio de los códigos sociales que rigen las diversas circunstancias de la vida pública.

La disagregación de la moda proviene de su mismo éxito. Al extenderse al conjunto de la población, ha penetrado en ambientes que no disponen de los medios económicos suficientes para poder comprender un atuendo específico para cada circunstancia. Era necesario que la secretaria o la empleada, con el mismo vestido o idéntica falda, pudiera estar bien vestida, tanto para estar en la oficina como para poder ir al cine durante la noche. Así, pues, la moda ha comenzado a operar sobre los conjuntos y sobre los accesorios: la misma falda, debidamente adaptada en diferentes sastres, puede ser utilizada para finalidades diversas; el cinturón, los guantes, los zapatos, los chales, el bolso, las joyas permiten infinitas variaciones que adaptan una misma prenda de vestir a una pluralidad de situaciones. El código vestimentario se afina.

Un paso más y se enreda: he aquí que se pone de moda burlarse de la propia moda y llevar, en el sentido literal del término, trajes fuera de lugar: trajes exóticos, indios, mejicanos, vestidos demasiado exagerados o poco adecuados para la circunstancia, demasiado juveniles o excesivamente anticuados para la persona que los lleva. Los signos vestimentarios se desconectan de su soporte, de su uso y de su significación. Ahora se trata de jugar con los códigos, de desviárselos de su propio uso convencional para darles un sentido personal. Si la norma del cambio subsiste, estar a la moda no es seguirla sino mostrar, mediante el uso que se hace de ella, que no se es su víctima. La vestimenta deja de anunciar la adaptación del individuo a la vida pública para expresar, en la vida pública misma, la personalidad que todo el mundo reivindica.

¿Hay por ello que concluir que los valores y normas de la vida privada han invadido la esfera de lo público? No lo creo, por dos razones.

La primera proviene de la naturaleza de las nuevas normas de la sociedad distendida. Ya se trató del tuteo, del uso de los nombres, de las nuevas formas de sociabilidad, de la evolución de las organizaciones formales, de la flexibilización de los estados legales y los papeles, del humor o de la moda, el esfuerzo por reintroducir las particularidades de la persona en la vida social es innegable. Sin embargo, no transforma a la vida pública en vida privada. A medida que nuestra sociedad adoptaba modos de regulación más ligeros para asegurar su cohesión, los códigos sociales se han hecho más sutiles y discretos. Ello no ha implicado, no obstante, su desaparición: no se puede decir cualquier cosa a un superior o a un compañero, ni vestirse de cualquier modo. Para expresarse en la esfera de lo público, la persona debe recurrir a estos códigos más complejos pero también completamente reales. Pretender, so pretexto de autenticidad, expresar una emoción en el lugar de trabajo en la misma forma

Un código vestimentario más sutil

en que se haría en la propia casa, es exponerse a la incomprendición. Los códigos sociales se han desplazado y aligerado: no han desaparecido ni dejado de ser sociales.

La segunda razón proviene de la evolución misma de la vida privada. El movimiento que acabamos de analizar se encuentra en efecto equilibrado por un movimiento simétrico: la vida pública penetra, infunde e informa hasta lo más secreto e íntimo de la vida privada.

La vida privada bajo influencia

Los media

Prensa, radio, televisión

Hemos dudado aquí en volver sobre hechos tan conocidos como el prodigioso desarrollo de los *mass media* en nuestra sociedad. Conviene, sin embargo, esbozar la cronología de esta explosión y deducir los efectos que el hecho produce sobre la vida privada.

A comienzos del siglo XX, la opinión pública penetraba en el recinto doméstico bajo una sola forma: lo impreso, el periódico sobre todo. Podríamos subrayar aquí la distancia que la prensa introduce entre la información y el lector, insistir sobre la mediación necesariamente abstracta de lo escrito, sobre las demoras de la información. Pero también merecen ser puestos de relieve otros rasgos.

Primero el carácter esencialmente local de esta prensa. La Francia de 1912 cuenta con más de 300 diarios: 62 en París, 242 en provincias²². Noventa y cuatro capitales de provincia están dotadas de un diario. A ello deben añadirse los semanarios o bisemanarios, es decir, 1.662 títulos en provincias, a menudo más leídos que los diarios. Así, pues, la prensa de 1912, tomada globalmente, es local. Suministra tanto noticias nacionales como internacionales, pero ante todo echa raíces en el entorno inmediato de los lectores. Es, al mismo tiempo, una ventana abierta al mundo y la expresión de un espacio de conveniencia ampliado.

La guerra de 1914 estremece a esta prensa, todavía demasiado mal situada como para suministrar noticias del frente. Entonces más de un diario interrumpe su publicación y no reaparece en el contexto económico perturbado de los días siguientes a la guerra. En 1922, se publican 982 semanarios en provincias, y 860 en 1938.

En efecto, la prensa se topa entonces con una nueva competencia: la de la radio. El primer emisor data de 1920, y el de la torre Eiffel de 1922, pero su audiencia se limitaba a los receptores de galena con los que se contaba entonces. De hecho, la expansión de la radio comienza con los aparatos con lámpara, más fáciles de ajustar y equipados de altavoces. En 1930 se cuenta con unos 500.000. A comienzos de 1934 los progresos son ya visibles, pero los franceses se enteran de los acontecimientos del 6 de febrero no tanto por el 1.400.000 aparatos de radio que existen entonces como por la pren-

sa. Por el contrario, en el momento de Munich se escuchan febrilmente 4.700.000 aparatos de TSF; un año más tarde, hay 5.200.000; en junio de 1940, muchísimos franceses escuchan al mariscal Pétain anunciar por la radio que ha pedido el armisticio, y si la llamada del 18 de junio apenas fue oída, radio Londres desempeñó un papel importante en las noches de la Ocupación.

Los aparatos de lámpara, pesados y voluminosos, tributarios de la electricidad, y necesitados de una antena, ocupaban un lugar preponderante en las cocinas y comedores, inamovibles sobre un armario o un estante. El acto de escuchar la radio era, pues, colectivo y las noticias encontraban a las familias sentadas a la mesa. El equipamiento de las familias, interrumpido por la guerra, continúa en 1945, pero no modifica estas condiciones de escucha. Para ello hará falta esperar a 1958.

En efecto, durante esta época se alcanza la cifra de 10 millones de aparatos de radio, y más del 80 % de las familias poseen uno. La expansión de la radio parece tocar techo. El progreso tecnológico permite la revolución del transistor: los frágiles aparatos de lámparas de antaño son reemplazados por transistores que se contentan con una corriente más débil. A partir de ahora, pueden construirse receptores robustos, poco voluminosos, alimentados por pilas, con-

1958. La televisión inicia su andadura... y tienta a esta pareja ya instalada. Adviéntanse los aparatos de radio miniaturizados, aunque todavía no transistorizados.



Tres épocas de la radio:
1942, aparato de lámpara, en
vivienda.
1964, transistor móvil. Ambos pueden
congregar a su alrededor a grupos de
oyentes. Hoy en día el Walkman
—móvil— y los individuos aislados...



secuentemente móviles, a costes sensiblemente inferiores. En 1959, la mitad de los aparatos que se fabrican son transistores. En 1962 la gran mayoría.

Los soldados de Argelia se encuentran entre los primeros compradores de transistores: los sublevados los utilizarán en 1961. El transistor, barato y móvil, se convierte pronto en una radio individual. La utilización social de la radio se transforma: todo el mundo puede llevar su aparato de radio consigo. Para escuchar libremente una música que no gusta a sus padres, los jóvenes compran transistores: la radio llena la habitación o el cuarto de baño. Los lugares y los momentos de la vida privada se abren así ampliamente a los ruidos del mundo: el rumor del planeta llega hasta el secreto de la intimidad.

Simultáneamente, la radio familiar es destronada por la televisión. Desde los años 1930 es posible transmitir imágenes a través de ondas, pero sólo a corta distancia y de manera experimental. El *Diario televisado* se lanza en 1949 en un momento en el que sólo existen 300 receptores. Los progresos son muy lentos: en efecto, para cubrir el conjunto del territorio nacional es preciso construir costosos repetidores; en 1956 sólo la mitad de los franceses, sobre un tercio del territorio, pueden recibir la «tele»²³. Hará falta esperar a 1959 para que se cree jurídicamente la ORTF; hay entonces 1.400.000 receptores de televisión, y un poco más del 10 % de las familias posee uno.

Aquí también el transistor permite reducciones de peso, volumen y precio. La difusión de la televisión se acelera: en 1964, cuando se crea la segunda cadena, hay 5.400.000 televisores instalados en cerca del 40 % de las familias. Esta proporción se eleva al 62 % al final de 1968, después, al final de 1974, al 82 %, cuando el color llega a



la segunda cadena. Hoy, según los medios sociales, oscila entre el 88 y el 96 %, dos tercios de ellos en colores.

La irrupción de la radio y la televisión en el universo doméstico constituye una mutación social de primera importancia. Nuestros contemporáneos pasan delante de la televisión una media de diecisésis horas por semana; ¡veinticuatro minutos de televisión por una hora de trabajo! Pero la televisión penetra en la intimidad de las habitaciones: todavía cuesta demasiado cara como para que cada miembro de la familia posea su propio receptor. Por ello, el espectáculo familiar de la televisión se ve completado por la escucha individual de la radio. Reunidos estos dos media son capaces de ocupar la totalidad del tiempo de la vida privada: nuestros contemporáneos piden a menudo a la radio que les arrulle y les despierte...

Los demás medios informativos se ven afectados evidentemente por esta competencia. Los periódicos retroceden. Mientras que en 1946 sólo en París se publicaban 36 títulos, en 1981 la cifra desciende a 18. Lo mismo puede decirse de la prensa de provincias, donde se pasa de 184 títulos a 75. El retroceso de la tirada también es muy acusado: una tirada de 197 ejemplares por 1.000 habitantes en 1978 contra 370 en 1946²⁴. En efecto, las revistas de información o televisión se desarrollan. Igual da: la televisión y la radio dominan la información; la prensa pasa a un segundo plano y sólo viene a colmar las lagunas de lo audiovisual: información minuciosa, especializada o local. Las ondas, más rápidas y sobre todo capaces de alcanzar a todo el mundo en todas partes, prevalecen sobre la prensa.

Hay en ello algo más que un cambio de medio: lo audiovisual no introduce en el recinto de la vida privada las mismas informaciones que el periódico. A decir verdad, la función misma de la información se ve alterada.

El conformismo emancipado

La prensa de comienzos de siglo se hallaba enteramente orientada hacia la vida pública. Podía hablar de política o, más prosaicamente, de comicios agrícolas, de ferias o de mercados, pero jamás de asuntos personales. La publicidad ocupaba poco lugar: cuando existía, se reducía a textos o a *slogans* y apenas recurría a la imagen; sugería menos de lo que decía. En pocas palabras, el periódico no constituía un espejo en el que fuera posible reconocerse.

Antes de la guerra de 1914 el cine ofrecía al público de las ciudades y de los arrabales sus idílicos y melodramas. Durante todo el período de entreguerras es la diversión popular por excelencia. Algunos deploran que los obreros vayan en familia todas las semanas a ver películas en las que la moral no sale bien parada²⁵. Pero el cine permanece como algo exterior a los espectadores: si alimenta sueños y suscita identificaciones se sabe perfectamente que estas imágenes son expresión de otro mundo.

La información escrita acusa el golpe del desarrollo del cine. Éste no se limita a ficciones; todas las semanas propone actualidades

filmadas y reportajes en imágenes. Puesto que las técnicas mejoran con el heliograbado (1912), el belinógrafo (1914), más tarde el offset (1932), la ilustración se impone en los periódicos. No se trata de dibujos esbozados, incluso realizados en color, sino de fotografías que aportan a la información, junto con su evidencia demostrativa, una aparente garantía de autenticidad.

Las imágenes, legitimadas por su utilización documental, se pres-
tan a otras finalidades, sobre todo en el campo de la publicidad.
Ahora bien, asistimos al desarrollo de un nuevo tipo de prensa: la
prensa femenina. Se conocían los periódicos de modas: el más céle-
bre de todos era *le Petit Écho de la mode*. Estos semanarios se
limitaban a dar consejos en materia vestimentaria. En vísperas de la
guerra de 1940, con *Marie Claire* (1937) y *Confidences* (1938), que
pronto sobrepasan el millón de ejemplares, aparece un nuevo tipo
de revista cuyo ejemplo más acabado nos lo proporciona *Elle* (1945).
Estas revistas femeninas no limitan sus consejos a dar recetas de
cocina o a proponer modelos de costura o de tejidos de punto. Bajo
un tono amistoso pero resuelto explican a sus lectoras cómo lavarse
y maquillarse, cómo acondicionar su interior, seducir a su marido o
educar a sus hijos.

Para hacer estas prescripciones más personales, las revistas feme-
ninas emprenden un diálogo con sus lectoras: les proponen encues-
tas, historias vividas sobre las cuales se les pide que opinen. Ante
todo abren un correo del corazón que obtiene un inmenso éxito.
Évelyne Sullerot cita a este respecto el ejemplo de *Confidences*,
donde el correo se amontonaba, «terrible río de angustia, tormentos,
enfermedades y de vicios, llamadas de socorro de toda laya (...).
Este maremoto demostraba demasiado bien que la creación de este
confesionario anónimo respondía a una necesidad».²⁶ Marcelle Au-
clair, Marcelle Ségal o Ménie Grégoire, que respondían a algunas de
estas cartas en las columnas de estas revistas, se irán convirtiendo
progresivamente en directores espirituales. Constituidas en nuevas
autoridades morales, todas las semanas dispensan a millones de
lectores consejos más o menos íntimos, que ni siquiera han tenido
necesidad de solicitar. A la confesión anónima responde el consejo
a domicilio.

La publicidad encuentra en las revistas femeninas un soporte
interesante. El camino había sido abierto en 1932 por *Votre beauté*,
revista que se vio invadida por perfumistas y comerciantes de pro-
ductos de belleza. La publicidad de las revistas, apoyada en fotogra-
fías en colores que hacen soñar y suscitan la identificación, difunde
nuevas formas de consumo y, con ellas, nuevos valores y normas. La
publicidad de lencería, productos de belleza, turismo estival ha de-
sarrollado el culto al cuerpo, descrito en el capítulo precedente. Los
anuncios de zumos de frutas y yogures han modificado las prácticas
alimenticias. La inmensa revolución del trabajo doméstico y la intro-
ducción en las cocinas de neveras, máquinas de lavar, cocinas esmal-
tadas, etc., se ha apoyado en imágenes publicitarias de cocinas-labo-

*El desarrollo
de la prensa femenina*

*La intrusión
de la publicidad*

Los montones de revistas. A la vez espejos y consejeros, mezclan la evasión con lo cotidiano. Un aspecto típico de la época.

ratorio mientras que los muebles de repisa relegaban los antiguos aparadores a las chamarilerías. La publicidad ha sustentado igualmente el desarrollo de los medios audiovisuales que a su vez han servido para difundir ampliamente sus mensajes. En efecto, la publicidad impresa muy pronto ha sido completada, después superada, por la difundida por radio y televisión. El universo de la vida privada no está solamente en contacto directo con el conjunto del planeta, sino que también se encuentra penetrado por doquier por una publicidad que transmite, junto con los mensajes consumísticos, un nuevo modo de vida y quizás una ética.

En efecto, la publicidad ha contribuido sobremanera al desmoronamiento de las antiguas reglas de la vida privada. Encaminada por definición a proponer novedades, le hacía falta vencer las resistencias. Como éstas se justificaban a menudo invocando las costumbres heredadas («Esto no se hace»), la publicidad se ha vuelto indulgente y cómplice. Unas veces ha operado sobre el deseo de modernidad, desacreditando lo antiguo como tal («Esto ya no se hace, es algo pasado de moda»), otras ha legitimado el deseo («Concédate un capricho...») o valorado la independencia y el rechazo de los imperativos sociales («Hago lo que quiero...»).

De este modo la publicidad, con discreción y flexibilidad, modela la vida cotidiana de nuestros contemporáneos. Todo el mundo siente que actúa libre y autónomamente, y el resultado de estas decisiones soberanas se concreta en el hecho de que productos fabricados en serie cada día conquistan mercados más amplios. Los gustos y las modas se uniformizan mientras que todo el mundo cree cada vez más ser sí mismo. La ilusión de independencia alimenta el conformismo.

La paradoja de este conformismo emancipado no se limita a los modos de vida y a los consumos, sino que también afecta a los valores y a las ideas. Los media susurran al oído de todo el mundo los grandes principios del momento. Todo el mundo cree estar bien informado, y se saluda la liberación de Camboya para, algunos años más tarde, descubrir el horror sangriento de Pol Pot. Todo el mundo cree que piensa por sí mismo y en realidad no hace más que repetir la opinión del último cronista. La radio difunde confidencias anónimas en las que los secretos del sexo esperan consejos razonables. Incluso el mundo de la imaginación se ve rodeado por imágenes externas, y los sueños de todo el mundo toman prestados una parte invisible de los fantasmas colectivos. ¿Qué investigador escribirá la historia de lo que las maneras de amar deben al cine?

No se trata, sin embargo, aquí de una maquinación, sino del funcionamiento mismo de nuestra sociedad. En ninguna parte existen instancias maquiavélicas que se habrían confabulado para imponer su ideología. Ni las personas de los media ni los publicistas albergan tales intenciones. Después de todo constituyen una nebulosa de contornos desvaídos en la que nadie detenta el verdadero poder. En esta tropa, todo el mundo se limita a cumplir su cometido. Pero la red de los *mass media* es tan tupida que, sin premeditarlo, logra que todos se interesen por los mismos temas en los mismos momentos y para desarrollar las mismas opiniones. El público los apoya, los escucha, los mira, los lee y sustenta su éxito. Los periodistas creen tratar los problemas que interesan a la opinión, y la

La publicidad también es un adorno...





opinión cree a los periodistas en tanto que no se vuelven aburridos o pesados... Y para no cansar es menester personalizar. Entre los media y el público la comunicación reemplaza a la información.

La información presentaba los asuntos públicos como tales, en su generalidad y exterioridad. La comunicación quiere hacerlos compartir personalmente a todos: aborda los problemas generales mediante ejemplos concretos con los cuales todos los ciudadanos pueden identificarse, dramatiza y apela a los sentimientos. Pretende «hacer vivir en directo» el acontecimiento, como si el espectador fuera un actor. De este modo disuelve las fronteras entre lo público y lo privado.

Los hombres públicos-privados

Tomemos por ejemplo a los hombres públicos. Algunas actividades tienen como carácter el volver «públicos» a quienes las ejercen por el simple motivo de que por definición se dirigen al «público»: las actividades del espectáculo y de la política. El éxito de un actor,

La comunicación reemplaza a la información

*Vidas privadas
que interesan al público*



Las elecciones presidenciales de 1965 han marcado la personalización de la política y la entrada forzosa del espectáculo político en la intimidad de las familias. De ahora en adelante, la palabra política prefiere la escena privada de las pantallas a la de las reuniones públicas.

de un cantante, de un campeón —en la medida en que el deporte es un espectáculo— o la de un hombre político, se mide por su notoriedad, es decir, por el número de personas que le conocen. Pero este conocimiento lejano no basta: el público está ávido de un conocimiento más personal; quiere entrar en la vida privada de los hombres públicos.

Este deseo es nuevo. La vida de los grandes siempre ha fascinado al público. Pero existía una barrera que los grandes abolian en determinadas circunstancias colocándose entonces ellos mismos en situaciones de representación: modelos de buen gusto y de buenas maneras. A veces sucedía también que esta barrera era franqueada por efracción, y se hablaba entonces de escándalo, como en el caso Caillaux. Nuestra época tiende por el contrario a suprimir esta barrera. Los divos, deseosos de hacerse populares para acrecentar su popularidad, introducen gustosamente al público, y primero a los periodistas, en su interior, en el detalle de sus gustos, de sus amores y de sus penas. Los media cultivan este género literario y fotográfico al que el público es muy aficionado. A las confidencias voluntarias pronto añaden sus ficciones: el culto a los «olímpicos»²⁷ se vende bien. Un paso más adelante y se acosa a los divos en su retiro: los teleobjetivos se obstinan en captarles por encima de los setos. Hará

falta una ley, la del 17 de julio de 1970, para fijar el principio del derecho al respeto de la vida privada y para reprimir los atentados contra él.

Los olímpicos, por sus actividades profesionales y sus logros, son la muestra de un mundo innaccesible; por su vida privada son hombres y mujeres como los demás. Esta mezcla de proximidad y distancia les convierte en modelos de cultura, es decir, en modelos de vida²⁸. Entonces la frontera entre lo público y lo privado se desdibuja: la puesta en escena de la vida privada de los hombres públicos —¿sería verosímil su verdadera vida privada?— asegura la difusión eficaz de normas de las que ya no se sabe si son públicas por su origen o privadas por su destino.

Esta indisoluble confusión se hace particularmente sensible en el campo público por excelencia de la política. Como los media, el mensaje político no cambia solamente de soporte sino también de universo. La palabra política se elevaba en circunstancias colectivas y en lugares públicos: brindis de banquetes, discursos en la inauguración de monumentos a los muertos, reuniones electorales bajo el cobertizo de los patios de las escuelas. Con la radio y la televisión penetra en el espacio privado del hogar. El candidato o el responsable ya no tiene ningún público que vender, sino individuos a los que impresionar. Antes debía dominar sus gestos y palabras: ahora además necesita mirar a la cámara y seducir en la intimidad de las noches familiares. El personaje mismo del hombre político se transforma: los carteles que ayer se esforzaban por darle altura de hombre de estado, hoy prefieren mostrarle en compañía de su mujer o de sus hijos. En una reciente emisión la curva se cierra: la televisión nos lleva a domicilio imágenes de hombres políticos en sus propias casas. Las cualidades privadas que un hombre público sabe poner en escena fundan su credibilidad de hombre público.

No cabe la menor duda de que la opinión no se encuentra totalmente engañada, sino que percibe confusamente que esta palabra que toma prestado un código privado permanece siendo pública bajo su disfraz. La puesta en escena de hombres públicos en la vida privada no ha hecho desaparecer la curiosidad del público por su vida privada. No se deja de atribuirles aventuras o enfermedades —cánceres preferentemente— cuyo rumor corre con desprecio de los desmentidos. Y esto es así porque en nuestra cultura subsisten antiguos pudores; los franceses a diferencia de los hombres políticos americanos, no dejan traslucir el estado de su fortuna ni el de su salud. Alimentan así una sospecha que avivan con escándalos: se vio por ejemplo en 1979 con el suicidio del ministro Robert Moulin. Sin embargo, paradójicamente, la incompleta sinceridad de los hombres políticos no hace más que dar mayor importancia a su apariencia de sinceridad: se dice que una determinada campaña presidencial se habría inclinado hacia uno de los candidatos por una réplica que desprendía una impresión de evidente autenticidad.

Vemos que al término provisional de nuestra investigación la historia de la vida privada no puede resumirse en una fórmula simple.

En un primer momento habíamos distinguido una divergencia creciente entre lo público y lo privado. Mientras que el trabajo

emigraba fuera de la esfera doméstica para instituirse en lugares públicos según normas impersonales, una vida privada individual se afirmaba en el seno mismo de la vida privada familiar haciendo estallar a veces a la misma familia y dando a la identidad corporal un nuevo valor. Estallan las antiguas solidaridades que, fuera de la burguesía y de las clases dominantes, reunían en el enclave familiar actividades de orden público y de orden privado: por un lado, la vida privada que cada vez se hace más privada; por otro, una vida pública que cada vez se vuelve más pública.

Esta partición es demasiado radical. Demasiado sumaria también. Conduciría a resumir la organización del espacio social por la oposición de dos lugares: así, al polo público de la fábrica o de la oficina se opondría el polo privado del cuarto de aseo o de la habitación individual. Equivaldría a prescindir de la existencia de espacios de transición, mitad privados mitad públicos que la urbanización destruye pero que se reconstituyen tenazmente en lugares diferentes a los antiguos barrios. Sobre todo equivaldría a prescindir de las múltiples interferencias que tejen entre privado y público vínculos de otra naturaleza. La organización formal del espacio público está suavizada por las normas de la sociedad distendida: simétricamente, la vida privada se encuentra sometida de forma discreta pero siempre eficaz a la influencia de los media y de la publicidad. Nuestros contemporáneos reivindican su personalidad misma en el preciso momento en que cumplen sus papeles sociales, mientras que, en su intimidad, desempeñan los papeles privados que les sugiere la opinión. La misma política se sirve de códigos privados para abordar asuntos públicos. La frontera entre público y privado parece, pues, más bien difuminarse.

En realidad, no desaparece: únicamente se ha hecho más sutil. Más exactamente, la especialización pública o privada de los espacios y situaciones se ha acentuado por el hecho de que las normas y los códigos sociales en circulación en ambos universos se han aproximado. Una misma práctica, un mismo comportamiento, toman significaciones diferentes según los contextos. Ya no son los códigos, públicos o privados, los que especifican las situaciones o los lugares, sino que más bien ocurre a la inversa. Un nuevo equilibrio se establece así en el que la proximidad de las normas compensa la diferenciación de los universos público y privado.

Más allá de esta reorganización en la que el sistema social conserva su equilibrio en una nueva articulación entre lo público y lo privado, el mismo individuo se nos escapa. La historia, necesariamente social, de las fronteras entre vida privada y vida pública no se confunde con la de la misma vida privada, en sus secretos. Ahora trataremos precisamente de aplicarnos a esta historia.

Notas

¹ L. Giard y P. Mayol, *Habiter, Cuisiner*, París, Unión générale d'éditions, 1980. Toda la primera parte del libro es una monografía sobre la vida de una familia obrera de la Croix-Rousse. Debemos mucho a este trabajo.

² D. Bertaux y I. Bertaux-Wiame, «Artisanal bakery in France: how it lives and why it survives», en F. Bechofer y B. Elliott, *The Petite Bourgeoisie Comparative Studies of the Uneasy Stratum*, Londres, Macmillan, 1981, pp. 151-181.

³ P. Mayol, *op. cit.*, p. 97. Sería necesario citar este diálogo completo.

⁴ L. Marty, *Chanter pour survivre, culture ouvrière, travail et technique dans le textile, Roubaix 1850-1914*. Liévin, Fédération Léo-Lagrange, 1982, pp. 123 sg.

⁵ C. Pétonnet, *Espaces habités. Ethnologie des banlieues*, París, Ed. Galilée, 1982.

⁶ R. Hoggart, *La Culture du pauvre*, París, Ed. de Minuit, 1976. Este libro, aparecido en inglés en 1957, sostiene la tesis de la permanencia de la cultura de los barrios populares británicos, a pesar de los medios, la publicidad y la sociedad de la abundancia. En esta fecha sólo puede registrarse este testimonio, dotado de una rara penetración.

⁷ *La Population française de A à Z*, París, La Documentation française, *Les Cahiers français*, n.º 219, enero-febrero de 1985, p. 9.

⁸ Centro de estudio de grupos sociales. Centro de sociología urbana, *Logement et Vie familiale. Étude sociologique de quartiers nouveaux*, París, CSU, 1965.

⁹ N. Haumont, *Les Pavillonaires*, París, Centro de investigaciones urbanísticas, 2.ª ed., 1975.

¹⁰ J. Rousselet, *L'Allergie au travail*, París, Ed. du Seuil, 1974.

¹¹ F. S. Dossou, «La inserción de los jóvenes en la vida profesional, condiciones y mecanismos de inserción», *L'Entrée dans la vie active*, París, PUF, 1977, pp. 181-332 (Cuadernos del Centro de estudios del empleo, n.º 15).

¹² B. Galambaud, *Les Jeunes Travailleurs d'aujourd'hui*, Toulouse, Privat, 1977.

¹³ G. Lamirand, *Le Rôle social de l'ingénieur. Scènes de la vie d'usine*, París, Ed. de la Revue des Jeunes, s.d. (1937, 1.ª ed., 1932).

¹⁴ J.-P. Barou, *Gilda je t'aime, pas le travail*, París, Les Presses d'aujourd'hui, 1975, p. 67.

¹⁵ N. Dubost, *Flans sans fin*, París, Maspero, 1979, p. 172.

¹⁶ D. Motte, *Militant chez Renault*, París, Ed. du Seuil, 1965, pp. 32, 40.

¹⁷ Ch. Piaget, *Lip*, París, Stock, 1973, pp. 43, 54, 95, 97.

¹⁸ A. Ehrenberg, «Solamente en el Club y en ninguna otra parte...», *Le Débat*, n.º 34, marzo de 1985, pp. 130-145. Ha sido precisamente de este autor de donde hemos tomado la expresión «sociedad distendida».

¹⁹ E. Morin, *L'Esprit du temps*, París, Grasset, 1962, p. 97. Este libro de hace más de veinte años, hace un diagnóstico que la evolución ha confirmado.

²⁰ Todo este desarrollo debe mucho a G. Lipovetsky, *op. cit.*

²¹ R. Barthes, *Système de la mode*, París, Ed. du Seuil, 1967.

²² A.-J. Tudesq, «La evolución de la prensa diaria en Francia durante el siglo XX», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n.º 3, 1982, pp. 500-507.

²³ J.-P. Rioux, «Las treinta y seis velas de la tele», *L'Histoire*, n.º 86, febrero de 1986, pp. 38-53, y P. Albert y A.-J. Tudesq, *Histoire de la radio-télévision*, París, PUF, 1981.

²⁴ P. Ory, *op. cit.*, p. 47.

²⁵ Ver las encuestas de J. Valdour a comienzos de los años 1920, por ejemplo *Ateliers et Taudis de la banlieue de Paris*, París, SPES, 1923.

²⁶ E. Sullerot, *La Presse féminine*, París, Armand Colin, 1966, p. 58.

²⁷ La palabra es de H. Raymond, «Hombres y dioses en Palinero», *Esprit*, n.º 6, junio de 1959, pp. 1030-1040.

²⁸ Este análisis fue hecho hace más de veinte años —el hecho es significativo— por E. Morin, *op. cit.* Ver, sobre todo, p. 142.